

BIBLIOTECA UNIVERSAL



COLECCIÓN

de los

MEJORES AUTORES

ANTIGUOS Y MODERNOS

NACIONALES Y EXTRANJEROS

TOMO 14

ARTÍCULOS DE COSTUMBRES

POR

D. D. JOSÉ DE LARRA

(Figaro.)

TOMO PRIMERO

MADRID

Librería y Casa Editorial Beruando (S. A.).

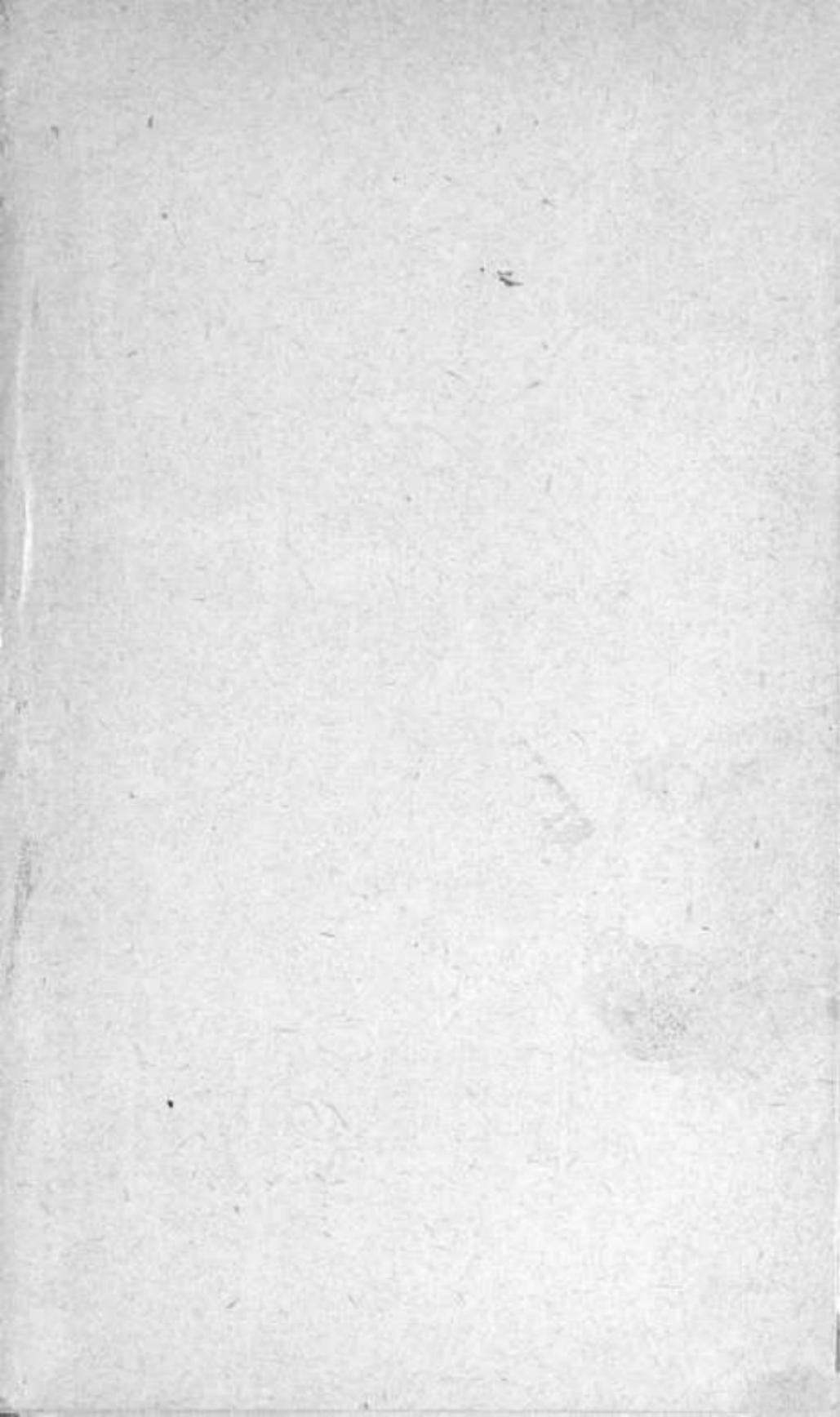
Calle del Arenal, núm. 11.

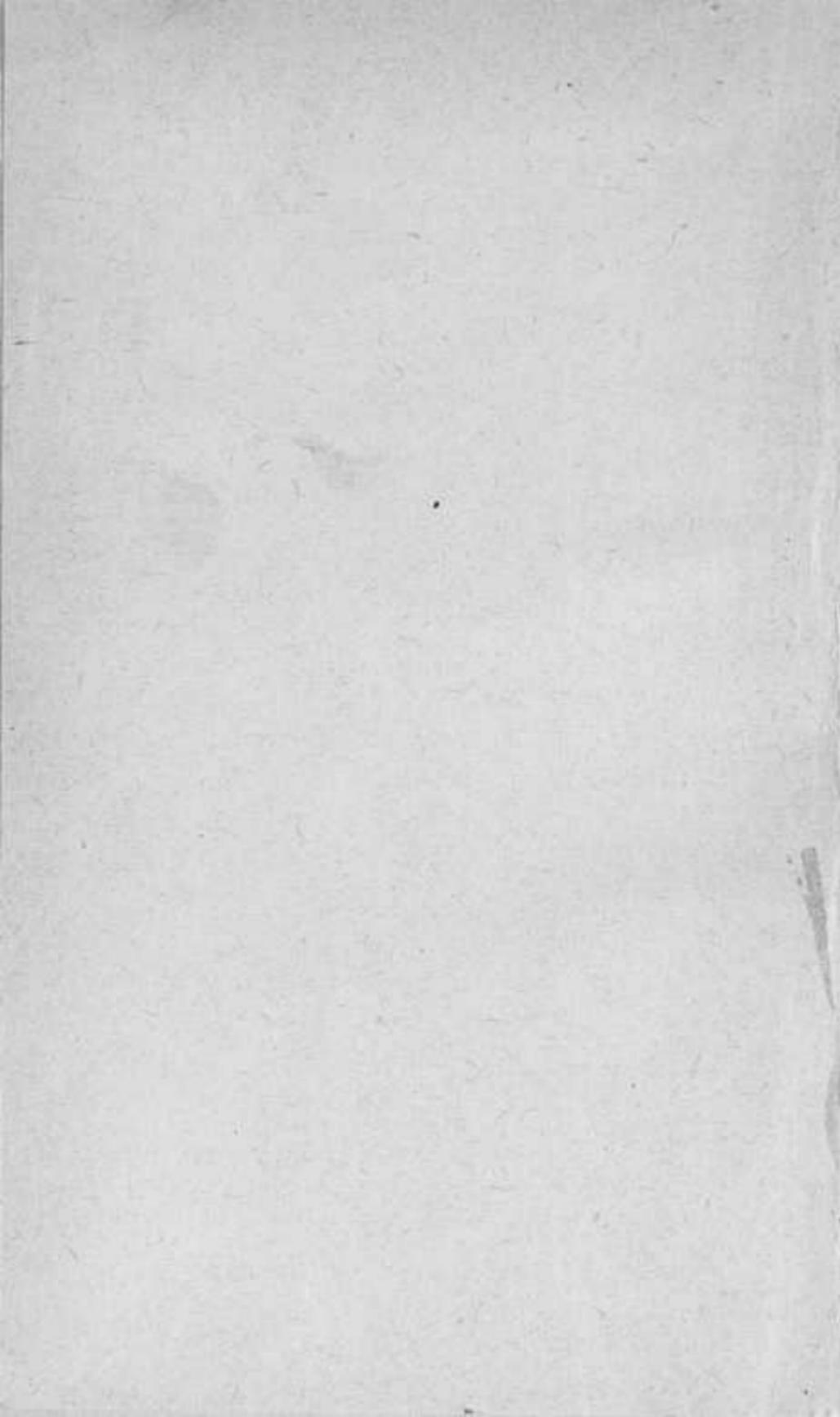
Precio: 1,25 en toda España.

P-13  

---

1-24





BIBLIOTECA UNIVERSAL

B.P. de Soria



61111288

D-2 1694

11288



9  
234

R. 4-624

BIBLIOTECA UNIVERSAL

COLECCIÓN DE LOS MEJORES AUTORES  
ANTIGUOS Y MODERNOS, NACIONALES  
Y EXTRANJEROS

TOMO XIV



D. MARIANO JOSÉ DE LARRA  
(Figaro).

ARTÍCULOS DE COSTUMBRES

TOMO PRIMERO



MADRID

LIBRERÍA Y CASA EDITORIAL HERNANDO (S. A.)  
Calle del Arenal, núm. 11.

ES PROPIEDAD

MADRID

Imprenta de Librería y Casa Editorial Hernando (S. A.).

(Fundada el año 1828.)

Calle de Quintana, núm. 31.

---

# CARTAS A ANDRÉS NIPORESAS

POR EL BACHILLER

D. JUAN PÉREZ DE MUNGUÍA

1.<sup>a</sup>



*De las Batuecas este año que corre.*

Andrés mío: ¡Yo pobrecito de mí, yo Bachiller, yo batueco, y natural por consiguiente de este inculto país, cuya rusticidad pasa por proverbio de boca en boca, de región en región; yo hablador y careciendo de toda persona dotada de chispa de razón con quien poder dilucidar y ventilar las cuestiones que a mi embotado entendimiento se le ofrecen y le embarazan, y tú cortésano y discreto! ¡Qué de motivos, querido Andrés, para escribirte!

Ahi van, pues, esas mis incultas ideas, tales cuales son, mal o bien compaginadas,

derramándose a borbotones como agua de cántaro mal tapado.

«¿No se lee en este país porque no se escribe, o no se escribe porque no se lee?»

Esa breve dudilla se me ofrece por hoy, y nada más.

Terrible y triste cosa me parece escribir lo que ha de ser leído; empero más ardua empresa se me figura a mí, inocente que soy, leer lo que no se ha escrito.

¡Mal haya, amén, quien inventó el escribir! Dale con la civilización, y vuelta con la ilustración. ¡Mal haya, amén, tanto achaque para emborronar papel!

A bien, Andrés mío, que aquí no pecamos de ese exceso. Y torna los ojos a mirar en derredor nuestro, y mira si no estamos en una balsa de aceite. ¡Oh infeliz moderación! ¡Oh ingenios limpios los que no tienen que enseñar! ¡Oh entendimientos claros los que nada tienen que aprender! ¡Oh felices aquellos, y mil veces felices, que o todo se lo saben ya, o todo se lo quieren ignorar todavía!

¡Maldito Gutenberg! ¿Qué genio maléfico te inspiró tu diabólica invención? ¿Pues imprimieron los egipcios y los asirios, ni los griegos ni los romanos? ¿Y no vieron, y no dominaron?

¿Que eran más ignorantes dices? ¿Cuántos murieron de esa enfermedad? ¿Qué re-

mordimientos atormentaron la conciencia del *Omar*, que destruyó la biblioteca de Alejandria? ¿Que eran más bárbaros, añades? Si crímenes, si crueldades padecian, crímenes y crueldades tienen diariamente lugar entre nosotros. Los hombres que no supieron y los hombres que saben, todos son hombres, y lo que peor es, todos son hombres malos. Todos mienten, roban, falsean, perjuran, usurpan, matan y asesinan. Convencidos sin duda de esta importante verdad, puesto que los mismos hemos de ser, ni nos cansamos en leer, ni nos molestamos en escribir en este buen país en que vivimos.

¡Oh felicidad de haber penetrado la inutilidad del aprender y del saber!

Mira aquel librero ricachón que cerca de tu casa tienes. Llégate a él y dile: «¿Por qué no emprende usted alguna obra de importancia? ¿Por qué no paga bien a los literatos para que le vendan sus manuscritos?» «¡Ay, señor! — te responderá —. Ni hay literatos, ni manuscritos, ni quien los lea: no nos traen sino folletitos y novelicas de ciento al cuarto; luego tienen una vanidad, y se dejan pedir... No, señor; no.» «¿Pero no se vende?» «¿Vender? Ni un libro; ni regalados los quiere nadie; llena tengo la casa... ¡Si fueran billetes para la ópera o los toros!...»

¿Ves pasar aquel autor escuálido de todos conocido? Dicen que es hombre de mérito. Anda y pregúntale: «¿Cuándo da usted a luz alguna cosita? Vamos...» «¡Calle usted por Dios! — te responderá furioso como si blasfemase —; primero lo quemaría. No hay dos libreros hombres de bien. ¡Usureros! ¡Mire usted, días atrás me ofrecieron una onza por la propiedad de una comedia extraordinariamente aplaudida; seiscientos reales por un Diccionario manual de Geografía, y por un Compendio de la Historia de España, en cuatro tomos, o mil reales de una vez, o que entraríamos a partir ganancias, después de haber hecho él las suyas, se entiende! No, señor; no. Si es en el teatro, cincuenta duros me dieron por una comedia que me costó dos años de trabajo, y que a la Empresa le produjo doscientos mil reales en menos tiempo, y creyeron hacerme mucho favor. Ya ve usted que salía por real y medio diario. ¡Oh!, y eso después de muchas intrigas para que la *pasaran y representaran*. Desde entonces, ¿sabe usted lo que hago? Me he ajustado con un librero para traducir del francés al castellano las novelas de Walter Scott, que se escribieron originalmente en inglés, y algunas de Cooper, que hablan de Marina, y os materia que no entiendo palabra. Doce reales me viene a dar por pliego de imprenta, y el

dia que no traduzco no como. También suelo traducir para el teatro la primer *piececilla*, buena o mala, que se me presenta, que lo mismo pagan y cuesta menos; no pongo mi nombre, y ya se puede hundir el teatro a silbidos la noche de la representación, ¿Qué quiere usted? En este país no hay afición a esas cosas.»

¿Conoces a aquel señorito que gasta su caudal en tiros y carruajes, que lo mismo baila una mazurca en un sarao con su pantalón *colan* y su *clac*, hoy en traje diplomático, mañana en polainas y con chambergo y al otro arrastrando sable, o en breve chupetin, calzón y faja? Mil reales gasta al día; dos mil logra de renta; ni un solo libro tiene, ni lo compra ni lo quiere. Pues publica tú algún folleto, alguna comedia... Prevailido de ser quien es, tendrá el descaro de enviarte un gran lacayo aforrado en la magnífica librea, y te pedirá prestado para leerlo, a ti, autor, que de eso vives, un ejemplar que cuesta una peseta. Ni con eso se contenta; darálo a leer a todos sus amigos y conocidos, y por aquel ejemplar leerálo toda la corte, ni más ni menos que antes de descubrirse la imprenta, y gracias si no te pide más para regalar. Pregúntale: «¿Por qué no se subscribe a los periódicos? ¿Por qué no compra libros, ni fiados siquiera?» «¿Qué quiere usted que haga? — te repli-

cará —, ¿qué tengo de comprar? Aquí nadie sabe escribir; nada se escribe: todo eso es porquería.» Como si de coro supiera cuantos libros buenos corren impresos.

Por allá cruza un periodista... Llámale, gritale: «¡D. Fulano! Es periódico, hombre; mire usted que todos hablan de él de una manera...» «¿Qué quiere usted? — te interrumpe—; un redactor o dos tengo buenos, que no es del caso nombrar a usted ahora, pero los pago poco, y así no es extraño que no hagan todo lo que saben; a otro le doy casa, otro me escribe por la comida...» «¡Hombre! ¡Calle usted!» «Sí, señor; oiga usted, y me dará la razón. En otro tiempo convoqué cuatro sabios, diles buenos sueldos; redactaban un periódico lleno de ciencia y de utilidad, el cual no pudo sostenerse medio año; ni un cristiano se subscribió; nadie lo leía; puedo decir que fué un secreto que todo el mundo me guardó. Pues ahora con eso que usted ve estoy mejor que quiero, y sin costarme tanto. Todavía le diría a usted más... Pero... Desengañese usted; aquí no se lee.» «Nada tengo que replicar, le contestaría yo, sino que hace usted lo que debe, y llévese el Diablo las ciencias y la cultura.»

Lucidos quedamos, Andrés. ¡Pobres batuscos!

La mitad de las gentes no lee porque la

otra mitad no escribe, y ésta no escribe porque aquélla no lee.

Y ya ves tú que por eso a los batuecos ni nos falta salud ni buen humor, prueba evidente de que entrambas ninguna falta nos hacen para ser felices. Aquí pensamos como cierta señora que, viendo llorar a una su parienta porque no podía mantener a su hijo en un colegio, «Calla, tonta — le decía —: mi hijo no ha estado en ningún colegio, y, a Dios gracias, bien gordo se cria y bien robusto».

Y para confirmación de esto mismo, un diálogo quiero referirte que con cuatro batuecos de éstos tuve no ha mucho, en que todos vinieron a contestarme en substancia una misma cosa, concluyendo cada uno a su tono y como quiera.

«Aprenda usted la lengua del país — les decía —; coja usted la Gramática.» «La *parda* es la que yo necesito — me interrumpió el más desembarazado con aire zumbón y de chulo —; fruta del país: lo mismo es decir las cosas de un modo que de otro.» «Escriba usted la lengua con corrección.» «¿Monadas! ¿Qué más dará escribir *vino* con *b* que con *v*? ¿Si pasará con eso de ser vino?» «Cultive usted el Latín.» «Yo no he de ser cura, ni tengo de decir misa.» «El Griego.» «¿Para qué, si nadie me lo ha de entender?» «Dése usted a las

Matemáticas.» «Ya sé sumar y restar, que es todo lo que puedo necesitar para ajustar mis cuentas.» «Aprenda usted Física. Le enseñaré a conocer los fenómenos de la Naturaleza.» «¿Quiere usted todavía más fenómenos que los que está uno viendo todos los días?» «Historia Natural. La Botánica le enseñará el conocimiento de las plantas.» «¿Tengo yo cara de herbolario? Las que son de comer, guisadas me las han de dar.» «La Zoología le enseñará a conocer los animales y sus...» «¡Ay! Si viera usted cuántos animales conozco ya!» «La Mineralogía le enseñará el conocimiento de los metales, de los...» «Mientras no me enseñe dónde tengo de encontrar una mina, no hacemos nada.» «Estudie usted la Geografía.» «Ande usted, que si el día de mañana tengo que hacer un viaje, dinero es lo que necesito, y no Geografía; ya sabrá el postillón el camino, que ésa es su obligación, y dónde está el pueblo adonde voy.» «Lenguas.» «No estudio para intérprete: si voy al extranjero, en llevando dinero ya me entenderán, que es la lengua universal.» «Humanidades, bellas letras...» «¿Letras? De cambio: todo lo demás es broma.» «Siquiera un poco de Retórica y Poesía.» «Si, si, venga usted con coplas; ¡para Retórica estoy yo! Y si por las comedias lo dice usted, yo no las

tengo de hacer: traduciditas del francés me las han de dar en el teatro.» «La Historia.» «Demasiadas historias tengo yo en la cabeza.» «Sabrá usted lo que han hecho los hombres...» «¡Calle usted por Dios! ¿Quién le ha dicho a usted que cuentan las historias una sola palabra de verdad? ¡Es bueno que no sabe uno lo que pasa en casa!»

Y por último concluyeron: «Mire usted — dijo el uno —, déjeme usted de quebraderos de cabeza; mayorazgo soy y el saber es para los hombres que no tienen sobre qué caerse muertos.» «Mire usted — dijo otro —, mi tío es general, y ya tengo una charretera a los quince años; otra vendrá con el tiempo y algo más, sin necesidad de quemarse las cejas; para llevar el charrote al lado y lucir la casaca no se necesita mucha ciencia.» «Mire usted — dijo el tercero —, en mi familia nadie ha estudiado, porque las gentes de la sangre azul no han de ser médicos ni abogados, ni han de trabajar como la canalla... Si me quiere usted decir que don *Fulano* se granjeó un grande empleo por su ciencia y su saber, ¡buen provecho!, ¿quién será él cuando ha estudiado? Yo no quiero degradarme.» «Mire usted — concluyó el último —, verdad es que yo no tengo grandes riquezas, pero tengo tal *caja* letra;

ya he logrado *meter la cabeza* en Rentas por empeños de mi madre; un amigo nunca me ha de faltar, ni un empleillo de mala muerte; y para ser oficinista no es preciso ser ningún catedrático de Alcalá ni de Salamanca.»

¡Bendito sea Dios, Andrés, bendito sea Dios, que se ha servido con su alta misericordia aclararnos un poco las ideas en este particular! De estas poderosas razones trae su origen el no estudiar, del no estudiar nace el no saber, y del no saber es secuela indispensable ese hastío y ese tedio que a los libros tenemos, que tanto redundan en honra y provecho, y sobre todo en descanso de la patria.

«¿Pues no da lástima—me decía otro batueco días atrás—ver la confusión de papeles que se cruzan y se atropellan por todas partes en esos países cultos que se llaman? ¡Válgame Dios! ¡Qué flujo de hablar, y qué caos de palabras, y qué plaga de papeles, y qué turbión de libros, que ni el entendimiento barrunta cómo hay plumas que los escriban, ni números que los cuenten, ni oficinas que los impriman, ni paciencia que los lea! ¿Y con aquello se han de mantener un sinnúmero de hombres, sin más oficio ni beneficio que el de literatos? Y dale con las ciencias y dale con las artes, y vuelta con los adelantos, y torna con los descubri-



mientos. ¡Oh siglo gárrulo y lenguaraz!  
¡Mire usted qué mina han descubierto!»

¡Qué de ventajas, Andrés, llevamos en esto a los demás! Muérense miserables aquí los autores malos, y digo malos porque buenos no los hay; y lo que es mejor, lo mismo se han muerto los buenos cuando los ha habido, y volverán a morir cuando los vuelva a haber; ni aquí se enriquecen los ingenios pobres con la lectura de los discretos ricos, ni tienen aquí más vanidad fundada que la que siempre traen en el estómago, pues por no hacerlos orgullosos nadie los alaba ni los da que comer. ¡Oh idea cristiana! Ni aquí prospera nadie con las letras, ni se cruzan los libros y periódicos en continua batalla; aquí las comedias buenas no se representan sino muy de tarde en tarde, sin otra razón que porque no las hay a menudo, y las malas ni se silban ni se pagan, por miedo de que se lleguen a hacer buenas todos los días. Aquí somos tan bien criados y tanto gustamos de ejercer la hospitalidad, que vaciamos el oro de nuestros bolsillos para los extranjeros. ¡Oh desinterés! Aquí se trata mal a los actores medianos, *y peor a los mejores*, por no ensoberbecerlos. ¡Oh deseo de humildad! No se les da siquiera precio, por no ahitarlos. ¡Oh caridad! Y a la par se exige de ellos que sean buenos. ¡Oh indulgencia! ¡No es aquí,

en fin, profesión el escribir, ni afición el leer; ambas cosas son pasatiempo de gente vaga y mal entretenida: que no puede ser hombre de provecho quien no es por lo menos tonto y mayorazgo.

¡Oh tiempo y edad venturosa! No paséis nunca, ni tengan nunca las letras más amparo, ni se hagan jamás comedias, ni se impriman papeles, ni libros se publiquen, ni lea nadie, ni escriba desde que salga de la escuela.

Que si me dices, Andrés, que se escribe y se lee, por los muchos carteles que por todas partes ves, diréte que me saques tres libros buenos del país y del día, y de lo demás no hagas caso, que no es más ni mejor el agua de una cascada por mucho estruendo que meta, ni eso es otra cosa que el espantoso ruido de los famosos batanes del hidalgo manchego; después de visto, un poco de agua sucia; ni escribe, en fin, todavía quien sólo escribe palotes.

Así que, cuando la anterior proposición senté, no quise decir que no se escribiese, sino que no se escriba bien, ni que no fuese el de emborronar papel el pecado del día, pecado que no quiera Dios perdonarle nunca, ni quiero yo negar la triste verdad de que no hay día que algún libro malo no se publique, antes lo confieso, y de ello y de ellos me pesa y tengo verdadero dolor,

como si los compusiera yo. Pero todo ese atarugamiento y prisa de libros, reducido está, como sabemos, a un centón de novelitas fúnebres y melancólicas, y de ninguna manera arguye la existencia de una literatura nacional que no pueda suponerse siquiera donde la mayor parte de lo que se publica, si no el todo, es traducido, y no escribe el que sólo traduce bien, como no dibuja quien estarce y pasa el dibujo ajeno a otro papel al trasluz de un cristal. Lo cual es tan verdad, que no me dejaría mentir ni decir cosa en contrario todo ese enjambre de autorzuelos a quienes pudiéramos aplicar los tercetos del Rey de Artieda:

Como las gotas que en verano llueven,  
con el ardor del Sol, dando en el suelo,  
se convierten en ranas, y se mueven,  
con el calor del gran señor de Delo  
se levantan del polvo poetillas  
con tanta habilidad, que es un consuelo.

Y mas que me cuentes entre ellos, y por tanto me reconvengas, pues si me preguntas por qué me entremeto yo también en embadurnar papel sin saber más que otros, te recordaré aquello de «Dondequiera que fueres haz lo que vieres». Así, si fuese a país de cojos, pierna de palo me pondría; y ya que en país de autorcillos y traductores he nacido y vivo, autorcillo y traductor

quiero y debo, y no puedo menos de ser, pues ni es justo singularizarme y que me señalen con el dedo por las calles, ni depende además del libre albedrío de cada uno el no contagiarse de una epidemia general. Ni á nadie hagas cargos tampoco por lo de traductor, pues es forzoso que se eche muletas para ayudarse a andar quien nace sin pies o los trae trabados desde el nacer. — Y si me añades que no puede ser de ventaja alguna el ir atrasados con respecto a los demás, te diré que lo que no se conoce no se desea ni echa menos: así suele el que va atrasado creer que va adelantado, que tal es orgullo de los hombres, que nos pone a todos una venda en los ojos para que no veamos ni sepamos por dónde vamos, y te citaré a este propósito el caso de una buena vieja que en un pueblo, que no quiero nombrarte, ha de vivir todavía, la cual vieja era de estas muy leída de los lugares; estaba suscrita a la *Gaceta*, y la había de leer siempre desde la Real orden hasta el último partido vacante, de seguido y sin pasar nunca a otra sin haber primero dado fin del anterior. Y es el caso que vivía y leía la vieja (al uso del país) tan despacio y con tal sorna, que habiéndose ido atrasando en la lectura, se hallaba el año 29, que fué cuando yo la conocí, en las *Gacetas* del año 23, y nada más; hube de ir un día a visitar-

la, y preguntándola qué nuevas tenía al entrar en su cuarto, no pudo dejarme concluir; antes, arrojándose en mis brazos con el mayor alborozo y soltando la *Gaceta* que en la mano a la sazón tenía: «¡Ay, señor de mi alma! — me gritaba con voz mal articulada y ahogada en lágrimas y sollozos, hijos de su contento —, ¡ay, señor de mi alma! ¡Bendito sea Dios!, que ya vienen los franceses, y que dentro de poco nos han de quitar esa pícara Constitución, que no es más que un desorden y una anarquía!» Y saltaba de gozo y dábase palmadas repetidas; esto en el año 29, que me dejó pasmado de ver cuán de ilusión vivimos en este mundo, y que tanto da ir atrasado como adelantado, que siempre que nada veamos ni queramos ver por delante de nosotros.

Más te dijera, Andrés, en el particular, si más voluntad tuviese yo de meterme en mayores honduras; empero sólo me limitaré a decirte, para concluir, que no sabemos lo que tenemos con nuestra feliz ignorancia, porque el vano deseo de saber induce a los hombres a la soberbia, que es uno de los siete pecados mortales, por el plano resbaladizo de nuestro amor propio; de este feo pecado nació, como sabes, en otros tiempos, la ruina de Babel, con el castigo de los hombres y la confusión de lenguas, y la caída asimismo de aquellos fieros titanes,

gigantescos, descomunales, que por igual soberbia escalaron también el cielo; sea esto dicho para confundir la historia sagrada con la profana, que es otra ventaja de que gozamos los ignorantes, de que todo lo hacemos igual.

De que podrás inferir, Andrés, cuán dañoso es el saber y qué verdad es todo cuanto arriba te llevo dicho acerca de las ventajas que en esta como en otras cosas a los demás hombres llevamos los batuecos, cuánto debe regocijarnos la proposición cierta de que «En este país no se lee porque no se escribe, y no se escribe porque no se lee»; que quiere decir, en conclusión, que aquí ni se lee ni se escribe; y cuánto tenemos, por fin, que agradecer al Cielo, que por tan raro y desusado camino nos guía a nuestro bien y eterno descanso, el cual deseo para todos los habitantes de este incultísimo país de las Batuecas, en que tuvimos la dicha de nacer, donde tenemos la gloria de vivir y en el cual tendremos la paciencia de morir, Adiós, Andrés.

Tu amigo,

EL BACHILLER.

---

2.<sup>a</sup>

¡Qué país, Andrés, el de las Batuecas! ¡Cuánto no promete! ¿De mi amistad exiges que siga poniendo en tu noticia la que de este extraordinario suelo pueda alcanzar a tener? ¿Gustóte mi primera epístola? Juro en buen hora por mi honor, y ya sabes que este juramento es en estos tiempos y en las Batuecas cosa seria y sagrada, juro por mi honor, digo, que no tengo de parar hasta que tanto sepas en la materia como yo.

De poco te asombras, querido amigo; nada es lo que he dicho en comparación de lo que me queda que decir. Te dije que no se leía ni escribía. ¿Cuál será tu asombro y tu placer cuando te pruebe que tampoco se habla? ¿No puedes concebir que llegue a tanto la moderación de este inculto país? ¿Y por eso le llaman inculto? ¡Hombres injustos! Llamáis a la prudencia miedo; a la moderación, apocamiento; a la humildad, ignorancia. A toda virtud habéis dado el nombre de vicio.

¿Puede haber nada más hermoso ni más pacífico que un país en que no se habla?

Ciertamente que no, y por lo menos nada puede haber más silencioso. Aquí nada se habla, nada se dice, nada se oye.

¿Y no se habla, me dirás, porque no hay quien oiga, o no se oye porque no hay quien hable? Cuestión es ésa que dejaremos para otro día, si bien cuestiones andan en esos mundos decididas, acreditadas y creidas más paradójicas que ésta. Empero conténtate por ahora con saber que no se habla: costumbre antigua tan admitida en el país, que para ella sola tiene un refrán que dice: «Al buen callar llaman Sancho»; y no necesito decirte la autoridad que tiene en las Batuecas un refrán, y más un refrán tan claro como éste.

Llégame a una ocurrencia: «Buenos días, D. Prudencio; ¿qué hay de nuevo?» «Tsi, calle usted», me dice con el dedo en los labios. «¿Que calle?» «Asi», y se vuelve a mirar en derredor. «Hombre, si yo no pienso decir nada malo.» «No importa; calle usted. ¿Ve usted aquel embozado que escucha?... Es un esp..., un sop...» «¡Ah!...» «Que vive de eso.» «¿Y se vive de eso en las Batuecas?» «Ese es un hombre que vive de lo que otros hablan, y como ése hay muchos; así que todos estamos reducidos aquí a no hablar; mirenos usted obscuramente envueltos en nuestras capas, hablando por dentro del embozo, descon-

fiando de nuestros padres y de nuestros hermanos... Parece que hemos cometido todos o vamos a cometer algún delito... Imite usted nuestro ejemplo, que en ello le va más de lo que parece.»

¿Hay cosa más rara? ¡Un hombre que vive de lo que otros hablan! ¿Y dicen que los batuecos no son industriosos para vivir? .....

Va a edificarse un monumento que podrá dar gloria a las Batuecas; el plan es colosal; la idea, magnífica; la ejecución, asombrosa; pero hay un defecto, un defecto también colosal; me apresuro; yo le haré conocer, yo le haré desaparecer. «Sr. D. Timoteo, traigo un artículo para usted; insértemelo usted en su miscelánea.» «¡Ah! ¿Esto? Es imposible. ¡Imposible!» Y me añade al oído: «Usted no sabe que el sujeto que ha propuesto él se llama D. Y. Z.» «Bien pudiera llamarse así ese sujeto y corregirse el defecto.» «Pero ese pariente del señor...» «¿Y no pudiera seguir siendo su pariente después de desaparecer el defecto?» «Cierto; no me entiende usted; es mal enemigo, y no me atrevo a insertarlo.»

¡Oh inagotable capítulo de las consideraciones! Por todos lados adonde nos volvamos para marchar, encontramos con la pared.

¡Qué de elogios no merece esta noble moderación, este respeto a las personas que pueden entre los batuecos!

Encuéntrome con un escritor público: «Señor Bachiller, ¿qué le parecen a usted mis escritos?» «Hombre, me parece que no hay nada que pedirles, porque nada tienen.» «¡Siempre ha de decir usted cosas!...» «¡Y usted nunca ha de decir cosas! ¿Por qué no fulmina usted el anatema de la crítica contra ciertas obras que nos inundan?» «¡Ay amigo! Los autores han descubierto el gran secreto para que no les critiquen sus obras. Zurcen un libro. ¿Son vaciedades? No importa. ¿Para qué son las dedicatorias? Buscan un nombre ilustre; encabezan con él su mamotreto; dicen que se lo dedican, aunque nadie sepa lo que quiere decir eso de dedicar un libro que uno hace a otro que nada tiene de común con el tal libro, y con ese talismán caminan seguros de ofensas ajenas. Ampáranse como los niños en las faldas de mamá para que papá no les pegue.» «¿Por qué no pinta usted el desorden de nuestras costumbres y de nuestras...?» «¡Ah!, ¿no conoce usted el país? ¿Yo satírico? ¡Si tuviera el vulgo la torpeza de entender las cosas como se dicen! Pero es tanta la penetración de estos batuecos, que adivinan el original del retrato que usted no ha hecho. Dice usted

que es ridículo el ser un *calzonazos*, y que es un pobre hombre todo Juan Lanás, y sale un importante de éstos que, a costa de tener reputación, se conforman con tenerla mala, y exclama a voces: «¡Señores! ¿Saben ustedes quién es ese Juan Lanás de quien habla el satírico? Ese Juan Lanás soy yo; porque para eso de entender alusiones no hay hombres como los batuecos.» «Hombre, ¿qué ha de ser usted? Si el autor no le conoce siquiera...» «No importa; apuesto mi cabeza a que soy yo», y os pone un cartel de desafío, y no hay sino dejaros matar, porque él es un necio. «¿Quién es aquella *sultana del Oriente*?», le dicen a usted. «Cualquiera que se halle en ese caso», responde usted. «¡Picarillo! — le responden—; sí, a mí con esas... Ésa es la X\*\*\*.» «Como si no hubiera más que una en Madrid.» «Agregue usted a esto que la Naturaleza reparte sus dones con economía, y dando fuerzas a aquel a quien negó el talento, corre el satírico gran riesgo en las Batuecas de que su cabeza se encuentre en el mismo camino de un garrote, encuentro siempre que puede traer peores consecuencias para la primera que para el segundo. «Bien: pues no sea usted satírico; sea usted justo no más. Cuando representan pésimamente una comedia; cuando cantan rabiando una ópera; cuando es la decora-



ción mezquina, ¿por qué no levanta su voz?» «Con gente del teatro nunca se las haya usted. Cervantes lo dijo. Nunca les falta algún campeón que defenderá su pleito, campeón formidable. Además es ése un teclado en que no se ve más que el exterior; nunca se sabe quién le toca; detrás del retablo y de esas figuritas de pasta de Gaiferos y los moros, debajo del parche de maese Pedro, está Ginesillo de Pasamonte que los mueve. ¡Ay!, no tome usted la defensa de la infeliz Melisendra, no desbarate las figuras, que si la mona se escapa al tejado, si rompe la ilusión, si destroza las muñecas, las pagará caras. Esa es, en fin, materia sagrada, y *nadie las mueva, que estar no pueda con Roldán a prueba.*» «Pero señor, nunca se ha ahorcado a nadie por decir que Fulano es mal cómico.» «Lo que se ha hecho, Sr. Bachiller, y lo que se hará, mejor está callado.» «Se reclama, se apela...» «Sr. Munguía, quiero contarle a usted un cuentecillo, y es caso ocurrido no ha muchos meses en un lugarcito de las Batuecas: Corrianse un día de novillos, y contra la costumbre establecida en esos pueblos de salir enmaromado el animal, bien como debían andar por el mundo muchos animales de asta que yo conozco para que no hicieran daño, hubieron de determinarse

a dejarle suelto por las calles. Capeábanle los mozos alegremente, y fué el caso que uno de ellos, más valentón que sus compatriotas, en vez de sortear al novillo, se dejó sortear por él; notable equivocación; enganchóle el asta retorcida de la faja que en la cintura traía, y aún no se sabe cuáles hubieran sido las vicisitudes del jaque a no haber acudido en su auxilio dos primos suyos, movidos de aquel impulso natural que todos tenemos de amparar a los que andan enredados con animales cornudos. Soltáronle en efecto. Pero como quiera que los novillos no valgan nada cuando no hacen alguna de las suyas, amotinóse en la plaza la parcialidad contraria a nuestro jaque, clamando que para eso no se sacaba el novillo, y el que no supiese torear la pagase, y que había sido una mala partida meterse entre dos que riñen a su salvo; que aquello de ayudar al capeador había sido una alevosia contra el toro, y aún es fama que algunos de los más leídos, que debía ser sobrino del cura, trató aquello de traición semejante a la de Beltrán Claquín, como le llama nuestro Mariana, cuando, volviendo lo de abajo arriba, dijo en Montiel: *Ni quito ni pongo rey*. Como quiera que fuese, creció la zambra, enronqueciéronse las voces, alzáronse los palos, y no se sabe en qué hubiera pa-

rado aquella nueva discordia de Agramante, a no haberse aparecido en medio de la confusión la divina Astrea, disfrazada en figura de alcalde, que el mismo Diablo no la conociera, con medio pino en la mano en vez de balanza, y sin venda, porque es sabido que el que no ve con los ojos abiertos excusa tapárselos para no ver, y a su decisión prometieron resignarse todos. Alegaron las partes; escuchólas a entrambas aquel rústico Lain Calvo, que fué milagro que se cansó en oírlas para sentenciar (aunque hay quien asegura que se durmió mientras hablaron), y dijo en conclusión alzando la voz estentórea: «Señores, por la vara que tengo en la mano — y tenía el tal medio pino que llevamos referido —, juro a bríos que me he enterado, aunque me esté mal el decirlo, y condeno a los dos primos a una multa para mis urgencias, es decir, para las urgencias de la justicia, que soy yo, por haber quitado la acción al animal, y declaro que en lo sucesivo nadie sea osado a ayudar en función de esta clase a ningún mozo, por lo menos hasta después de la primera embestida, porque el primer golpe es de derecho del toro, y nadie se le puede quitar. Y Dios sea con todos.» Con cuya decisión debió quedar el pueblo sosegado y usted convencido. ¿Me ha entendido usted, Sr. Bachiller? Pre-

gúntolo por que si no me ha entendido ahora, excuso hacer más preguntas, que ya nunca me entenderá.

Asi, pues, librese de la primera embes-  
tida, y no lo deje para la segunda, y des-  
engañese, que en las Batuecas si nos quita  
el adular, nos quita el vivir; es preciso con-  
tentarse con decir en todo papei impreso  
que la comedia estuvo de lo lindo; que to-  
dos los actores, incluso los que no la re-  
presentaron, se sobrepujaron a si mismos,  
que es frase que quiere decir mucho, aun-  
que no hay un cristiano que la entienda;  
que la decoración fué cosa exquisita; que  
el público anduvo acertado en aplaudirla;  
que la invención última es el sumum del  
saber humano; que el edificio, y que la  
fuente, y que el monumento son otras tan-  
tas maravillas; que aquella otra está plan-  
teada sobre las bases más sólidas y los  
auspicios más felices; que la paz y la glo-  
ria, y la dicha y el contento llegaron a su  
colmo; que el cólera no viene a las Batue-  
cas porque describe triángulos acutángu-  
los, y es cosa averiguada que todo el que  
describe esta figura al andar no puede pa-  
sar de cierto punto; entreverar un arti-  
culejo de volapiés, que a esto a nadie  
ofende sino al toro; ingerir tal cual examen  
analitico de la obra última entre si diré,  
si no diré lo que hay en la materia, tal

cual anacreónica, donde se le digan a Filis cuatro frioleras de gusto, con su poco de acertijo, y algún sonetuelo de circunstancias, que es cosa que sabe como cada fruta en su tiempo, y en las demás materias, ¡chitón!, que las noticias no son para dadas, la política no es planta del país, la opinión es sólo del tonto que la tiene, y la verdad estése en su punto. Además de que la lengua se nos ha dado para callar, bien así como se nos dió el libre albedrío para hacer sólo el gusto de los demás; los ojos para ver sólo lo que nos quieran enseñar; los oídos para sólo oír lo que nos quieran decir, y los pies para caminar adonde nos lleven.

Y a alguno conozco yo, Sr. Bachiller, que argüía a uno de estos que pregonan la felicidad presente, y arguyéndole con ejemplos bien palpables, le repetía a cada punto: «¿Conque estamos bien?» A lo que le fué respondido, como respondió Bossuet al jorobado: «Para batuecos, amigo mío, no podemos estar mejor.»

Así ves, Andrés mío, a los batuecos, a quienes una larga costumbre de callar ha entorpecido de lengua, no acertar a darse mutuamente los buenos días; tener miedo, pazguatos y apocados, a su propia sombra cuando se la encuentran a su lado en una pared, y guardándose consideraciones a sí mismos por no hacerse enemigos, sucediénd-

---

# CARTAS DE ANDRÉS NIPORESAS

## AL BACHILLER

### 1.<sup>a</sup>

Mi querido Bachiller: todas tus cartas he recibido, y no he contestado a ninguna, merced a esta pereza del país que nos tiene a todos poco menos que dormidos; pero como quiera que me preguntas varias cosas que te pueden ser de alguna satisfacción saber, iréte contestando por parte, o como pueda, que ya sabes que en punto a coordinar mis ideas no soy fuerte, y en punto a expresarlas soy flojo. En cambio de las buenas prendas lógicas y oratorias que me faltan, encontrarás en mí una buena fe, a prueba del siglo XIX, más que mediana inocencia, sana intención, y lo que vale más que todo, un respeto, que te ha de asombrar, a todas las cosas, y un mie-

do, que habrás de conocer por muy saludable, a todas las personas.

Pongo párrafo aparte para elogiarte mi desconfianza, porque lo merece: ésta es tal, que desde pequeñito dieron en llamarme por apodo *Niporesas*; apodo que pasó a ser apellido, así como hay apellidos que pasan a ser apodos. Todo el mal de mi desconfianza está en vivir yo más de lo pasado que de lo presente: es el caso que he sido tonto, lo cual no es poca fortuna, porque hay otros que lo son todavía, y muchísimos que lo serán hasta que se mueran; he sido tonto, es decir, que me han engañado muchas veces; de aquí procede que en el día estoy reducido a no creer más que en Dios, porque en cuanto a creer en los hombres me voy con muchísimo tiento. Dejemos esto aquí, porque la materia es resbaladiza, y no quisiera que dieran tormento a lo que escribo.

Mucho me agrada cuanto me dices acerca de las Batuecas; son efectivamente muchas las ventajas que llevan a otros países, como dices muy bien en tus números, no sé cuántos, que esto es material: al fin es mi país, y tengo en eso fundada mi vanidad, aunque no hay un motivo. Convengo sobre todo contigo (núm. 6.º) en que a los batuecos no les falta más que hablar, que es precisamente lo mismo que suele

decir un amigo mio de cierto sujeto que tú conoces, que es tonto y feo, y además picaro, y un si es no es tartamudo.

Me parece con todo eso que este país promete; no ha mucho tiempo que hubiera creído, si yo hubiera sido capaz de creer, como llevo dicho, que a la vuelta de un par de siglos ya no habría batuecos sobre la superficie de la tierra; en este supuesto pudieras haber arrojado por la ventana tu recado de escribir, porque hubiera llegado el caso de que tus desmedidas alabanzas hubieran venido a ser inoportunas; pero como acaso las volvamos presto a merecer, porque eso está en la posibilidad de las vicisitudes humanas, y todo se puede esperar de nuestro buen natural, te aconsejo que no borres todavía las Batuecas de tu mapa.

Te doy la enhorabuena porque ya te han abierto las universidades; quiero decir que dejarás de ser autor para volver a tus estudios.

Al fin te va en ello lo que va de ser tonto a no serlo, y lo que va de bachiller a licenciado o doctor, porque supongo que te graduarás inmediatamente, cesando de escribir folletines que no valen lo que pesan, y que te pueden pesar más de lo que te valen.

Me preguntas del estado de mi familia;



voy a informarte como pueda de la suerte de cada uno.

Antoñito está de enhorabuena: le concedieron la gracia de capitán con sueldo y todo, por los méritos de su padre, que hace ya cuatro años que está sirviendo a S. M. con cuarenta mil reales; con estos méritos le han hecho esta gracia al niño. Me alegrará que le vieras tan mono como está con sus dos charreteritas y su espadita, que parece un juguete. ¿Qué quieres? ¡En esa edad! ¡Ocho años! Nos llena la casa de pajaritas de papel; dice que son los enemigos, les corta la cabeza, y es una risa todo el día con él. Ya puede un criado no servirle pronto; le da un palo, lo cual nos hace mucha gracia a todos, y nunca se le olvida decirle que tiene qué se yo cuántos miles de reales de sueldo. Su madre se le come a besos. Es de advertir que el señor capitán está ya en medianos, y muy adelantado en la Gramática, de donde inferimos todos que ha de ser un gran militar.

También está Miguel de enhorabuena, porque le han hecho nada menos que teniente; verdad es que llevaba cuarenta y dos años de servicio, con haberse hallado en todos los encuentros de importancia que ha habido en ese tiempo, haber estado dos veces prisionero, y tener diez y siete heridas, y un ojo de menos. ¿Pero qué es eso

comparado con una tenencia? Ello es que le han premiado ya, y que está que brinca de gozo. Él pretende pasar al regimiento donde es capitán Antoñito, todo por el placer de estar juntos. ¡Como son parientes! Y como le quiere tanto, suele decir que aunque teniente, de buena gana le enseñaría a ser capitán. No se puede negar que tiene Miguel un alma excelente. Como el otro es un chico, no hay duda en que podría aprovechar algunas leccioncillas de su tío.

A Juanito le hicieron joven de lenguas; con este motivo ha tomado maestro de francés, y aun dice que le tomará de inglés, porque, eso sí, aunque ya está colocado, es muy racional y no se desdeña de aprender; dice que no parece bien en un joven de lenguas no saber ninguna; en lo cual tiene alguna razón, y manifiesta ser muy despejado. Su fortuna le ha valido, porque se susurra que pretendían la plaza seis muchachos de mucho provecho, pero, como dicen, no tenían nombre. Amigo, que se la busquen de otra manera, que no todos han de ser jóvenes de lenguas.

Frasco, a quien conoces, ha tenido más desgracia. Solicitó una plaza de vista de no sé dónde; entregó el memorial tal como a las cuatro y cuarto, porque supo que a las cuatro estaban agonizando al que la

tenía, y aunque en rigor todavía no había muerto, debía de morir de allí a poco. Pero le dijeron que llegaba tarde, porque ya estaba dada. ¡*Qué prontitud de demonios!* En vano alegó sus grandes conocimientos en la materia y la exactitud que tiene acreditada. La plaza de vista se la dieron a un buen señor, ciego por más señas, o poco menos; dicen que se habían compadecido de él porque se veía arruinado de resultas de una trabacuenta. ¡Cierto que ha sido una caridad! ¡Pobrecillo!

Jorge volvió, como que le cogió la amnistía de medio a medio; pero está rabian-do; que quería que le hubiesen vuelto el destino que tenía hace diez años, es decir, cuando chiquito... Mira tú quién se acuerda ya ahora de... Es el caso que lo tiene otro.

Julianita hizo una muy buena boda: casó con un joven muy despejado y rico. Por supuesto que tuvo habilidad para ocultarle que había tenido un hijo de aquel otro querido que la obsequió cuatro años (hijo que tiene ocultamente en un colegio). El tal joven tiene una indole excelente, y se hace querer de toda la familia; está loco con su boda. Días pasados decía que se atrevía a poner las manos en la lumbre por la virtud de su mujer; mira tú si es atrevido. A propósito añadía que en su

vida se hubiera casado con una viuda, porque él había buscado siempre una mujer nueva para enseñarla a sentir, y se daba la enhorabuena de haberlo conseguido.

Me preguntas si he pretendido yo también alguna cosa; voy a responderte. Yo no pretendo ningún empleo, porque sé que no me le han de dar, aunque batueco. Ya me lo han ofrecido muchos, pero nunca ha cuajado. Ello si, dicen que soy muy despejado, que cuente con ello, que espere un poco... Ahora no es el momento oportuno ni antes lo ha sido nunca; unas veces he llegado demasiado tarde y otras demasiado temprano. Mira tú si soy torpe, no parece sino que estudio con el mismo Barrabás. Sin embargo, tengo muchos protectores, y como soy útil para algunas cosas, y me lo aseguran tantas veces, podrá ser que llegue el caso de creer algún día que me han de dar algo. Más te diré. A veces, cuando oigo a alguno me lo llevo a creer, como que me tengo de salvar, ayudándome Dios, que es sobre todo, y la penitencia y buena vida que tengo pensado hacer. Ya ves que en esta parte casi infrinjo el sistema de mi desconfianza.

Por lo demás no pretendo; pero no dejo de conocer que no hay cosa como tener oficina y sueldo, que corre siempre ni más

ni menos que un río. Se pone uno malo, o no se pone; no va a la oficina, y corre la paga; lee uno allí de balde y al brasero la *Gaceta* y el *Correo*, y un cigarrillo tras otro se llega la hora de salir poco después de entrar. Si hay en casa un chico de ocho años, se le hace meter la cabeza, aunque no quiera ni sepa todavía la doctrina cristiana, y hételo meritorio. ¿No sirve uno para el caso, o tiene un enemigo y le quitan de en medio? Siempre queda un sueldecillo decente, si no por lo que trabaja ahora, por lo que ha dejado de trabajar antes. Aunque estas razones, capaces de mover un carro, no me tuviesen harto aficionado de los destinos, sólo el ser del país me haría gustar de esas gangas tan naturalmente como gusta el pez de vivir en el agua. Eso de estudiar para otras carreras, ni está en nuestra naturaleza ni lo consiente nuestro buen entendimiento, que no ha menester de semejantes ayudas para saber de todo.

Otras ventajillas de los empleos se pudieran citar; hay unos, por ejemplo, en que se manejan intereses y hay sobrantes... Da uno cuentas, o no las da, o las da a su modo. No que a mí esto me parezca mal, no, señor. A quien Dios se la dió, San Pedro se la bendiga. Algunos te dicen a eso que no tiene gracia que a cada mano

por donde pasan aquellos ríos se le pegue siempre algo. A eso pregunto yo si es posible que llegue el caso de que no se le pegue nunca a nadie. Ello es que hay cosas de suyo pegajosas, y si te arrimas mucho a un pellejo de miel, por fuerza te has de untar, sin que esto sea en ninguna manera culpa tuya, sino de la miel que de suyo unta.

Otros empleillos hay, como el que tenía un amigo de mi padre: contaba este tal veinte mil reales de sueldo, y cuarenta mil más que calculaba él de manos puercas; pero también recaía en un señor excelente, que lo sabía emplear. El año que menos, podía decir por Navidades que había venido a dar, al cabo de los doce meses, sobre unos quinientos reales, en varias partidas de a medio duro y tal, a doncellas desacomodadas y otras pobres gentes por ese estilo, porque, eso sí, era muy caritativo, y daba limosnas... ¡Huy! De esta manera, ¿qué importa que haya algo de manos puercas? Se da a Dios lo que se quita a los hombres, si es que es quitar aprovecharse de aquellos gajecillos inocentes que se vienen ellos solos rodados. Si saliera uno a saltarlo a un camino a los pasajeros, vaya; pero cuando se trata de cogerlo en la misma oficina, con toda la comodidad del mundo, y sin el menor percance... Su-

pongo, verbigracia, que tienes un negociado, y que del negociado sale un negocio; que sirves a un amigo por el gusto de servirle no más; esto me parece muy puesto en razón; cualquiera haría otro tanto. Este amigo, que debe su fortuna a un triste informe tuyo, es muy regular, si es agradecido, que te deslice en la mano la finecilla de unas oncejas... No, sino ándate en escrúpulos y no las tomes; otro las tomará, y lo peor de todo, se picará el amigo, y con razón. Luego si él es el dueño de su dinero, ¿por qué ha de mirar nadie con malos ojos que se lo dé a quien le viniere a las mientes, o lo tire por la ventana? Sobre que el agradecimiento es una gran virtud, y que es una grandísima grosería desairar a un hombre de bien, que... Vamos..., bueno estaría el mundo si desapareciesen de él las virtudes, si no hubiera empleados serviciales ni corazones agradecidos.

Lo mismo digo acerca de que te va a pedir un favor una señora, acaso bien parecida, o con alguna hija que lo es. ¿Cómo te niegas a oír a una señora que va con su hija? Era preciso tener entrañas de tigre. Yo te aseguro que éste sería para mí uno de los puntos en que nunca se quedaría rezagada mi galantería. ¡Jesús! ¡Una señora!

Agrega a esto que para ser oficinista, con saber darse tono, con hacer esperar a los hombres y a las feas en la sala de audiencia, diciendo el portero que el señor oficial está sumamente ocupado; con no conocer a nadie al entrar y al salir; con ahuecar la voz, estirarse el corbatín y perder el expediente, ya está más que aprendido el oficio. No es decir esto que no los haya por otro estilo; pero ya tendría yo la curiosidad de ver algunos.

Luego hay hombres que no sirven para otra cosa entre nosotros, y son los más. «¿Qué ha de ser usted sino empleado?— me decía días pasados un ultra-batueco—. ¿Querrá usted que en estas Batuecas, unas gentes acostumbradas a su oficina, y sus once, y su *Gaceta*, y su cigarro, vayan a enfrascarse en la cabeza media docena de ciencias y artes útiles, como las llaman para vivir de otra manera que han vivido hasta ahora, sin el descanso de la mesada, ni los gajes de manos puercas? Bien sabe Dios que eso es tontería, porque yo y los que a mi se me parecen, que no son pocos, tenemos las cabezas menores que para ciencias y artes, para moldes de pelucas, y lo digo con vanidad. A buen seguro que mi padre y aun mi abuelo nunca supieron lo que era un libro; era todo lo más si sabían firmar, y el uno murió de ochenta y

cinco años, y el otro de noventa; ni conocieron nunca lo que era dolerles una uña, y no le parezca a usted que eran unos pelagatos, porque fueron empleados toda su vida, tanto, que se puede decir que les salieron los dientes en la oficina, y cuando murieron el uno tenía una venera y el otro tenía dos.»

Y tenía razón el batueco. Ya ves tú, pues, que si no pretendo no es porque desconozca yo lo que lleva consigo un empleo. Yo no le encuentro a esta carrera más inconveniente que uno, y es que hay pocos empleos; si no, ya tendría yo el mío; esta es nuestra desgracia, porque como las revoluciones, conforme han dado en hacerlas en el día, no son sino cuestiones de nombres, todo el toque está en estos altos y bajos, en saber cuáles de unos o de otros han de ser dueños del cotarro. Ello no hay sino diez empleos (que es el mal que nos affige) y veinte pretendientes. Yo considero que todo estaba arreglado con que hubiera veinte empleos y diez pretendientes; ni yo sé cómo no han dado en esto, siendo una verdad que salta a los ojos.

Asómbrate, sin embargo, cómo hay hombres para todo; un batueco de estos que a ratos no lo parecen, me decía ayer, hablando de esto: «Los batuecos que quieren bien a su patria han de empezar por apartar el

pensamiento de los empleos y quemar todos los memoriales hechos y por hacer; si el Gobierno necesita hombres, hombres buscará, pues ya sabe dónde están y bien conocidos son; al que no le busquen, que no se haga buscar él, sino que hincue el codo y se aplique. Si hay un país en que pueda un hombre hacerse un bienestar por cualquier ramo de artes o ciencias, es éste, donde hay de ellas tanta escasez. Pero si esperan a llamar buen gobierno a aquel que a cada vecino le dé veinticuatro mil reales de renta por su manifiesta adhesión, nunca le habrá para las Batuecas, porque el que más y el que menos somos adictos, y muy adictos, a tomar la paga el último día del mes, y aunque sea el primero del siguiente. Agregue usted a esto que el seguir en el carril de hasta ahora es desnudar a un santo para vestir a otro, y santo por santo, ¡voto a bríos!, que bien se está quien se está vestido. Sí, señor don Andrés; aquí no tendremos un principio de esperanza sino cuando conozcan todos la necesidad de no sacar más sangre de este cuerpo, ya desangrado; cuando tengan mis compatriotas ideas moderadas, un plan uniforme, una marcha prudente, menos egoísmo, menos miedo, menos partidos y colores, menos pereza y holgazanería; cuando el Cielo nos envíe luz para ver y

aplicación para trabajar; cuando tengamos, en fin, el verdadero deseo de ser felices, que mucho lleva adelantado para serlo quien de veras lo desea, porque el Cielo es tan bueno, que querrá probablemente todo lo que nosotros de veras queramos.»

Mira tú, mi Bachiller, por dónde se apeó el batueco. ¡Vaya que hay hombres locos! ¡Luz para ver! Mejor nos estamos a obscuras; de esta manera, Dios sabe lo que uno puede topar a tientas; vez hay que se anda uno a buscar tal cosa, y se encuentra debajo de la mano tal otra que no había visto. Lo más que puede suceder es que hagamos, jugando a buscar el bien, lo que hace el que juega a dar con la piñata, que suele dejársela a las espaldas, y atinar con un palo a los concurrentes, que esto ya se ha visto.

Yo, como sé que todas esas quimeras que a uno le cuentan son bobadas, porque me llamo Niporesas, y conozco mi patria y mis batuecos como mi casa y mis hijos, a mis empleos me atengo; la semilla ha de caer en buena tierra, y si no, no echarla.

Y con esto concluyo mi carta, que las cartas no han de ser tan largas como nuestro remedio ni tan cortas como nuestros alcances.

Te he contestado cumplidamente a la tuya. Te he dado noticias de mi familia y

de mi persona, y aun de mis opiniones; ahora ruega tú a Dios que los que me protegen me den pronto un empleillo de esos de manos puercas para dar en tierra con mi desconfianza, porque de no, me habré de meter a descontento, y es mal oficio. Si, por el contrario, me lo dan, le serviré como cada batueco, o me servirá él a mí por mejor decir; entonces sí que diré que vivimos en la prosperidad, como algunos quieren que lo crea por pruebas que no son pruebas. Tu amigo,

ANDRÉS NIPORESAS.

---

2.<sup>a</sup>

Querido Bachiller: Imagina tú si me será sensible el estado de tu salud y ese malhadado frenillo que te embarga la lengua y te obliga a hablar tan de tarde en tarde; echa mano de la sopa en vino, y si ésta no basta a dar tono a tu decaída máquina, avísame con tiempo para encomendarte a Dios y rogarle que te haga arre-

pentir en vida de tus muchos y corpulentos pecados, pues te veo ya con un pie en la sepultura, y me doy a entender que si te alcanza la muerte antes de arrepentirte, no ha de haber luego remedio humano ni divino para ti, ni te han de alcanzar oraciones de ningún cristiano. Mira estas cosas muy despacio, y considera sobre todo que hay Infierno. De esta verdad, si la fe no te respondiera, te respondería yo, que llevo este punto de creencia a tal extremo, que estoy para mí que no sólo le hay en la otra vida, sino en ésta también debe haberle para más de uno, según vehementes indicios que de ello tengo.

Es tanta la batahola de preguntas y confusión de encargos que en tu última carta reservada, y no vista del público, me diriges y encomiendas, que no sé si bastaré yo para dar completa satisfacción a todas tus necesidades. Conténtate, pues, con lo que buenamente te pueda ir diciendo...

Pasemos a tus largas preguntas y a tus interminables encargos.

Con respecto a la *Historia de España* que me pides, como me dices que ha de ser buena, no te la puedo enviar, porque no la he encontrado.

Me encargas que envíe a tu sobrinito a las cátedras públicas de Historia y Geografía que supones temerariamente que debe

de haber en una corte como ésta; me añades que ya que tiene la fortuna de estar en el primer pueblo de la nación, que aproveche esta feliz circunstancia para ilustrarse. Te ruego encarecidamente que antes de hacerme estos encargos procures no ser tan ligero en tus juicios, porque aquí no hay semejantes cátedras; lo que hay es una Academia de la Historia, y un despacho de mapas en la calle del Príncipe. Puede ser que sean éstas las noticias que tengas, y como eres tan torpe, todo lo hayas confundido.

Soy de opinión que no aprenda Taquigrafía, en atención a que aquí no hay palabra que seguir.

Lo que si debe aprender es el arte de tener siempre razón, es decir, la esgrima, porque andan muy en boga los desafíos de algún tiempo a esta parte; de suerte que ya en el día es una vergüenza no haber estropeado a algún amigo en el campo del honor. Otra cosa no menos importante: es de primera necesidad que se vista de majo y eche un cuarto a espadas en cualquier funcioncilla de toros extraordinaria que entre señoritos aficionados se celebre, que si se celebrará; con estas dos cosas será una columna de la patria, y un modelo del buen tono, según los usos del día. Y aun si pudiera ser, tener pantalón *colan*

y sombrero *clac*; si pudiera ser, además que pasase la mañana haciendo visitas y dejando cartoncitos de puerta en puerta; la tarde haciendo ganas de comer y atropellando amigos en un caballo cuellilargo y sin rabo, condición *sine qua non*; la primera noche silbando alguna comedia buena, y la madrugada de *raout* en *raout*, perdiendo al *écarté* su dinerillo y el de sus acreedores, sería doblemente considerado de las gentes del gran mundo, y atendido de las personas sensatas del siglo...

Alguna obra de la Biblioteca de las que me indicas está en lo reservado, y así te devuelvo tu encargo...

Tampoco he encontrado una colección de trajes españoles de todas las épocas, porque no la hay. Me han preguntado si estás tú seguro de que anduviesen vestidos nuestros antepasados.

No se ha encontrado quien compusiera tu reloj; sabe más que tú y que todos nosotros; por más que ha querido el relojero gobernarlo, él no se ha dejado gobernar.

La laminita que quieres, no he hallado en Madrid quien la haga; dicen que es preciso hacerla sobre acero, y para obtener buen resultado me han asegurado que debes encargarla a París.

No he dado a encuadernar el libro consabido, porque como lo quieres lujoso y

precisamente encuadernado, y aquí no hay más que uno que lo sepa hacer, está muy atareado, sobre llevar muy caro, y así es cosa larga.

Si te corre prisa, lo enviaré a Londres.

No he podido confiar tus comisiones a Domingo, ni a Pedro, ni a la Nicolasa; han sucedido a todos desgracias impen-sadas...

Ya te puedes poner en camino, porque en esta semana pasada no ha habido más que dos robos de diligencias...

Pero si vienes a pretender, no vengas, que por ahora no tengo empeños que prestarte, y para traerte sólo contigo tus méritos, te puedes quedar con ellos por allá, que aquí nadie los ha menester...

Vengas o no vengas, lo que debes hacer es callar; supuesto que el mundo ha de ir siempre como va, haz lo que todos, y de lo que sabes saca partido, si es que no quieres olvidarlo, lo cual sería más seguro. Cuando las cosas no tienen remedio, la habilidad consiste en convertirlas como son en provecho de uno. Déjate, pues, ya de habladuras, que te han de costar la vida, o la lengua; imítame a mi, y escribe sólo de aquí en adelante cartas simples y serias de familia, como ésta, donde cuentos hechos, sin reflexiones, comentarios ni moralejas, y en las cuales nadie pueda encon-

trar una palabra maliciosa, ni un reproche que echarte en cara, sino la sencilla relación de las cosas que natural y diariamente en las Batuecas acontecen, o lo que sería mejor, ni aun eso escribas, que para que esta habilidad no se te olvide, bastará que pongas semanalmente la cuenta de la lavandera.

ANDRÉS NIPORESAS.



---

## EMPEÑOS Y DESEMPEÑOS

En prensa tenía yo mi imaginación no ha muchas mañanas (1) buscando un tema nuevo sobre qué dejar correr libremente mi atrevida sin hueso, que ya pedía conversación, y acaso no la hubiera encontrado a no ser por la casualidad que contaré; y digo que no la hubiera encontrado, porque entre tantas apuntaciones y notas como en mi pupitre tengo hacinadas, acaso dos solas contendrán cosas que se puedan decir o que no deban por ahora dejarse de decir.

Tengo un sobrino, y vamos adelante, que esto nada tiene de particular. Este tal sobrino es un muchacho que ha recibido una educación de las más escogidas que en este nuestro siglo se suelen dar; es decir esto, que sabe leer, aunque no en todos

---

(1) Carnaval del año 1832.

los libros, y escribir, si bien no cosas dignas de ser leídas; contar no es cosa mayor, porque descuida el cuento de sus cuentas en sus acreedores, que mejor que él se las saben llevar; baila como discípulo de Veluci; canta lo que basta para hacerse rogar y no estar nunca en voz; monta a caballo como un centauro, y da gozo ver con qué soltura y desembarazo atropella por esas calles de Madrid a sus amigos y conocidos; de ciencias y artes ignora lo suficiente para poder hablar de todo con maestría. En materia de bella literatura y de teatro no se hable, porque está abonado, y si no entiende la comedia, para eso la paga y aun la suele silbar; de este modo da a entender que ha visto cosas mejores en otros países, porque ha viajado por el extranjero, a fuer de bien criado. Habla un poco de francés y de italiano siempre que había de hablar español, y español no lo habla, sino lo maltrata; a eso dice que la lengua española es la suya, y que puede hacer con ella lo que más le viniere en voluntad. Por supuesto que no cree en Dios, porque quiere pasar por hombre de luces; pero en cambio cree en chalanes y en mozas, en amigos y en rufianes. Se me olvidaba. No hablemos de su pundonor, porque éste es tal, que por la menor bagatela, sobre si lo miraron, sobre si no lo miraron, pone una



estocada en el corazón de su mejor amigo, con la más singular gracia y desenvoltura que en esgrimador alguno se ha conocido.

Con esta exquisita crianza, pues, y vestirse de vez en cuando de majo, traje que lleva consigo el *¿qué me da a mí?* y el *¡aquí estoy yo!*, ya se deja conocer que es uno de los gerifaltes que más lugar ocupan en la corte, y que constituye uno de los adornos de la sociedad de buen tono de esta capital, de qué sé yo cuantos mundos.

Este es mi pariente, y bien sé yo que si su padre le viera había de estar tan embozado con su hijo como lo estoy yo con mi sobrino, por tan buen cualidad como en él se ha llegado a reunir. Conoce mi Joaquín esta fragilidad, y aun suele prevalerse de ella.

Las ocho serían y vestiame yo, cuando entra mi criado y me anuncia mi sobrino. «¿Mi sobrino? Pues debe ser la una.» «No, señor; son las ocho no más.» Abro los ojos asombrado y me encuentro a mi elegante de pie, vestido y en mi casa a las ocho de la mañana. «Joaquín, tú a estas horas.» «Querido tío, buenos días.» «¿Vas de viaje?» «No, señor.» «¿Qué madrugón es éste?» «¿Yo madrugar, tío? Todavía no me he acostado.» «¡Ah, ya decía yo!» «Vengo de casa de la marquesita del Peñol: hasta ahora ha durado el baile; Francisco se ha

ido a casa con los seis dominós que he llevado esta noche para mudarme.» «¿Seis no más?» «No más.» «No se me hacen muchos.» «Tenia que engañar a seis personas.» «¿Engañar? Mal hecho.» «Querido tío, usted es muy antiguo.» «Gracias, sobrino; adelante.» «Tío mio, tengo que pedirle a usted un gran favor.» «¿Seré yo la séptima persona?» «Querido tío, ya me he quitado la máscara.» «Di el favor», y eché mano de la llave de mi gaveta. «En el día no hay rentas que basten para nada; tanto baile, tanto...; en una palabra, tengo un compromiso. ¿Se acuerda usted de la repetición de Breguet que me vió usted días pasados?» «Sí, que te había costado cinco mil reales.» «No era mia.» «¡Ah!» «El Marqués de\*\*\* acaba de llegar de París, quería mandarla limpiar, y no conociendo a ningún relojero en Madrid le prometí enviársela al mio.» «Sigue.» «Pero mi suerte lo dispuso de otra manera: tenía yo aquel día un compromiso de honor: la baronesita y yo habíamos quedado en ir juntos a Chamar-tín a pasar un día; era imposible ir en su coche; es demasiado conocido...» «Adelante.» «Era indispensable tomar yo un coche, disponer una casa y una comida de campo...; a la sazón me hallaba sin un cuarto; mi honor era lo primero, además que andan las ocasiones por las nubes...» «Sigue.»

Empeñé la repetición de mi amigo.» «¡Por tu honor!» «Cierto.» «¡Bien entendido! ¿Y ahora?» «Hoy como con el Marqués, le he dicho que la tengo en casa compuesta y...» «Ya entiendo.» «Ya ve usted, tío...; esto pudiera producir un lance muy desagradable.» «¿Cuánto es?» «Cien duros.» «¿Nada más? No se me hace mucho.»

Era claro que la vida de mi sobrino y su honor se hallaban en inminente riesgo. ¿Qué podía hacer un tío tan cariñoso, tan amante de su sobrino, tan rico y sin hijos? Conté, pues, sus cien duros, es decir, los míos. «Sobrino, vamos a la casa donde está empeñada la repetición.» «*Quand il vos plaira*, querido tío.»

Llegamos al café, una de las lonjas de empeño, digámoslo así, y comencé a sospechar desde luego que esta aventura había de producirme un artículo de costumbres. «Tío, aquí será preciso esperar.» «¿A quién?» «Al hombre que sabe la casa.» «¿No la sabes tú?» «No, señor; estos hombres no quieren nunca que se vaya con ellos.» «¿Y se les confían repeticiones de cinco mil reales?» «Es un honrado corredor que vive de este tráfico. Aquí está. Este es el honrado corredor.» Y entró un hombre como de unos cuarenta años, si es que se podía seguir la huella del tiempo en una cara como la que debe de tener el judío errante, si vive to-

davía desde el tiempo de Jesucristo. Rostro acuchillado con varios chirlos y jirones tan bien avenidos y colocados de trecho en trecho, que más parecían nacidos en aquella cara que efêctos de encuentros desgraciados; mirar bizeo, como de quien mira y no mira; barbas independientes, crecidas y que daban claros indicios de no tener con las navajas todo aquel trato y familiaridad que exige el aseo; ruín sombrero con oficios de quitaguas; capa de estas que no tapan lo que llevan debajo, con muchas cenefas de barro de Madrid; botas o zapatos, que esto no se conocía, con más lodo que cordobán; uñas de escribano, y una pierna de dos que tenía, en vez de sustentar la carga del cuerpo, le servía a éste de carga, y era de él sustentada, por donde del tal corredor, se podía decir exactamente aquello de que *Tripas llevan pies*; metal de voz, además, que a todos los ruidos desapacibles se asemejaba, y aire, en fin, misterioso y escudriñador. «¿Está eso, señorito?» «Está; tío, déselo usted.» «Es inútil, yo no entrego mi dinero de esta suerte.» «Caballero, no hay cuidado.» «No lo habrá ciertamente, porque no lo daré.» Aquí empezó una de votos y juramentos del honrado corredor, de quien tan injustamente se desconfiaba, y de lamentaciones deprecatorias de mi sobrino, que veía

escapársele de las manos su repetición por una etiqueta de esta especie; pero me mantuve firme y le fué preciso ceder al hebreo mediante una honesta gratificación que con sus votos canjeamos.

En el camino, nuestro *cicerone*, más aplacado, sacó de la faltriquera un paquetillo, y mostrándomelo secretamente: «Caballero—me dijo al oído—, cigarros habanos, cajetillas, cédulas de... y otras friolerías, por si usted gusta.» «Gracias, honrado corredor.» Llegamos por fin, a fuerza de apisonar con los pies calles y encrucijadas, a una casa y a un cuarto 4.º, que alguno hubiera llamado guardilla a haber vivido en él un poeta.

No podré explicar cuán mal se avenían a estar juntas unas con otras, y en aquel tan incongruente desván, las diversas prendas que de tan varias partes allí se habían venido a reunir. ¡Oh, si hablaran todos aquellos cautivos! El deslumbrante vestido de la belleza, ¿qué de cosas diría dentro de sus límites ocurridas? ¿Qué el collar muchas veces importuno, con prisa desatado y arrojado con despecho? ¿Qué sería escuchar aquella sortija de diamantes, inseparable compañera de los hermosos dedos de marfil de su hermoso dueño? ¡Qué diálogo pudiera trabajar aquella rica capa de chinchilla con aquel chal de ca-

chemira! Desvié mi pensamiento de estas locuras, y parecióme bien que no hablasen. Admiréme sobremanera al reconocer en los dos prestamistas que dirigian toda aquella máquina a dos personas que muchos de las sociedades conocia, y de quien nunca hubiera presumido que pelecharan con aquel comercio; avergonzáronse ellos algún tanto de hallarse sorprendidos en tal ocupación, y fulminaron una mirada de estas que llevan en sí una larga reconvencción sobre el israelita, que de aquella manera había comprometido su buen nombre introduciendo profanos, no iniciados, en el santuario de sus ministerios.

— Hubo de entrar mi sobrino a la pieza inmediata, donde se debía buscar la repetición y contar el dinero; yo imaginé que aquél debía de ser lugar más a propósito todavía para aventuras que el mismo puerto Lapice; calé el sombrero hasta las cejas, levanté el embozo hasta los ojos, púseme a lo obscuro, donde podia escuchar sin ser notado, y di a mi observación libre rienda que caminase por do más le pluguiese. Poco tiempo habría pasado en aquel recogimiento, cuando se abre la puerta, y un joven vestido modestamente pregunta por el corredor.

«Pepe, te he esperado inútilmente; te he visto pasar y he seguido tus huellas. Ya

estoy aquí y sin un cuarto; no tengo recurso.» «Ya le he dicho a usted que por ropas es imposible.» «¡Un frac nuevo! ¡Una levita poco usada! ¿No ha de valer esto más de diez y seis duros que necesito?» «Mire usted, aquellos cofres, aquellos armarios están llenos de ropas de otros como usted; nadie parece a sacarlas y nadie da por ellas el valor que se prestó.» «Mi ropa vale más de cincuenta duros; te juro que antes de ocho días vuelvo por ella.» «Eso mismo decía el dueño de aquel sortú que ha pasado en aquella percha dos inviernos; y la que trajo aquel chal, que lleva aquí dos carnavales; y la...» «Pepe, te daré lo que quieras; mira, estoy comprometido; ¡no me queda más recurso que tirarme un tiro!» Al llegar aquí el diálogo, eché mano de mi bolsillo, diciendo para mí: «No se tirará un tiro por diez y seis duros un joven de tan buen aspecto. Quién sabe si no habrá comido hoy su familia; si alguna desgracia...» Iba a llamarle, pero me previno Pepe diciendo: «¡Mal hecho!» «Tengo que ir esta noche sin falta a casa de la Sra. de W\*\*\*, y estoy sin traje; he dado palabra de no faltar a una persona respetable. Tengo que buscar además un dominó para una prima mía, a quien he prometido acompañar...» Al oír esto solté insensiblemente mi bolsa

en mi faltriquera, menos poseído ya de mi ardiente caridad. «¡Es posible! Traiga usted una alhaja.» «Ni una me queda; tú lo sabes; tienes mi reloj, mis botones, mi cadena... ¡Diez y seis duros! Mira, con ocho me contento» «Yo no puedo hacer nada en eso; es mucho.» «Con cinco me contento, y firmaré los diez y seis y te daré ahora mismo uno de gratificación...» «Ya sabe usted que yo deseo servirle, pero como no soy el dueño... ¿A ver el frac?» Respiró el joven, sonrióse el corredor; tomó el atribulado cinco duros, dió de ellos uno y firmó diez y seis, contento con el buen negocio que había hecho. «Dentro de tres días vuelvo por ello. Adiós. Hasta pasado mañana.» «Hasta el año que viene.» Y fuése cantando el especulador.

Retumbaban todavía en mis oídos las pisadas y *le priori ure* del atolondrado; cuando se abre violentamente la puerta, y la Sra. de H\*\*\*, y en persona, con los ojos encendidos y toda fuera de sí, se precipita en la habitación. «¡D. Fernando!» A su voz salió uno de los prestamistas, caballero de no mala figura y de muy galantes modales. «¡Señora!» «¿Me ha enviado usted esta esquela?» «Estoy sin un maravedí; mi amigo no la conoce a usted...; es un hombre ordinario..., y como hemos dado ya más de lo que valen los adornos

que tiene usted ahí...» «¿Pero no sabe usted que tengo repartidos los billetes para el baile de esta noche? Es preciso darle o me muero del sofoco...» «Yo, señora...» «Necesito indispensablemente mil reales, y retirar, siquiera hasta mañana, mi diadema de perlas y mis brazaletes para esta noche; en cambio vendrá una vajilla de plata y cuanto tengo en casa. Debo a los músicos tres noches de función; ésta me han dicho decididamente que no tocarán si no les pago. El catalán me ha enviado la cuenta de las velas, y que no enviará más mientras no le satisfaga.» «Si yo fuera solo...» «¿Reñiremos? ¿No sabe usted que esta noche el juego solo puede producir?... ¡Nos fué tan mal la otra noche! ¿Quiere usted más billetes? No me han dejado más que seis. Envíe usted a casa por los efectos que he dicho.» «Yo conozco..., por mi..., pero aquí pueden oírnos; entre usted en ese gabinete.» Entráronse, y se cerró la puerta tras de ellos.

Siguióse a esta escena la de un jugador perdidioso que había perdido el último maravedí, y necesitaba armarse para volver a jugar. Dejó un reloj, tomó diez, firmó quince, y se despidió, diciendo: «Tengo corazonada; voy a sacar veinte onzas en media hora, y vuelvo por mi reloj.» Otro jugador ganancioso vino a sacar unas sor-

tijas del tiempo de su prosperidad; algún empleado vino a tomar su mesada adelantada sobre su sueldo, pero descabalada de los crecidos intereses; algún necesitado verdadero se remedió, si es remedio comprar un duro con dos, y sólo mentaré en particular al criado de un personaje que vino por fin a rescatar ciertas alhajas que había más de tres años que cautivas en aquel Argel estaban. Habíanse vendido las alhajas, desconfiados ya los prestamistas de que nunca las pagaran, y porque los intereses estaban a punto de traspasar su valor. No quiero pintar la grita y la zalagarda que en aquella bendita casa se armó. Después de dos años de reclamaciones inútiles, hoy venían por las alhajas, ayer se habían vendido. Juró y blasfemó el criado y fué, prometiendo poner el remedio de aquel atrevimiento en manos de quien más conviniese.

¿Es posible que se viva de esta manera? Pero qué mucho, si el artesano ha de parecer artista; el artista, empleado; el empleado, título, el título grande, y el grande, príncipe. ¿Cómo se puede vivir haciendo menos papel que el vecino? ¡Bien haya el lujo, bien haya la vanidad!

En esto salía ya del gabinete la bella convidadora; habíase secado el manantial de sus lágrimas,

«Adiós, y no falte usted a la noche», dijo misteriosamente una voz penetrante y agitada. «Descuide usted; dentro de media hora enviaré a Pepe», respondió una voz ronca y mal segura. Bajó los ojos la belleza, compuso sus blondos cabellos, arregló su mantilla, y salió precipitadamente.

A poco salió mi sobrino, que, después de darme las gracias, se empeñó tercamente en hacerme admitir un billete para el baile de la Sra. H \*\* Z.

Sonreíme, nada dije a mi sobrino, ya que nada había oído, y asistí al baile.

Los músicos tocaron; las luces ardieron.  
¡Oh utilidad de los usureros!

No quisiera acabar mi artículo sin advertir que reconocí en el baile al famoso prestamista, y en los hombros de su mujer el chal magnífico que llevaba tres carnavales en el cautiverio; y dejó de asombrarme desde entonces el lujo que en ella tantas veces no había comprendido.

Retiréme temprano, que no le sientan bien a mis canas ver entrar a Febo en los bailes; acompañóme mi sobrino, que iba a otra concurrencia. Bajé del coche, y nos despedimos. Parecióme no encontrar en su voz aquel mismo calor afectuoso, aquel interés con que por la mañana me dirigía la palabra.

Un *adiós* bastante indiferente me recordó que aquel día había hecho un favor, y que el tal favor ya había pasado.

Acaso había sido yo tan necio como loco mi sobrino.

«No era mucho—decía yo—que un joven los pidiera, ¡pero que los diera un viejo!»

Para distraer estas melancólicas imaginaciones, que tan triste idea dan de la Humanidad, abrí un libro de poesía, y acertó a ser en aquel punto en que dice Bartolomé de Argensola:

De estos niños Madrid vive logrado,  
y de viejos tan frágiles como ellos,  
porque en la misma escuela se han criado.



---

## EL CASARSE PRONTO Y MAL

Así como tengo aquel sobrino de quien he hablado en mi artículo de empeños y desempeños, tenía otro, no hace mucho tiempo, que en esto suele venir a parar el tener hermanos. Éste era hijo de una mi hermana, la cual había recibido aquella educación que se daba en España no hace ningún siglo; es decir, que en casa se rezaba diariamente el rosario, se leía la vida del santo, se oía misa todos los días, se trabajaba los de labor, se paseaba las tardes de los de guardar, se velaba hasta las diez, se estrenaba vestido el Domingo de Ramos, y andaba siempre señor padre, que entonces no se llamaba *papá*, con la mano más besada que reliquia vieja, y registrando los rincones de la casa, temeroso de que las muchachas, ayudadas de su cüyo, hubie-

sen a las manos algún libro de los prohibidos, ni menos aquellas novelas que, como solia decir, a pretexto de inclinar a la virtud, enseñan desnudo el vicio. No diremos que esta educación fuese mejor ni peor que la del día; sólo sabemos que vinieron franceses, y como aquella buena o mala educación no estribaba en mi hermana en principios ciertos, sino en la rutina y en la opresión doméstica de aquellos terribles padres del siglo pasado, no fué necesaria mucha comunicación con algunos oficiales de la Guardia imperial para echar de ver que si aquel modo de vivir era sencillo y arreglado, no era sin embargo el más divertido. ¿Qué motivo habrá efectivamente que nos persuada que debemos en esta corta vida pasarlo mal, pudiendo pasarlo mejor? Aficionóse mi hermana de las costumbres francesas, y ya no fué el pan pan, ni el vino vino; casóse, y siguiendo en la famosa jornada de Vitoria la suerte del tuerto Pepe Botellas, que tenía dos ojos muy hermosos y nunca bebía vino, emigró a Francia.

Excusado es decir que adoptó mi hermana las ideas del siglo; pero como esta segunda educación tenía tan malos cimientos como la primera, y como quiera que esta débil Humanidad nunca sepa detenerse en el justo medio, pasó del año cris-

tiano a Pigault Lebrun, y se dejó de misas y devociones, sin saber más ahora por qué las dejaba que antes por qué las tenía. Dijo que el muchacho se había de educar como convenía; que podría leer sin orden ni método cuanto libro le viniese a las manos, y qué sé yo qué más cosas decía de la ignorancia y del fanatismo, de las luces y de la ilustración, añadiendo que la religión era un convenio social, en que sólo los tontos entraban de buena fe, y del cual el muchacho no necesitaba para mantenerse bueno; que *padre y madre* eran cosa de brutos, y que a *papá y mamá* se les debía tratar de *tú*, porque no hay amistad que iguale a la que une a los padres con los hijos (salvo algunos secretos que guardarán siempre los segundos de los primeros, y algunos soplamocos que darán siempre los primeros a los segundos): verdades todas, que respeto tanto o más que las del siglo pasado, porque cada siglo tiene sus verdades, como cada hombre tiene su cara.

No es necesario decir que el muchacho, que se llamaba Augusto, porque ya han caducado los nombres de nuestro calendario, salió despreocupado, puesto que la despreocupación es la primera preocupación de este siglo.

Leyó, hacinó, confundió; fué superficial, vano, presumido, orgulloso, terco, y no

dejó de tomarse más rienda de la que se le había dado. Murió, no sé a qué propósito, mi cuñado, y Augusto regresó a España con mi hermana, toda aturdida de ver lo brutos que estamos por acá todavía los que no hemos tenido como ella la dicha de emigrar, y trayéndonos entre otras cosas noticias ciertas de cómo no había Dios, porque eso se sabe en Francia de muy buena tinta. Por supuesto, que no tenía el muchacho quince años, y ya galleaba en las sociedades, y citaba, y se metía en cuestiones, y era hablador, y racionador como todo muchacho bien educado; y fué el caso que oía hablar todos los días de aventuras escandalosas, y de los amores de Fulanito con la Menganita, y le pareció, en resumidas cuentas, cosa precisa para hombrear enamorarse.

Por su desgracia acertó a gustar a una joven, personita muy bien educada también, la cual es verdad que no sabía gobernar una casa, pero se embaulaba en el cuerpo en sus ratos perdidos, que eran para ella todos los días, una novela sentimental con la más desatinada afición que en el mundo jamás se ha visto; tocaba su poco de piano y cantaba su poco de aria de vez en cuando, porque tenía una bonita voz de contralto. Hubo guiños y apretones desesperados de pies y manos, y varias

epístolas recíprocamente copiadas de la nueva Eloísa; y no hay más que decir, sino que a los cuatro días se veían los dos inocentes por la ventanilla de la puerta y escurrián su correspondencia por las rendijas, sobornaban con el mejor fin del mundo a los criados, y por último, un su amigo, que debía quererlo muy mal, presentó al señorito en la casa. Para colmo de desgracia, él y ella, que habían dado principio a sus amores, porque no se dijese que vivían sin su trapillo, se llegaron a imaginar primero, y a creer después a pies juntillas, como se suele muy mal decir, que estaban verdaderamente enamorados. ¡Fatal credulidad! Los parientes, que previeron en qué podía venir a parar aquella inocente afición ya conocida, pusieron de su parte todos los esfuerzos para cortar el mal, pero ya era tarde. Mi hermana, en medio de su despreocupación y de sus luces, nunca había podido desprenderse del todo de cierta afición a sus ejecutorias y blasones, porque hay que advertir dos cosas: 1.<sup>a</sup>, que hay despreocupados por este estilo; y 2.<sup>a</sup>, que somos nobles, lo que equivale a decir que, desde la más remota antigüedad, nuestros abuelos no han trabajado para comer. Conservaba mi hermana este apego a la nobleza, aunque no conservaba bienes; y ésta es una de las razones por qué estaba

mi sobrinito desterrado a morir de hambre si no se le hacia meter la cabeza en alguna parte, porque eso de que hubiera aprendido un oficio, ¡oh!, ¿qué hubieran dicho los parientes y la nación entera? Averiguóse, pues, que no tenia la niña un origen tan preclaro, ni más dote que su instrucción novelesca y sus *duettos*, fincas que no bastan para sostener el boato de una persona de su clase. Averiguó también la parte contraria que el niño no tenia empleo, y dándosele un bledo de su nobleza, hubo aquello de decirle: «Caballerito, ¿con qué objeto entra usted en mi casa?» «Quiero a Elenita», respondió mi sobrino. «¿Y con qué fin, caballerito?» «Para casarme con ella.» «Pero no tiene usted empleo ni carrera.» «Eso es cuenta mia...» «Sus padres de usted no consentirán...» «Sí, señor; usted no conoce a mis papás.» «Perfectamente; mi hija será de usted en cuanto me traiga una prueba de que puede mantenerla, y el permiso de sus padres; pero en el interin, si usted la quiere tanto, excuse por su mismo decoro sus visitas.» «Entiendo.» «Me alegro, caballerito.» Y quedó nuestro Orlando hecho una estatua, pero bien decidido a romper por todos los inconvenientes.

Bien quisiéramos que nuestra pluma, mejor cortada, se atreviese a trasladar al

papel la escena de la niña con la mamá; pero diremos, en suma, que hubo prohibición de asomarse al balcón y de corresponder al mancebo, a todo lo cual la malva respondió con cuatro desvergüenzas acerca del libre albedrío y de la libertad de la hija para escoger marido, y no fueron bastantes a disuadirla las reflexiones acerca de la ninguna fortuna de su elegido; todo era para ella tiranía y envidia que los papás tenían de sus amores y de su felicidad, concluyendo que en los matrimonios era lo primero el amor, que en cuanto a comer, ni eso hacía falta a los enamorados, porque en ninguna novela se dice que coman las Amandas y los Mortimers, ni nunca les habían de faltar unas sopas de ajo.

Poco más o menos fué la escena de Augusto con mi hermana, porque aunque no sea legítima consecuencia, también concluía de que los padres no deben tiranizar a los hijos, que los hijos no deben obedecer a los padres; insistía en que era independiente; que en cuanto a haberle criado y educado nada le debía, pues lo había hecho por una obligación imprescindible, y a lo del ser que le había dado, menos, pues no se lo había dado por él, sino por las razones que dice nuestro Cadalso, entre otras lindezas sutilísimas de este jaez.

Pero insistieron también los padres, y

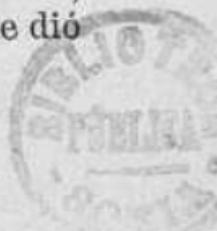
después de haber intentado infructuosamente varios medios de seducción y raptó, no dudó nuestro paladin, vista la obstinación de las familias, en recurrir al medio en boga de sacar a la niña por el vicario; púsose el plan en ejecución, y a los quince días mi sobrino había reñido ya decididamente con su madre; había sido arrojado de su casa, privado de sus cortos alimentos, y Elena depositada en poder de una potencia neutral; pero, se entiende, de esta especie de neutralidad que se usa en el día; de suerte que nuestra Angélica y Medoro se veían más cada día y se amaban más cada noche. Por fin amaneció el día feliz, otorgóse la demanda; un amigo prestó a mi sobrino algún dinero, uniéronse con el lazo conyugal, estableciéronse en su casa, y nunca hubo felicidad igual a la que aquellos buenos hijos disfrutaron mientras duraron los pesos duros del amigo.

Pero, ¡oh dolor!, pasó un mes, y la niña no sabía más que acariciar a su Medoro, cantarle una aria, ir al teatro y bailar una mazurka, y Medoro no sabía más que disputar. Ello, sin embargo, el amor no alimenta, y era indispensable buscar recursos.

— Mi sobrino salía de mañana a buscar dinero, cosa más difícil de encontrar de lo que parece, y la vergüenza de no poder

llevar a su casa con qué dar de comer a su mujer, le detenía hasta la noche. Pásemos un velo sobre las escenas horribles de tan amarga posición. Mientras que Augusto pasaba el día lejos de ella en sufrir humillaciones, la infeliz consorte gime luchando entre los celos y la rabia. Todavía se quieren, pero en casa donde no hay harina, todo es mohina; las más inocentes expresiones se interpretan en la lengua del mal humor como ofensas mortales; el amor propio ofendido es el más seguro antídoto del amor, y las injurias acaban de apagar un resto de la antigua llama que, amortiguada, en ambos corazones ardía; se suceden unos a otros los reproches, y el infeliz Augusto insulta a la mujer que le ha sacrificado su familia y su suerte, echándole en cara aquella desobediencia a la cual no ha mucho tiempo él mismo la inducía; a los continuos reproches se sigue, en fin, el odio.

¡Oh, si hubiera quedado aquí el mal! Pero un resto de honor mal entendido que bulle en el pecho de mi sobrino, y que le impide prestarse para sustentar a su familia a ocupaciones groseras, no le impide precipitarse en el juego y en todos los vicios y bajezas, en todos los peligros, que son su consecuencia. Corramos de nuevo, corramos un velo sobre el cuadro a que dió



la locura la primera pincelada, y apresurémonos a dar nosotros la última.

En este miserable estado pasan tres años, y ya tres hijos más rollizos que sus padres alborotan la casa con sus juegos infantiles. Ya el himeneo y las privaciones han roto la venda que ofuscaba la vista de los infelices: aquella amabilidad de Elena es coquetería a los ojos de su esposo; su noble orgullo, insufrible altanería; su garrulidad divertida y graciosa, locuacidad insolente y cáustica; sus ojos brillantes se han marchitado, sus encantos están ajados, su talle perdió sus esbeltas formas, y ahora conoce que sus pies son grandes y sus manos feas; ninguna amabilidad, pues, para ella, ninguna consideración. Augusto no es, a los ojos de su esposa, aquel hombre amable y seductor, flexible y condescendiente; es un holgazán, un hombre sin ninguna habilidad, sin talento alguno, celoso y soberbio, déspota y no marido... En fin, ¡cuánto más vale el amigo generoso de su esposo, que les presta dinero y les promete aún protección! ¡Qué movimiento en él! ¡Qué actividad! ¡Qué heroísmo! ¡Qué amabilidad! ¡Qué adivinar los pensamientos y prevenir los deseos! ¡Qué no permitir que ella trabaje en labores groseras! ¡Qué asiduidad y qué delicadeza en acompañarla los días enteros que Augusto la deja sola! ¡Qué

interés, en fin, el que se toma cuando le descubre por su bien que su marido se distrae con otra!...

¡Oh poder de la calumnia y de la miseria! Aquella mujer, que si hubiera escogido un compañero que la hubiera podido sostener, hubiera sido acaso una Lucrecia, sucumbe por fin a la seducción y a la falaz esperanza de mejor suerte.

Una noche vuelve mi sobrino a su casa; sus hijos están solos. «¿Y mi mujer? ¿Y sus ropas?» Corre a casa de un amigo. «¿No está en Madrid? ¡Cielos! ¿Qué rayo de luz! ¿Será posible?» Vuela a la policía, se informa. Una joven de tales y tales señas, con un supuesto hermano, han salido en la diligencia para Cádiz. Reune mi sobrino sus pocos muebles, los vende, toma un asiento en el primer carruaje, y hétele persiguiendo a los fugitivos. Pero le llevan mucha ventaja, y no es posible alcanzarlos hasta el mismo Cádiz. Llega, son las diez de la noche, corre a la fonda que le indican, pregunta, sube precipitadamente la escalera, le señalan un cuarto cerrado por dentro, llama; la voz que le responde le es harto conocida y resuena en su corazón; redobla los golpes; una persona desnuda levanta el pestillo. Augusto ya no es hombre: es un rayo que cae en la habitación; un chillido agudo le convence de que le

han conocido; asesta una pistola, de dos que trae, al seno de su amigo, y el seductor cae revolcándose en su sangre; persigue a su miserable esposa, pero una ventana inmediata se abre, y la adúltera, poseída del terror y de la culpa, se arroja sin reflexionar de una altura de más de sesenta varas. El grito de la agonía le anuncia su última desgracia y la venganza más completa; sale precipitado del teatro del crimen, y encerrándose, antes que le sorprendan, en su habitación, coge aceleradamente la pluma, y apenas tiene tiempo para dictar a su madre la carta siguiente:

«Madre mia, dentro de media hora no existiré, cuidado de mis hijos, y si queréis hacerlos verdaderamente despreocupados, empezad por instruirlos... Que aprendan en el ejemplo de su padre a respetar lo que es peligroso despreciar sin tener antes más sabiduría. Si no les podéis dar otra cosa mejor, no les quitéis una religión consoladora. Que aprendan a domar sus pasiones y a respetar a aquellos a quien lo deben todo. Perdonadme mis faltas: harto castigado estoy con mi deshonor y mi crimen; harto cara pago mi falsa despreocupación. Perdonadme las lágrimas que os hago derramar. Adiós para siempre.»

Acabada esta carta, se oyó otra detonación que resonó en toda la fonda, y la

catástrofe que le sucedió me privó para siempre de un sobrino que, con el más bello corazón, se ha hecho desgraciado a sí y a cuantos le rodean.

No hace dos horas que mi desgraciada hermana, después de haber leído aquella carta, y llamándome para mostrármela, postrada en su lecho, y entregada al más funesto delirio, ha sido desahuciada por los médicos.

*Hijo.., despreocupación..., boda..., religión..., infeliz...,* son las palabras que vagan errantes sobre sus labios moribundos. Y esta funesta impresión, que domina en mis sentidos tristemente, me ha impedido dar hoy a mis lectores otros artículos más joviales que para mejor ocasión los tengo reservados.



---

## EL CASTELLANO VIEJO

Ya en mi edad, pocas veces gusto de alterar el orden que en mi manera de vivir tengo hace tiempo establecido, y fundo esta repugnancia en que no he abandonado mis lares ni un solo día para quebrantar mi sistema, sin que haya sucedido el arrepentimiento más sincero al desvanecimiento de mis engañadas esperanzas. Un resto con todo eso del antiguo ceremonial que en su trato tenían adoptado nuestros padres, me obliga a aceptar a veces ciertos convites a que parecía el negarse grosería, o por lo menos ridícula afectación de delicadeza.

Andábame días pasados por esas calles a buscar materiales para mis artículos. Embebido en mis pensamientos, me sorprendí varias veces a mí mismo riendo como un pobre hombre de mis propias ideas y moviendo maquinalmente los labios; algún tropezón me recordaba de cuando en

cuando que para andar por el empedrado de Madrid no es la mejor circunstancia la de ser poeta ni filósofo; más de una sonrisa maligna, más de un gesto de admiración de los que a mi lado pasaban, me hacía reflexionar que los soliloquios no se deben hacer en público; y no pocos encontrones que al volver las esquinas di con quien tan distraída y rápidamente como yo las doblaba, me hicieron conocer que los distraídos no entran en el número de los cuerpos elásticos, y mucho menos de los seres gloriosos e impasibles. En semejante situación de mi espíritu, ¿qué sensación no debería producirme una horrible palmada que una gran mano, pegada (a lo que por entonces entendí) a un grandísimo brazo, vino a descargar sobre uno de mis hombros, que por desgracia no tienen punto alguno de semejanza con los de Atlante?

No queriendo dar a entender que desconocía este enérgico modo de anunciarse, ni desairar el agasajo de quien sin duda había creído hacérmeme más que mediano, dejándome torcido para todo el día, traté sólo de volverme para conocer quién fuese tan mi amigo para tratarme tan mal; pero mi castellano viejo es hombre que, cuando está de gracias, no se ha de dejar ninguna en el tintero. ¿Cómo dirá el lector que siguió dándome pruebas de confianza

y cariño? Echóme las manos a los ojos, y sujetándome por detrás, «¿Quién soy?», gritaba, alborozado con el buen éxito de su delicada travesura. «¿Quién soy?» «Un animal», iba a responderle; pero me acordé de repente de quién podría ser, y substituyendo cantidades iguales, «Braulio eres», le dije. Al oírme, suelta sus manos, ríe, se aprieta los ijares, alborota la calle, y pónenos a entrambos en escena: «¡Bien, mi amigo! ¿Pues en qué me has conocido?» «¿Quién pudiera sino tú?...» «¿Has venido ya de tu Vizcaya?» «No, Braulio, no he venido.» «Siempre el mismo genio.» «¿Qué quieres?, es la pregunta del español.» «¡Cuánto me alegro de que estés aquí! ¿Sabes que mañana son mis días?» «Te los deseo muy felices.» «Déjate de cumplimientos entre nosotros; ya sabes que yo soy franco y castellano viejo: el pan, pan, y el vino, vino; por consiguiente exijo de ti que no vayas a dármelos; pero estás convidado.» «¿A qué?» «A comer conmigo.» «No es posible.» «No hay remedio.» «No puedo», insisto temblando. «¿No puedes?» «Gracias.» «¿Gracias? Vete a paseo; amigo, como no soy el duque de F, ni el conde de P.» «¿Quién se resiste a una sorpresa de esa especie? ¿Quién quiere parecer vano? No es eso, sino que...» «Pues si no es eso — me interrumpe — te espero a las dos; en casa se

come a la española: temprano. Tengo mucha gente; tendremos al famoso X, que nos improvisará de lo lindo. T nos cantará de sobremesa una rondeña, con su gracia natural; y por la noche, J cantará y tocará alguna cosilla.» Esto me consoló algún tanto, y fué preciso ceder. «Un día malo —dije para mí— cualquiera lo pasa; en este mundo, para conservar amigos, es preciso tener el valor de aguantar sus obsequios.» «No faltarás, si no quieres que riñamos.» «No faltaré», dije con voz exánime y ánimo decaído, como el zorro que se revuelve inútilmente dentro de la trampa donde se ha dejado coger. «Pues hasta mañana», y me dió un torniscón por despedida. Vile marchar, como el labrador ve alejarse la nube de su sembrado, y quedéme discurrendo cómo podían entenderse estas amistades tan hostiles y tan funestas.

— Ya habrá conocido el lector, siendo tan perspicaz como yo le imagino, que mi amigo Braulio está muy lejos de pertenecer a lo que se llama gran mundo y sociedad de buen tono; pero no es tampoco un hombre de la clase inferior, puesto que es un empleado de los de segundo orden, que reúne, entre su sueldo y su hacienda, cuarenta mil reales de renta; que tiene una cintita atada al ojal, y una crucecita a la sombra de la solapa; que es persona, en fin, cuya

clase, familia y comodidades, de ninguna manera se oponen a que tuviese una educación más escogida y modales más suaves e insinuantes. Mas la vanidad le ha sorprendido por donde ha sorprendido casi siempre a toda o la mayor parte de nuestra clase media, y a toda nuestra clase baja. Es tal su patriotismo, que dará todas las lindezas del extranjero por un dedo de su país. Esta ceguedad le hace adoptar todas las responsabilidades de tan inconsiderado cariño; de paso que defiende que no hay vinos como los españoles, en lo cual bien puede tener razón, defiende que no hay educación como la española, en lo cual bien pudiera no tenerla; a trueque de defender que el cielo de Madrid es purísimo, defenderá que nuestras manolas son las más encantadoras de todas las mujeres; es un hombre, en fin, que vive de exclusivas, a quien le sucede poco más o menos lo que a una parienta mía, que se muere por las jorobas, sólo porque tuvo un querido que llevaba una excrecencia bastante visible sobre entrambos omoplatos.

No hay que hablarle, pues, de estos usos sociales, de estos respetos mutuos, de estas reticencias urbanas, de esa delicadeza de trato que establece entre los hombres una preciosa armonía, diciendo sólo lo que debe agradar, y callando siempre lo que puede

ofender. Él se muere *por plantarle una fresca al lucero del alba*, como suele decir, y cuando tiene un resentimiento, se le *espetea a uno cara a cara*; como tiene trocados todos los frenos, dice de los cumplimientos que ya sabe lo que quiere decir *cumplo y miento*; llama a la urbanidad hipocresía, y a la decencia monadas; a toda cosa buena le aplica un mal apodo; el lenguaje de la finura es, para él, poco más que griego; cree que toda la crianza está reducida a decir: *Dios guarde a ustedes* al entrar en una sala, y añadir: *con permiso de usted*, cada vez que se mueve; a preguntar a cada uno por toda su familia, y despedirse de todo el mundo; cosas todas que así se guardará él de olvidarlas como de tener pacto con franceses. En conclusión, hombres de estos que no saben levantarse para despedirse sino en corporación con alguno o algunos otros, que han de dejar humildemente debajo de una mesa su sombrero, que llaman *su cabeza*, y que cuando se hallan en sociedad, por desgracia, sin un socorrido bastón, darian cualquier cosa por no tener manos ni brazos, porque en realidad no saben dónde ponerlos, ni qué cosa se puede hacer con los brazos en una sociedad.

Llegaron las dos, y como yo conocía ya a mi Braulio, no me pareció conveniente



acicalarme demasiado para ir a comer; estoy seguro de que se hubiera picado; no quise, sin embargo, excusar un frac de color y un pañuelo blanco, cosa indispensable en un día de días en semejantes casas; vestíme sobre todo lo más despacio que me fué posible, como se reconcilia al pie del suplicio el infeliz reo, que quisiera tener cien pecados más cometidos que contar para ganar tiempo; era citado a las dos, y entré en la sala a las dos y media.

No quiero hablar de las infinitas visitas ceremoniosas que antes de la hora de comer entraron y salieron en aquella casa, entre las cuales no eran de despreciar todos los empleados de su oficina, con sus señoras y sus niños, y sus capas, y sus paraguas, y sus chanclos, y sus perritos; déjome en blanco los necios cumplimientos que dijeron al señor de los días; no hablo del inmenso círculo con que guarnecía la sala el concurso de tantas personas heterogéneas, que hablaron de que el tiempo iba a mudar, y de que en invierno suele hacer más frío que en verano. Vengamos al caso: dieron las cuatro, y nos hallamos solos los convidados. Desgraciadamente para mí, el señor X, que debía divertirnos tanto, gran conocedor de esta clase de convites, había tenido la habilidad de ponerse malo aquella mañana; el famoso T se hallaba

oportunamente comprometido para otro convite, y la señorita que tan bien habia de cantar y tocar, estaba ronca, en tal disposición, que se asombraba ella misma de que se la entendiese una sola palabra, y tenía un panadizo en un dedo.

¡Cuántas esperanzas desvanecidas!

«Supuesto que estamos los que hemos de comer—exclamó don Braulio—, vamos a la mesa, querida mía.» «Espera un momento—le contestó su esposa casi al oído—, con tanta visita, yo he faltado algunos momentos de allá dentro, y...» «Bien, pero mira que son las cuatro...» «Al instante comeremos...» Las cinco eran cuando nos sentábamos a la mesa.

«Señores—dijo el anfitrión al vernos titubear en nuestras respectivas colocaciones—, exijo la mayor franqueza; en mi casa no se usan cumplimientos. ¡Ah! Fíguro, quiero que estés con toda comodidad; eres poeta, y además estos señores, que saben nuestras íntimas relaciones, no se ofenderán si te prefiero; quitate el frac, no sea que le manches.» «¿Qué tengo de manchar?», le respondí mordéndome los labios. «No importa, te daré una chaqueta mía; siento que no haya para todos.» «No hay necesidad.» «¡Oh!, sí, sí; ¡mi chaqueta! Toma, mírala; ¡un poco ancha te vendrá!» «Pero, Braulio...» «No hay remedio; no

te andes con etiquetas»; y en esto me quita él mismo el frac, *velis nolis*, y quedó sepultado en una cumplida chaqueta rayada, por la cual sólo asomaba los pies y la cabeza, y cuyas mangas no me permitirían comer probablemente. Dile las gracias; al fin el hombre creía hacerme un obsequio.

Los días en que mi amigo no tiene convidados, se contenta con una mesa baja, poco más que banquetta de zapatero, porque él y su mujer, como dice, ¿para qué quieren más? Desde la tal mesita, y como se sube el agua del pozo, hace subir la comida hasta la boca, adonde llega goteando después de una larga travesía; porque pensar que estas gentes han de tener una mesa regular y estar cómodos todos los días del año, es pensar en lo excusado. Ya se concibe, pues, que la instalación de una gran mesa de convite era un acontecimiento en aquella casa; así, que se había creído capaz de contener catorce personas que éramos en una mesa donde apenas podrían comer ocho cómodamente. Hubimos de sentarnos de medio lado, como quien va a arrimar el hombro a la comida, y entablaron los codos de los convidados íntimas relaciones entre sí, con la más fraternal inteligencia del mundo. Colocáronme, por mucha distinción, entre un niño de cinco años, encaramado en dos almohadas, que

era preciso enderezar a cada momento, porque las ladeaba la natural turbulencia de mi joven adlátere, y entre uno de esos hombres que ocupan en el mundo el espacio y sitio de tres, cuya corpulencia por todos lados se salía de madre de la única silla en que se hallaba sentado, digámoslo así, como en la punta de una aguja. Desdobláronse silenciosamente las servilletas, nuevas a la verdad, porque tampoco eran muebles en uso para todos los días, y fueron izadas por todos aquellos buenos señores a los ojales de sus fraques, como cuerpos intermedios entre las salsas y las solapas.

«Ustedes harán penitencia, señores—exclamó el anfitrión, una vez sentado—; pero hay que hacerse cargo de que no estamos en Genieys», frase que creyó preciso decir. Necia afectación es ésta, si es mentira, dije yo para mí, y si es verdad, gran torpeza convidar a los amigos a hacer penitencia. Desgraciadamente no tardé mucho en conocer que había en aquella expresión más verdad de la que mi buen Braulio se figuraba. Interminables y de mal gusto fueron los cumplimientos, con que para dar y recibir cada plato nos aburríamos unos y otros. «Sirvase usted.» «Hágame usted el favor.» «De ninguna manera.» «No lo recibiré.» «Páselo usted a

la señora.» «Está bien ahí.» «Perdone usted.» «Gracias.» «Sin etiqueta, señores», exclamó Braulio, y se echó el primero con su propia cuchara. Sucedió a la sopa un cocido surtido de todas las sabrosas impertinencias de este engorrosísimo aunque buen plato; cruza por aquí la carne, por allá la verdura, acá los garbanzos, allá el jamón, la gallina por derecha, por medio el tocino, por izquierda los embuchados de Extremadura. Siguióle un plato de ternera mechada, que Dios maldiga, y a éste otro y otros y otros; mitad traídos de la fonda, que esto basta para que excusemos hacer su elogio, mitad hechos en casa por la criada de todos los días, por una vizcaína auxiliar, tomada al intento para aquella festividad, y por el ama de la casa, que en semejantes ocasiones debe estar en todo, y por consiguiente suele no estar en nada.

«Este plato hay que disimularle — decía ésta de unos pichones —; están un poco quemados.» «Pero, mujer...» «Hombre, me aparté un momento, y ya sabes lo que son las criadas.» «¡Qué lástima que este pavo no haya estado media hora más al fuego!; se puso algo tarde.» «¿No les parece a ustedes que está algo ahumado este estofado?» «¿Qué quieres? Una no puede estar en todo.» «¡Oh, está excelente — exclamábamos todos, dejándonoslo en el plato —; excelen-

te!» «Este pescado está pasado.» «Pues en el despacho de la diligencia del fresco dijeron que acababa de llegar; ¡el criado es tan bruto!» «¿De dónde se ha traído este vino?» «En eso no tienes razón, porque es...» «Es malísimo.» Estos diálogos cortos iban exornados con una infinidad de miradas furtivas del marido, para advertirle continuamente a su mujer alguna negligencia, queriendo darnos a entender entrambos a dos que estaban muy al corriente de todas las fórmulas que en semejantes casos se reputan en finura, y que todas las torpezas eran hijas de los criados, que nunca han de aprender a servir. Pero estas negligencias se repetían tan a menudo, servían tan poco ya las miradas, que le fué preciso el marido recurrir a los pellizcos y a los pisotones; y ya la señora, que a duras penas había podido hacerse superior hasta entonces a las persecuciones de su esposo, tenía la faz encendida y los ojos llorosos. «Señora, no se incomode usted por eso», le dijo el que a su lado tenía. «¡Ah!, les aseguro a ustedes que no vuelvo a hacer estas cosas en casa; ustedes no saben lo que es esto; otra vez, Braulio, iremos a la fonda y no tendrás...» «Usted, señora mía, hará lo que...» «¡Braulio! ¡Braulio!» Una tormenta espantosa estaba a punto de estallar; empero todos los con-

vidados a porfia probamos a aplacar aquellas disputas, hijas del deseo de dar a entender la mayor delicadeza, para lo cual no fué poca parte la mania de Braulio y la expresión concluyente que dirigió de nuevo a la concurrencia, acerca de la inutilidad de los cumplimientos, que así llama él al estar bien servido y al saber comer. ¿Hay nada más ridículo que estas gentes que quieren pasar por finas en medio de la más crasa ignorancia de los usos sociales, que para obsequiarle le obligan a usted a comer y beber por fuerza, y no dejan medio de hacer su gusto? ¿Por qué habrá gentes que sólo quieren comer con alguna más limpieza los días de días?

A todo esto, el niño que a mi izquierda tenía, hacía saltar las aceitunas a un plato de magras con tomate, y una vino a parar a uno de mis ojos, que no volvió a ver claro en todo el día; y el señor gordo de mi derecha había tenido la precaución de ir dejando en el mantel, al lado de mi pan, los huesos de las suyas, y los de las aves que había roído; el convidado de enfrente, que se preciaba de trinchador, se había encargado de hacer la autopsia de un capón, o sea gallo, que esto nunca se supo, fuese por la edad avanzada de la víctima, fuese por los ningunos conocimientos anatómicos del victimario, jamás parecieron

las coyunturas. «Este capón no tiene coyunturas», exclamaba el infeliz, sudando y forcejeando, más como quien cava que como quien trincha. ¡Cosa más rara! En una de las embestidas resbaló el tenedor sobre el animal, como si tuviera escama, y el capón, violentamente despedido, pareció querer tomar su vuelo como en sus tiempos más felices, y se posó en el mantel tranquilamente, como pudiera en un palo de un gallinero.

El susto fué general, y la alarma llegó a su colmo, cuando un surtidor de caldo, impulsado por el animal furioso, saltó a inundar mi limpiísima camisa; levántase rápidamente a este punto el trinchador, con ánimo de cazar el ave prófuga, y al precipitarse sobre ella, una botella que tiene a la derecha, con la que tropieza su brazo, abandonando su posición perpendicular, derrama un abundante caño de Valdepeñas sobre el capón y el mantel, corre el vino, auméntase la algazara, llueve la sal sobre el vino para salvar el mantel; para salvar la mesa se ingiere por debajo de él una servilleta, y una eminencia se levanta sobre el teatro de tantas ruinas. Una criada, toda azorada, retira el capón en el plato de su salsa; al pasar sobre mí hace una pequeña inclinación, y una lluvia maléfica de grasa descende, como el rocío sobre los prados, a dejar eternas

huellas en mi pantalón color de perla; la angustia y el aturdimiento de la criada no conocen término; retirase atolondrada, sin acertar con las excusas; al volverse, tropieza con el criado, que traía una docena de platos limpios y una salvilla para los vinos generosos, y toda aquella máquina viene al suelo con el más horroroso estruendo y confusión. «¡Por San Pedro! —exclama, dando una voz Braulio, difundida ya sobre sus facciones una palidez mortal, al paso que brota fuego el rostro de su esposa—. Pero sigamos, señores, no ha sido nada», añade volviendo en sí.

¡Oh, honradas casas, donde un modesto cocido y un principio final constituyen la felicidad diaria de una familia; huid del tumulto de un convite de días! Sólo la costumbre de comer y servirse bien diariamente puede evitar semejantes destrozos.

¿Hay más desgracias? ¡Santo cielo! ¡Sí, las hay para mí, infeliz! Doña Juana, la de los dientes negros y amarillos, me alarga de su plato y con su propio tenedor una fineza, que es indispensable aceptar y tragar; el niño se divierte en despedir a los ojos de los concurrentes los huesos disparados de las cerezas; D. Leandro me hace probar la manzanilla exquisita, que he rehusado, en su misma copa, que conserva las indelebles señales de sus labios gra-



sientos; mi gordo fuma ya sin cesar, y me hace cañón de su chimenea; por fin, ¡oh última de las desgracias!, crece el alboroto y la conversación; roncas ya las voces, piden versos y décimas, y no hay más poeta que Figaro. «Es preciso. Tiene usted que decir algo», claman todos. «Désele pie forzado; que diga una copla a cada uno.» «Yo le daré el pie: *A D. Braulio en este día.*» «Señores, ¡por Dios!» «No hay remedio.» «En mi vida he improvisado.» «No se haga usted el chiquito.» «Me marcharé.» «Cerrar la puerta.» «No sale de aquí sin decir algo.» Y digo versos por fin, y vomito disparates, y los celebran, y crece la bulla y el humo y el infierno.

A Dios gracias, logro escaparme de aquel nuevo *Pand monium*. Por fin, ya respiro el aire fresco y desembarazado de la calle, ya no hay necios, ya no hay castellanos viejos a mi alrededor.

«¡Santo Dios, yo te doy gracias—exclamé respirando, como el ciervo que acaba de escaparse de una docena de perros y que oye ya apenas sus ladridos—; para de aquí en adelante no te pido riquezas, no te pido empleos, no honores; librame de los convites caseros y de días de días; librame de estas casas en que es un convite un acontecimiento, en que sólo se pone la mesa decente para los convidados, en que

creen hacer obsequios cuando dan mortificaciones, en que se hacen finezas, en que se dicen versos, en que hay niños, en que hay gordos, en que reina, en fin, la brutal franqueza de los castellanos viejos! Quiero que si caigo de nuevo en tentaciones semejantes, me falte un *roastbeef*, desaparezca del mundo el *beefsteack*, se anonaden los timbales de macarrones, no haya pavos en Perigueux, ni pasteles en Perigord, se sequen los viñedos de Burdeos, y beban, en fin, todos menos yo, la deliciosa espuma del *champagne*.»

Concluida mi deprecación mental, corro a mi habitación a despojarme de mi camisa y de mi pantalón, reflexionando en mi interior que no son unos todos los hombres, puesto que los de un mismo país, acaso de un mismo entendimiento, no tienen las mismas costumbres ni la misma delicadeza, cuando ven las cosas de tan distinta manera. Vistome y vuelvo a olvidar tan funesto día entre el corto número de gentes que piensan que viven sujetas al provechoso yugo de una buena educación libre y desembarazada, y que fingen acaso estimarse y respetarse mutuamente para no incomodarse, al paso que las otras hacen ostentación de incomodarse, y se ofenden y se maltratan, queriéndose y estimándose, tal vez verdaderamente.



---

## VUELVA USTED MAÑANA

«Gran persona debió de ser el primero que llamó pecado mortal a la pereza; nosotros, que ya en uno de nuestros artículos anteriores estuvimos más serios de lo que nunca nos habíamos propuesto, no entraremos ahora en largas y profundas investigaciones acerca de la historia de este pecado, por más que conozcamos que hay pecados que pican en historia, y que la historia de los pecados sería un tanto cuanto divertida. Convengamos solamente en que esta institución ha cerrado y cerrará las puertas del cielo a más de un cristiano.»

Estas reflexiones hacía yo casualmente no hace muchos días, cuando se presentó en mi casa un extranjero de estos que en buena o en mala parte han de tener siempre de nuestro país una idea exagerada e hiperbólica, de estos que o creen que los hombres aquí son todavía los espléndidos, francos, generosos y caballerescos seres de

hace dos siglos, o que son aún las tribus nómadas del otro lado de Atlante; en el primer caso vienen imaginando que nuestro carácter se conserva tan intacto como nuestra ruina; en el segundo, vienen temblando por esos caminos, y preguntan si son ladrones que los han de despojar los individuos de algún cuerpo de guardia establecido precisamente para defenderlos de los azares de un camino, comunes a todos los países.

— Verdad es que nuestro país no es de aquellos que se conocen a la primera ni segunda vista, y si no temiéramos que nos llamasen atrevidos, los compararíamos de buena gana a esos juegos de manos sorprendentes e inescrutables para el que ignora su artificio, que, estribando en una grandísima bagatela, suelen después de sabidos dejar asombrado de su poca perspicacia al mismo que se devanó los sesos por buscarles causas extrañas. Muchas veces la falta de una causa determinante en las cosas nos hace creer que debe de haberlas profundas para mantenerlas al abrigo de nuestra penetración. Tal es el orgullo del hombre, que más quiere declarar en alta voz que las cosas son incomprendibles cuando no las comprende él, que confesar que el ignorarlas puede depender de su torpeza.

Esto no obstante, como quiera que entre nosotros mismos se hallen muchos en esta ignorancia de los verdaderos resortes que nos mueven, no tendremos derecho para extrañar que los extranjeros no los puedan tan fácilmente penetrar.

Un extranjero de éstos fué el que se presentó en mi casa, provisto de competentes cartas de recomendación para mi persona. Asuntos intrincados de familia, reclamaciones futuras, y aun proyectos vastos concebidos en París de invertir aquí sus cuantiosos caudales en tal cual especulación industrial o mercantil, eran los motivos que a nuestra patria le conducían.

Acostumbrado a la actividad en que viven nuestros vecinos, me aseguró formalmente que pensaba permanecer aquí muy poco tiempo, sobre todo, si no encontraba pronto objeto seguro en que invertir su capital. Parecióme el extranjero digno de alguna consideración, trabé presto amistad con él, y lleno de lástima traté de persuadirle a que se volviese a su casa cuanto antes, siempre que seriamente trajese otro fin que no fuese el de pasearse. Admiróle la proposición, y fué preciso explicarme más claro. «Mirad, le dije, monsieur Sans-délai, que así se llamaba; vos venis decidido a pasar quince días, y a solventar en ellos vuestros asuntos.» «Cier-

tamente —me contestó—. Quince días, y es mucho. Mañana por la mañana buscamos un genealogista para mis asuntos de familia; por la tarde revuelve sus libros, busca mis ascendientes, y por la noche ya sé quién soy. En cuanto a mis reclamaciones, pasado mañana las presento fundadas en los datos que aquél me dé, legalizadas en debida forma, y como será una cosa clara y de justicia innegable (pues sólo en este caso haré valer mis derechos), al tercer día se juzga el caso y soy dueño de lo mío. En cuanto a mis especulaciones, en que pienso invertir mis caudales, al cuarto día ya habré presentado mis proposiciones. Serán buenas o malas, y admitidas o desechadas en el acto, y son cinco días; en el sexto, séptimo y octavo, veo lo que hay que ver en Madrid; descanso el noveno; el décimo tomo mi asiento en la diligencia, si no me conviene estar más tiempo aquí, y me vuelvo a mi casa; aún me sobran de los quince cinco días.» Al llegar aquí M. Sans-délai, traté de reprimir una carcajada que me andaba retozando ya hacía rato en el cuerpo, y si mi educación logró sofocar mi inoportuna jovialidad, no fué bastante a impedir que se asomase a mis labios una suave sonrisa de asombro y de lástima que sus planes ejecutivos me sacaban al rostro mal de mi grado. «Per-

mitidme M. Sans-délai—le dije entre socarrón y formal — permitidme que os convida a comer para el día en que llevéis quince meses de estancia en Madrid.» «¿Cómo?» «Dentro de quince meses estáis aquí todavía.» «¿Os burláis?» «No por cierto.» «¿No me podré marchar cuando quiera? ¡Cierto que la idea es graciosa!» «Sabed que no estáis en vuestro país activo y trabajador.» «¡Oh!, los españoles que han viajado por el extranjero han adquirido la costumbre de hablar mal de su país por hacerse superiores a sus compatriotas.» «Os aseguro que en los quince días con que contáis no habréis podido hablar siquiera a una sola de las personas cuya cooperación necesitáis.» «¡Hipérbole! Yo les comunicaré a todos mi actividad.» «Todos os comunicarán su inercia.»

Conocí que no estaba el Sr. Sans-délai muy dispuesto a dejarse convencer sino por la experiencia, y callé por entonces, bien seguro de que no tardarian mucho los hechos en hablar por mí.

Amaneció el día siguiente, salimos entrambos a buscar un genealogista, lo cual sólo se pudo hacer preguntando de amigo en amigo y de conocido en conocido; encontrámosle por fin, y el buen señor, aturrido de ver nuestra precipitación, declaró francamente que necesitaba tomarse al-

gún tiempo, instósele, y por mucho favor nos dijo definitivamente que nos diéramos una vuelta por allí dentro de unos días. Sonreíme y marchámonos. Pasaron tres días; fuimos. «Vuelva usted mañana—nos respondió la criada—, porque el señor no se ha levantado todavía.» «Vuelva usted mañana—nos dijo al siguiente día—, porque el amo acaba de salir.» «Vuelva usted mañana—nos respondió el otro—, porque el amo está durmiendo la siesta.» «Vuelva usted mañana—nos respondió el lunes siguiente—, porque hoy ha ido a los toros.» ¿Qué día, a qué hora se ve a un español? Vimosle por fin, y «Vuelva usted mañana—nos dijo—, porque se me ha olvidado.» «Vuelva usted mañana, porque no está en limpio.» A los quince días ya estuvo; pero mi amigo le había pedido una noticia del apellido Díez, y él había entendido Díaz, y la noticia no servía. Esperando nuevas pruebas, nada dije a mi amigo, desesperado ya de dar jamás con sus abuelos.

Es claro que faltando este principio no tuvieron lugar las reclamaciones.

Para las proposiciones que acerca de varios establecimientos y empresas utilizámas pensaba hacer, había sido preciso buscar un traductor; por los mismos pasos que el genealogista nos hizo pasar el traductor; de mañana en mañana nos llevó

hasta el fin del mes. Averiguamos que necesitaba dinero diariamente para comer, con la mayor urgencia; sin embargo, nunca encontraba momento oportuno para trabajar. El escribiente hizo después otro tanto con las copias, sobre llenarlas de mentiras, porque un escribiente que sepa escribir no le hay en este país.

No paró aquí; un sastre tardó veinte días en hacerle un frac, que había mandado llevarle en veinticuatro horas; el zapatero le obligó con su tardanza a comprar botas hechas; la planchadora necesitó quince días para plancharle una camisola, y el sombrerero, a quien le había enviado su sombrero a variar el ala, le tuvo dos días con la cabeza al aire y sin salir de casa.

Sus conocidos y amigos no le asistían a una sola cita, ni avisaban cuando faltaban, ni respondían a sus esquelas. ¡Qué formalidad y qué exactitud!

«¿Qué os parece de esta tierra, M. Sans-délai?», le dije al llegar a estas pruebas. «Me parece que son hombres singulares...» «Pues así son todos. No comerán por no llevar la comida a la boca.»

Presentóse, con todo, yendo y viniendo días, una proposición de mejoras para un ramo que no citaré, quedando recomendada eficazísimamente.

A los cuatro días volvimos a saber el

éxito de nuestra pretensión. «Vuelva usted mañana», nos dijo el portero. «El oficial de la mesa no ha venido», dije yo entre mí. Fuimos a dar un paseo, y nos encontramos, ¡qué casualidad!, al oficial de la mesa en el Retiro, ocupadísimo en dar una vuelta con su señora al hermoso sol de los inviernos claros de Madrid.

Martes era al día siguiente, y nos dijo el portero: «Vuelva usted mañana, porque el señor oficial de la mesa no da audiencia hoy.» «Grandes negocios habrán cargado sobre él», dije yo. Como soy el diablo y aun he sido duende, busqué ocasión de echar una ojeada por el agujero de una cerradura. Su señoría estaba echando un cigarrito, al brasero, y con una charada del *Correo* entre manos que le debía costar trabajo el acertar. «Es imposible verle hoy—, le dije a mi compañero; su señoría está, en efecto, ocupadísimo.»

Diéronos audiencia el miércoles inmediato, y, ¡qué fatalidad!, el expediente había pasado a informe, por desgracia a la única persona enemiga indispensable de monsieur y de su plan, porque era quien debía salir en él perjudicado.

Vivió el expediente dos meses en informe, y vino tan informado como era de esperar. Verdad es que nosotros no habíamos podido encontrar empeño para una



persona muy amiga del informante. Esta persona tenía unos ojos muy hermosos, los cuales, sin duda alguna, le hubieran convencido en sus ratos perdidos de la justicia de nuestra causa.

Vuelto el informe se cayó en la cuenta en la sección de nuestra bendita oficina de que el tal expediente no correspondía a aquel ramo; era preciso rectificar este pequeño error; pasóse al ramo, establecimiento y mesa correspondientes, y hétenos caminando, después de tres meses, a la cola siempre de nuestro expediente, como hurón que busca el conejo, y sin poderlo sacar muerto ni vivo de la huronera. Fué el caso, al llegar aquí, que el expediente salió del primer establecimiento y nunca llegó al otro. «De aquí se remitió con fecha tantos», decían en uno. «Aquí no ha llegado nada», decían en otro. «¡Voto va!—dije yo a M. Sans-délai—, ¿sabéis que nuestro expediente se ha quedado en el aire como el alma de Garibay, y que debe de estar ahora posado como una paloma sobre algún tejado de esta activa población?»

Hubo que hacer otro. ¡Vuelta a los empeños! ¡Vuelta a la prisa! ¡Qué delirio! «Es indispensable — dijo el oficial con voz campanuda — que esas cosas vayan por sus trámites regulares.» Es decir, que el toque estaba, como el toque del ejercicio mi-

litar, en llevar nuestro expediente tantos o cuantos años de servicio.

Por último, después de cerca de medio año de subir y bajar, y estar a la firma, o al informe, o a la aprobación, o al despacho, o debajo de la mesa, y de volver siempre mañana, salió con una notita al margen, que decía: «A pesar de la justicia y utilidad del plan del exponente, negado.» «¡Ah, ah!, M. Sans-délai — exclamé riéndome a carcajadas —, éste es nuestro negocio.» Pero M. Sans-délai se daba a todos los oficinistas, que es como si dijéramos a todos los diablos. «¿Pues para esto he echado yo mi viaje tan largo? ¿Después de seis meses no habré conseguido sino que me digan en todas partes diariamente: *Vuelva usted mañana*, y cuando este dichoso *mañana* llega, en fin, nos dicen redondamente que no? ¿Y vengo a darles dinero? ¿Y vengo a hacerles favor? Preciso es que la intriga más enredada se haya fraguado para oponerse a nuestras miras.» «¿Intriga, M. Sans-délai? No hay hombre capaz de seguir dos horas una intriga. La pereza es la verdadera intriga; os juro que no hay otra; ésa es la gran causa oculta; es más fácil negar las cosas que enterarse de ellas.»

Al llegar aquí, no quiero pasar en silencio algunas razones de las que me dieron

para la anterior negativa, aunque sea una pequeña digresión.

«Ese hombre se va a perder—me decía un personaje muy grave y muy patriótico. Esa no es una razón—le repuse—; si él se arruina, nada se habrá perdido en concederle lo que pide; él llevará el castigo de su osadía o de su ignorancia.» «¿Cómo ha de salir con su intención?» «Y suponga usted que quiere tirar su dinero y perderse, ¿no puede uno aquí morirse siquiera sin tener un empeño para el oficial de la mesa? Puede perjudicar a los que hasta ahora han hecho de otra manera eso mismo que ese señor extranjero quiere.» «¿A los que lo han hecho de otra manera, es decir, peor?» «Sí, pero lo han hecho.» «Sería lástima que se acabara el modo de hacer mal las cosas.» «Conque, porque siempre se han hecho las cosas del modo peor posible, ¿será preciso tener consideraciones con los perpetuadores del mal? Antes se debiera mirar si podrían perjudicar los antiguos al moderno.» «Así está establecido; así se ha hecho hasta aquí; así lo seguiremos haciendo.» «Por esa razón deberían darle a usted papilla todavía como cuando nació.» «En fin, Sr. Figaro, es un extranjero.» «¿Y por qué no lo hacen los naturales del país?» «Con esas socaliñas vienen a sacarnos la sangre.» «Señor mio—exclamé sin llevar más

adelante mi paciencia—, está usted en un error harto general. Usted es como muchos que tienen la diabólica mania de empezar siempre por poner obstáculos a todo lo bueno, y el que pueda que los venza. Aquí tenemos el loco orgullo de no saber nada, de quererlo adivinar todo y no reconocer maestros. Las naciones que han tenido, ya que no el saber, deseos de él, no han encontrado otro remedio que el de recurrir a los que sabían más que ellas. Un extranjero — seguí —, que corre a un país que le es desconocido para arriesgar en él sus caudales, pone en circulación un capital nuevo, contribuye a la sociedad, a quien hace un inmenso beneficio con su talento y su dinero; si pierde, es un héroe; si gana, es muy justo que logre el premio de su trabajo, pues nos proporciona ventajas que no podíamos acarrearlos solos. Ese extranjero que se establece en este país no viene a sacar de él el dinero, como usted supone; necesariamente se establece y se arraiga en él, y a la vuelta de media docena de años, ni es extranjero ya, ni puede serlo: sus más caros intereses y su familia le ligan al nuevo país que ha adoptado; toma cariño al suelo donde ha hecho su fortuna, al pueblo donde ha escogido una compañera; sus hijos son españoles, y sus nietos lo serán; en vez de extraer el

dinero, ha venido a dejar un capital suyo que traía, invirtiéndole y haciéndole producir; ha dejado otro capital de talento, que vale por lo menos tanto como el del dinero; ha dado de comer a los pocos o muchos naturales de quien ha tenido necesariamente que valerse; ha hecho una mejora, y hasta ha contribuido al aumento de la población con su nueva familia. Convencidos de estas importantes verdades, todos los gobiernos sabios y prudentes han llamado a sí a los extranjeros; a su grande hospitalidad ha debido siempre la Francia su alto grado de resplandor; a los extranjeros de todo el mundo que ha llamado la Rusia ha debido llegar a ser una de las primeras naciones en muchísimo menos tiempo que el que han tardado otras en llegar a ser las últimas; a los extranjeros han debido los Estados Unidos...; pero veo por sus gestos de usted—concluí interrumpiéndome oportunamente a mi mismo—que es muy difícil convencer al que está persuadido de que no se debe convencer. ¡Por cierto si usted mandara, podríamos fundar en usted grandes esperanzas!»

Concluida esta filípica, fuíme en busca de mi Sans-délai. «Me marchó, Sr. Figuero—me dijo—; en este país no hay tiempo para hacer nada; sólo me limitaré a ver lo que haya en la capital de más notable.»

«¡Ay!, mi amigo—le dije—, idos en paz, y no queráis acabar con vuestra poca paciencia; mirad que la mayor parte de nuestras cosas no se ven.» «¿Es posible?» «¿Nunca me habéis de creer? Acordaos de los quince días...» Un gesto de M. Sans-délai me indicó que no le había gustado el recuerdo.

«*Vuelva usted mañana*, nos decían en todas partes, porque hoy no se ve. Ponga usted un memorialito para que le den a usted un permiso especial.» Era cosa de ver la cara de mi amigo al oír lo del memorialito; representábasele en la imaginación el informe, y el empeño, y los seis meses, y... contentóse con decir: «Soy extranjero.» ¡Buena recomendación entre los amables compatriotas míos! Aturdiase mi amigo cada vez más, y cada vez nos comprendía menos. Días y días tardamos en ver las pocas rarezas que tenemos guardadas. Finalmente, después de medio año largo, si es que puede haber un medio año más largo que otro, se restituyó mi recomendado a su patria maldiciendo de esta tierra, y dándome la razón que yo ya antes me tenía, y llevando al extranjero noticias excelentes de nuestras costumbres, diciendo, sobre todo, que en seis meses no había podido hacer otra cosa sino volver siempre mañana, y que a la vuelta de tanto ma-

ñana, enteramente futuro, lo mejor, o más bien lo único que había podido hacer bueno había sido marcharse.

¿Tendrá razón, perezoso lector (si es que has llegado ya a esto que estoy escribiendo), tendrá razón el buen M. Sans-délai en hablar mal de nosotros y de nuestra pereza? ¿Será cosa de que vuelva el día de mañana a visitar nuestros hogares? Dejemos esta cuestión para mañana, porque ya estarás cansado de leer hoy; si mañana u otro día no tienes, como sueles, pereza de volver a la librería, pereza de sacar tu bolsillo y pereza de abrir los ojos para ojear las hojas que tengo que darte todavía, te contaré cómo a mí mismo que todo esto veo, y conozco y callo mucho más, me ha sucedido muchas veces, llevado de esta influencia, hija del clima y de otras causas, perder de pereza más de una conquista amorosa, abandonar más de una pretensión empezada, las esperanzas de más de un empleo, que me hubiera sido acaso, con más actividad, poco menos que asequible; renunciar, en fin, por pereza, de hacer una visita justa o necesaria, a relaciones sociales que hubieran podido valerme de mucho en el transcurso de mi vida; te confesaré que no hay negocio que no pueda hacer hoy que no deje para mañana; te referiré que me levanto a las once

y duermo siesta, que paso haciendo quinto pie de la mesa de un café, hablando o roncando como buen español, las siete y las ocho horas seguidas; te añadiré que cuando cierran el café me arrastro lentamente a mi tertulia diaria (porque de pereza no tengo más que una), y un cigarrito tras otro me alcanzan clavado en un sitial, y bostezando sin cesar, las doce o la una de la madrugada; que muchas noches no ceno de pereza, y de pereza no me acuesto; en fin, lector de mi alma, te declararé que de tantas veces como estuve en esta vida desesperado, ninguna me ahorqué, y siempre fué de pereza. Y concluyo por hoy confesándote que ha más de tres meses que tengo, como la primera entre mis apuntes, el título de este artículo, que llamé *Vuelva usted mañana*; que todas las noches y muchas tardes he querido, durante todo este tiempo, escribir algo en él, y todas las noches apagaba mi luz, diciéndome a mí mismo con la más pueril credulidad en mis propias resoluciones: *¡Ea, mañana le escribiré!* Da gracias a que llegó por fin esta mañana, que no es del todo malo; pero ¡ay de aquel mañana que no ha de llegar jamás!



---

# EL MUNDO TODO ES MÁSCARAS

## TODO EL AÑO ES CARNAVAL

No hace muchas noches que me hallaba encerrado en mi cuarto, y entregado a profundas meditaciones filosóficas, nacidas de la dificultad de escribir diariamente para el público. ¿Cómo contentar a los necios y a los discretos, a los cuerdos y a los locos, a los ignorantes y los entendidos que han de leerme, y sobre todo a los dichosos y a los desgraciados que con tan distintos ojos suelen ver una misma cosa?

.....

Animado con esta reflexión, cogí la pluma, y ya iba a escribir nada menos que un elogio de todo lo que veo a mi alrededor, el cual pensaba rematar con cierto discurso encomiástico acerca de lo adelantado que está el arte de la declamación en el país, para contentar a todo el que se me

pusiera por delante, que esto es lo que conviene en estos tiempos tan valentones que corren; pero tropecé con el inconveniente de que los hombres sensatos habían de sospechar que dicho elogio era burla, y esta reflexión era más pesada que la anterior.

Al llegar aquí arrojé la pluma, despedido y decidido a consultar todavía con la almohada si en los términos de lo lícito me quedaba algo que hablar, para lo cual determiné verme con un amigo, abogado *por más señas*, lo que basta para que se infiera si debe ser hombre entendido, y que éste, registrando su *Novísima y sus Partidas*, me dijese para de aquí en adelante que es lo que me está prohibido, pues en verdad que es mi mayor deseo ir con la corriente de las cosas, sin andarme a buscar *cotufas en el golfo*, ni el alma fuera de mi casa, cuando dentro de ella tengo el bien.

En esto estaba ya para dormirme, a lo cual había contribuido no poco el esfuerzo que había hecho para componer mi elogio de modo que tuviera trazas de cosa formal; pero Dios no lo quiso así, o a lo que yo tengo por más cierto, un amigo que me alborotó la casa, y que se introdujo en mi cuarto dando voces en los términos siguientes u otros semejantes:

«¡Vamos a las máscaras!, Bachiller», me gritó. «¿A las máscaras?» «No hay remedio; tengo un coche a la puerta: ¡A las máscaras! Iremos a algunas casas particulares, y concluiremos la noche en uno de los grandes bailes de subscripción.» «Que te diviertas; yo me voy a acostar.» «¡Qué despropósito! No lo imagines; precisamente te traigo un dominó negro y una carreta.» «¡Adiós! Hasta mañana.» «¿Adónde vas? Mira, mi querido Munguía, tengo interés en que vengas conmigo; sin ti no voy, y perderé la mejor ocasión del mundo...» «¿De veras?» «Te lo juro.» «En ese caso, vamos. ¡Paciencia! Te acompañaré.» De mala gana entré dentro de un amplio ropaje, bajé la escalera, y me dejé arrastrar al compás de las exclamaciones de mi amigo, que no cesaba de gritarme: «¡Cómo nos vamos a divertir! ¡Qué noche tan deliciosa hemos de pasar!»

Era el coche alquilón; a ratos parecía que andábamos tanto atrás como adelante, a modo de quien pisa nieve; a ratos que estábamos columpiándonos en un mismo sitio; llegó por fin a ser tan completa la ilusión, que temeroso yo de alguna pesada burla de Carnaval, parecía al viaje de D. Quijote y Sancho en el Clavileño, abrí la ventanilla más de una vez, deseoso de investigar si después de media hora de

viaje estaríamos todavía a la puerta de mi casa o si habríamos pasado ya la línea, como en la aventura de la barca del Ebro.

Ello parecerá increíble, pero llegamos, quedándome yo, sin embargo, en la duda de si habría andado el coche hacia la casa, o la casa hacia el coche; subimos la escalera, verdadera imagen de la primera confusión de los elementos; un Edipo sacando el reloj y viendo la hora que era; una Vestal, atándose una liga elástica, y dejando a su criado los chanclos y el capote escocés para la salida; un Romano coetáneo de Catón dando órdenes a su cochero para encontrar su landó dos horas después; un Indio no conquistado todavía por Colón, con su papeleta impresa en la mano y bajando de un birlocho; un Oscar acabando de fumar un cigarrillo de papel para entrar en el baile; un Moro santiguándose asombrado al ver el gentío; cien dominós, en fin, subiendo todos los escalones sin que se sospechara que hubiese dentro quien los moviese, y tapándose todos las caras, sin saber los más para qué, y muchos sin ser conocidos de nadie.

Después de un modesto reconocimiento del billete, y del sello, y la rúbrica y la contraseña, entramos en una salita que no tenía más defecto que estar las paredes demasiado cerca unas de otras; pero ello es

más preciso tener máscaras que sala donde colocarlas. Algún ciego alquilado para toda la noche, como la araña y la alfombra, y para descansarle un *piano*, tan *piano* que nadie lo consiguió oír jamás, eran la música del baile, donde nadie bailó. Poníanse, sí, de vez en cuando a modo de parejas la mitad de los concurrentes, y dábanse con la mayor intención de ánimo sendos encontrones a derecha e izquierda, y aquello era el bailar, si se nos permite esta expresión.

Mi amigo no encontró lo que buscaba, y según yo llegué a presumir, consistió en que no buscaba nada, que es precisamente lo mismo que a otros muchos les acontece. Algunas madres, sí, buscaban a sus hijas, y algunos maridos a sus mujeres; pero ni una sola hija buscaba a su madre, ni una sola mujer a su marido. «Acaso—decían—se habrán quedado dormidas entre la confusión en alguna pieza...» «Es posible—decía yo para mí—, pero no es probable.»

Una máscara vino disparada hacia mí. «¿Eres tú?», me preguntó misteriosamente. «Yo soy», le respondí, seguro de no mentir. «Conoci el dominó, pero esta noche es imposible; Paquita está ahí; mas el marido se ha empeñado en venir; no sabemos por dónde diantres ha encontrado billetes. ¡Lástima grande!, ¡mira tú qué

ocasión! Te hemos visto, y no atreviéndose a hablarte ella misma, me envía para decirte que mañana sin falta os veréis en la *Sartén*... Dominó encarnado y lazos blancos...» «Bien.» «¿Estarás?» «No faltaré.»

«¿Y tu mujer, hombre?», le decía a un ente rarísimo que se había vestido todo de cuernecitos de abundancia, un dominó negro que llevaba otro igual del brazo.» Durmiendo estará ahora; por más que he hecho no he podido decidirla a que venga; no hay otra más enemiga de diversiones.» «Así descansas tú en su virtud; ¿piensas estar aquí toda la noche?» «No, hasta las cuatro.» «Haces bien.» En esto se había alejado el de los cuernecillos, y entreoí estas palabras.» «Nada ha sospechado.» «¿Cómo era posible? Si salí una hora después que él...» «¿A las cuatro ha dicho?» «Sí.» «Tenemos tiempo. ¿Estás segura de la criada?» «No hay cuidado alguno, porque...» Una oleada cortó el hilo de mi curiosidad; las demás palabras del diálogo se confundieron con las repetidas voces de «¿Me conoces?» «Te conozco», etc., etc.

¿Pues no parecía estrella mía haber traído esta noche un dominó igual al de todos los amantes, más feliz por cierto que Quedo, que se parecía de noche a cuantos esperaban para pegarles? «¡Chis! ¡Chis!

Por fin te encontré—me dijo otra máscara esbelta, asiéndome del brazo, y con su voz tierna y agitada por la esperanza satisfecha—. ¿Hace mucho que me buscabas?» «No por cierto, porque no esperaba encontrarte.» «¡Ay! ¡Cuánto me has hecho pasar desde anoche! No he visto un hombre más torpe; yo tuve que componerlo todo, y la fortuna fué haber convenido antes en no darnos nuestros nombres ni aun por escrito. Si no...» «¿Pues qué hubo?» «¿Qué había de haber? El que venía conmigo era Carlos mismo.» «¿Qué dices?» «Al ver que me alargabas el papel, tuve que hacerme la desentendida y dejarlo caer, pero él le vió y le cogió. ¡Qué angustias!» «¿Y cómo saliste del paso?» «Al momento me ocurrió una idea. ¿Qué papel es ése?—le dije.—Vamos a verle; será de algún enamorado; se lo arrebató, veo que empieza: «*Querida Anita*»; cuando no vi mi nombre respiré; empecé a echarlo a broma. ¿Quién será el desesperado?, le decía, riéndome a carcajadas.» «Veamos, y él mismo leyó el billete, donde me decías que esta noche nos veríamos aquí, si podía venir sola. Si vieras cómo se reía.» «¡Cierro que fué gracioso!» «Sí, pero, por Dios, *D. Juan, de éstas, pocas.*» Acompañé largo rato a mi amante desconocida, siguiendo la broma lo mejor que pude...; el

lector comprenderá fácilmente que bendije las máscaras, y sobre todo el talismán de mi impagable dominó.

Salimos por fin de aquella casa, y no pude menos de soltar la carcajada al oír a un máscara que a mi lado bajaba. «¡Pesía a mi!—le decía a otro—; no ha venido; toda la noche he seguido a otra creyendo que era ella, que hasta se ha quitado la careta. ¡La vieja más fea de Madrid! No ha venido; en mi vida pasé rato más amargo. ¿Quién sabe si el papel de la otra noche lo habrá echado todo a perder? Si don Carlos lo cogió...» «Hombre, no tengas cuidado.» «¡Paciencia! Mañana será otro día. Yo, con ese temor, me he guardado muy bien de traer el dominó cuyas señas le daba en la carta.» «Hiciste muy bien.» «Perfectísimamente», repetí yo para mí, y salimos riendo de los azares de la vida.

Bajamos atropellando un rimero de criados y capas, tendidos aquí y allí por la escalera. La noche no dejó de tener tampoco algún contratiempo para mí. Yo me había llevado la querida de otro; en justa compensación otro se había llevado mi capa, que debía parecerse a la suya, como se parecía mi dominó al del desventurado querido. «Ya estás vengado—exclamé—, ¡oh burlado mancebo!» Felizmente yo al entregarla en la puerta había tenido la pre-

visión de despedirme de ella tiernamente para toda mi vida. ¡Oh previsión oportuna! Ciertamente que no nos volveremos a encontrar mi capa y yo en este mundo perecedero. Había salido ya de la casa, había andado largo trecho, y aún volvía la cabeza de rato en rato hacia sus altas paredes, como Héctor al dejar a su Andrómaca, diciendo para mí: «Allí quedó, allí la dejé, allí la vi por última vez.»

Otras casas corrimos: en todas el mismo cuadro; en ninguna nos admiró encontrar intrigas amorosas, madres burladas, chasqueados esposos o solícitos amantes; no soy de aquellos que echan de menos la acción en una buena cantatriz, o alaban la voz de un mal comediante, y por tanto, no voy a buscar virtudes a las máscaras. Pero nunca llegué a comprender el afán que por asistir al baile había manifestado tantos días seguidos D. Cleto, que hizo toda la noche de una silla cama y del estruendo arrullo; no entiendo todavía a D. Jorge cuando dice que estuvo en la función, habiéndole visto desde que entró hasta que salió en derredor de una mesa en un verdadero *écarté*. Toda la diferencia estaba en él con respecto a las demás noches en ganar o perder vestido de moharracho. Ni me sé explicar de una manera satisfactoria la razón en que se fundan para

creerse ellos mismos que se divierten un enjambre de máscaras que vi buscando siempre, y no encontrando jamás, sin hallar a quien embromar ni quien los embrome, que no bailan, que no hablan, que vagan errantes de sala en sala, como si de todas les echaran, imitando el vuelo de la mosca, que parece no tener nunca objeto determinado. ¿Es por ventura un apetito desordenado de hallarse donde se hallan todos, hijo de la pueril vanidad del hombre? ¿Es por aturdirse a sí mismos y creerse felices por espacio de una noche entera? ¿Es por dar a entender que también tienen un interés y una intriga? Algo nos inclinamos a creer lo último, cuando observamos que los más de éstos os dicen si los habéis conocido: «¡Chitón! ¡Por Dios!, no digáis nada a nadie.» Seguidlos, y os convenceréis de que no tienen motivos ni para descubrirse ni para taparse. Andan, sudan, gastan, salen quebrantados del baile...; nunca, empero, se les olvida salir los últimos, y decir al despedirse: «¿Mañana es el baile en Solís? Pues hasta mañana.» «¿Pasado mañana es en San Bernardino? ¡Diez onzas diera por un billete!»

Ya que sin respeto a mis lectores me he metido en estas reflexiones filosóficas, no dejaría pasar en silencio antes de con-

cluir las la más principal que me ocurrió. ¿Qué mejor careta ha menester D. Braulio que su hipocresía? Pasa en el mundo por un santo, oye misa todos los días y reza sus devociones; a merced de esta máscara que tiene constantemente adoptada, mirad cómo engaña, cómo intriga, cómo murmura, cómo roba... ¡Qué empeño de no parecer Julianita lo que es! ¿Para eso sólo se pone un rostro de cartón sobre el suyo? ¿Teme que sus facciones delaten su alma? Viva tranquila; tampoco ha menester careta. ¿Veis su cara angelical? ¡Qué suavidad! ¡Qué atractivo! ¡Cuán fácil trato debe tener! No puede abrigar vicio alguno. Miradla por dentro, observadores de superficies; no hay día que no engañe a un nuevo pretendiente; veleidosa, infiel, perjura, desvanecida, envidiosa, áspera con los suyos, insufrible y altanera con su esposo; ésa es la hermosura perfecta, cuya cara os engaña más que su careta. ¿Veis aquel hombre tan amable y tan cortés, tan comedido con las damas en sociedad? ¡Qué diferencia! ¡Qué previsión! ¡Cuán sumiso debe ser! No le escojas sólo por eso para esposo, encantadora Amelia; es un tirano grosero de la que le entrega su corazón. Su cara es también más pérfida que su careta; por ésta no estás expuesta a equivocarte, porque nada juzgas por

ella; ¡pero la otra!...; imperfecta discípula de Lavater, crees que debe ser tu clave, y sólo puede ser un pérfido guía que te entrega a tu enemigo.

Bien presumirá el lector que al hacer estas metafísicas indagaciones algún pesar muy grande debía afligirme, pues nunca está el hombre más filósofo que en sus malos ratos; el que no tiene fortuna se encasqueta su filosofía como un falto de pelo su bisoñé; la filosofía es efectivamente para el desdichado lo que la peluca para el calvo: de ambas maneras se les figura a entrambos que ocultan a los ojos de los demás la inmensa laguna que dejó en ellos por llenar la naturaleza madrastra.

Así era: un pesar me afligía. Habíamos entrado ya en uno de los principales bailes de esta Corte; el continuo transpirar, el estar en pie la noche entera, la hora avanzada y el mucho cavilar habían debilitado mis fuerzas en tales términos, que el hambre era la sazón mi maestro de filosofía. Así de mi amigo, y de común acuerdo nos decidimos a cenar lo más espléndidamente posible. ¡Funesto error! Así se refugiaban máscaras a aquel estrecho local, y se apiñaban y empujaban unas a otras como si fuera de la puerta las esperase el más inminente peligro. Iban y venían los mozos, aprovechando claros y describiendo sinuo-

sidades, como el arroyo que va buscando para correr entre las breñas las rendijas y agujeros de las piedras. Era tarde ya: apenas había un plato de que disponer; pedimos, sin embargo, de lo que había, y nos trajeron varios restos de manjares que alguno que había cenado antes que nosotros había tenido la previsión de dejar sobrantes. *Hicimos semblante* de comer, según decían nuestros antepasados, y como dicen ahora nuestros vecinos, y pagamos como si hubiéramos comido. «Esta ha sido la primera vez en mi vida — salí diciendo —, que me ha costado dinero un rato de hambre.»

Entrámonos de nuevo en el salón de baile, y cansado ya de observar y de oír sandeces, prueba irrefragable de lo reducido que es el número de hombres dotados por el Cielo con travesura y talento, toda mi ambición se limitó a conquistar con los codos y los pies un rincón donde ceder algunos minutos a la fatiga. Allí me recosté, púseme la careta para poder dormir sin excitar la envidia de nadie, y columpiándose mi imaginación entre mil ideas opuestas, hijas de la confusión de sensaciones encontradas de un baile de máscaras, me dormí, mas no tan tranquilamente como lo hubiera yo deseado.

Los fisiólogos saben mejor que nadie,



según dicen, que el sueño y el ayuno, prolongado sobre todo, predisponen la imaginación débil y acalorada del hombre a las visiones nocturnas y aéreas, que vienen a tomar en nuestra irritable fantasía formas corpóreas cuando están nuestros párpados aletargados por Morfeo. Más de cuatro que han pasado en este bajo suelo por haber visto realmente lo que realmente no existe, han debido al sueño y al ayuno sus estupendas apariciones. Esto es precisamente lo que a mí me aconteció, porque al fin, según expresión de Terencio, *homo sum et nihil humani a me alienum puto*. No bien había cedido al cansancio, cuando imaginé hallarme en una profunda obscuridad; reinaba el silencio en torno mío; poco a poco una luz fosfórica fué abriéndose paso lentamente por entre las tinieblas, y una redoma mágica se me fué acercando misteriosamente por sí sola, como un luminoso meteoro. Saltó un tapón con que venía herméticamente cerrada, un torrente de luz se escapó de su cuello destapado, y todo volvió a quedar en la obscuridad. Entonces sentí una mano fría como el mármol que se encontró con la mía; un sudor yerto me cubrió; sentí el crujir de la ropa de una fantasma bulliciosa que ligeramente se movía a mi lado, y una voz semejante a un leve soplo me dijo con acentos que

no tienen entre los hombres signos representativos: «Abre los ojos, Bachiller; si te inspiro confianza, sígueme»; el aliento me faltó, flaquearon mis rodillas; pero la fantasma despidió de sí un pequeño resplandor, semejante al que produce un fumador en una escalera tenebrosa aspirando el humo de su cigarro, y a su escasa luz reconocí brevemente a Asmodeo, héroe del *Diablo Cojuelo*. «Te conozco—me dijo—; no temas: vienes a observar el Carnaval en un baile de máscaras. ¡Necio!, ven conmigo; doquiera hallarás máscaras, doquiera Carnaval, sin esperar al segundo mes del año.»

Arrebatóme entonces, insensible y rápidamente, no sé si sobre algún dragón alado, o vara mágica, o cualquier otro bagaje de esta especie. Ello fué que alzarme del sitio que ocupaba y encontrarnos suspendidos en la atmósfera sobre Madrid, como el águila que se columpia en el aire buscando con vista penetrante su temerosa presa, fué obra de un instante. Entonces vi al través de los tejados, como pudiera al través del vidrio de un excelente antejo de larga vista.

«Mira— me dijo mi extraño *cicerone* —. ¿Qué ves en esa casa?» «Un joven de sesenta años disponiéndose a asistir a una *soaré*; pantorrillas postizas, porque va de calzón;

un frac diplomático; todas las maneras afectadas de un seductor de veinte años; una persuasión, sobre todo, indestructible de que su figura hace conquista todavía...»

«¿Y allí?» «Una mujer de cincuenta años.» «Obsérvala; se tiñe los blancos cabellos.» «¿Qué es aquello?» «Una caja de dientes; a la izquierda una pastilla de olor; a la derecha un *polisón*.» «¡Cómo se ciñe el corsé!, va a exhalar el último aliento.» «Repara su gesticulación de coqueta.» «¡Ente execrable! ¡Horrible desnudez!» Más de una ha deslumbrado tus ojos en algún sarao que debieras haber visto en ese estado para ahorrarte algunas locuras.»

«¿Quién es aquél, más allá?» «Un hombre que pasa entre vosotros los hombres por sensato; todos le consultan: es un célebre abogado; la librería que tiene al lado es el disfraz con que os engaña. Acaba de asegurar a un litigante con sus libros en la mano que su pleito es imperdible; el litigante ha salido; mira como cierra los libros en cuanto salió, como tú arrojarás la careta en llegando a tu casa. ¿Ves su sonrisa maligna? Parece decir: «Venid aquí, necios; dadme vuestro oro; yo os daré papeles, yo os haré frases. Mañana seré juez; seré el intérprete de Temis.» ¿No te parece ver al loco de Cervantes, que se creía Neptuno?»

«Observa más abajo: un moribundo; ¿oyes cómo se arrepiente de sus pecados? Si vuelve a la vida tornará a las andadas. A su cabecera tiene a un hombre bien vestido, un bastón en una mano, una receta en la otra: «O la tomas, o te pego. Aquí tienes la salud—parece decirle—; yo sano los males, yo los conozco»; observa con qué seriedad lo dice; parece que lo cree él mismo; parece perdonarle la vida que se le escapa ya al infeliz. «No hay cuidado», sale diciendo; ya sube en su bombé; ¿oyes el chasquido del látigo?» «Sí.» «Pues oye también el último ay del moribundo, que va a la eternidad, mientras que el doctor corre a embromar a otro con su disfraz de sabio.»

«Ven a ese otro barrio.» «¿Qué es eso?» «Un duelo.» «¿Ves esas caras tan compungidas?» «Sí.» «Míralas con este antejo.» «¡Cielos! La alegría rebosa dentro, y cuenta los días que el decoro le podrá impedir salir al exterior.»

«Mira una boda; con qué buena fe se prometen los novios eterna constancia y fidelidad.»

.....

«¿Quién es aquél?» «Un militar; observa cómo se paga de aquel oro que adorna su casaca. ¡Qué de trapitos de colores se cuelga de los ojales! ¡Qué vano se presenta! «Yo sé ganar batallas», parece que va

diciendo.» «¿Y no es cierto? Ha ganado la de \*\*\*» «¡Insensato! Ésa no la ganó él, sino que la perdió el enemigo.» «Pero...» «No es lo mismo.» «¿Y la otra de \*\*\*?» «La casualidad.» «Se está vistiendo de grande uniforme, es decir, disfrazando; con ese disfraz todos le dan V. E.; él y los que así le ven creen que ya no es un hombre como todos.»

.....

«Ya lo ves: en todas partes hay máscaras todo el año; aquel mismo amigo que te quiere hacer creer que lo es, la esposa que dice que te ama, la querida que te repite que te adora, ¿no te están embromando toda la vida? ¿A qué, pues, esa prisa de buscar billetes? Sal a la calle y verás las máscaras de balde. Sólo te quiero enseñar, antes de volverte a llevar donde te he encontrado — concluyó Asmodeo —, una casa donde dicen especialmente que no las hay este año. Quiero desencancarte.» Al decir esto pasábamos por el teatro. «Mira allí — me dijo — a un autor de comedia. Dice que es un gran poeta. Está muy persuadido de que ha escrito los sentimientos de Orestes, y de Nerón, y de Otelo... ¡Infeliz! ¿Pero qué mucho? Un inmenso concurso se lo cree también. ¡Ya se ve!, ni unos ni otros han conocido a aquellos señores. Repara y ríete a tu salvo. ¿Ves aquellos gran-

des palos pintados, aquellos lienzos corridizos? Dicen que aquello es el campo, y casas, y habitaciones, y ¡qué más sé yo! ¿Ves aquel que sale ahora? Aquel dice que es el grande sacerdote de los griegos, y aquel otro Edipo; ¿los conoces tú?» «Sí; por más señas que esta mañana los vi en misa.» «Pues míralos; ahora se desnudan, y el gran sacerdote, y Edipo, y Jocasta, y el pueblo tebano entero se van a cenar sin más acompañamiento, y dejándose a su patria entre bastidores, algún carnero verde, o si quieres un excelente *beefsteck* hecho en casa de Genyeis. ¿Quieres oír a Semiramis?» «¿Estás loco, Asmodeo? ¿A Semiramis?» «Sí, mírala; es una excelente conocedora de la música de Rossini. ¿Oíste qué bien cantó aquel adagio? Pues es la viuda de Nino; ya expira; a imitación del cisne, canta y muere.»

Al llegar aquí estábamos ya en el baile de máscaras; sentí un golpe ligero en una de mis mejillas. «¡Asmodeo», grité. Profunda obscuridad; silencio de nuevo en torno mío.

«Asmodeo», quise gritar de nuevo; despiértame empero el esfuerzo. Llena aún mi fantasía de mi nocturno viaje, abro los ojos, y todos los trajes apiñados, todos los países me rodean en breve espacio: un chino, un marinero, un abate, un indio,

un ruso, un griego, un romano, un escocés... ¡Cielos! ¿Qué es esto? ¿Ha sonado ya la trompeta final? ¿Se han congregado ya los hombres de todas las épocas y de todas las zonas de la tierra a la voz del Omnipotente en el valle de Josafat?... Poco a poco vuelvo en mí, y asustando a un turco y una monja entre quienes estoy, exclamo con toda la filosofía de un hombre que no ha cenado, e imitando las expresiones de Asmodeo, que aún suenan en mis oídos: «El mundo todo es máscaras: todo el año es Carnaval.»



---

## LA POLÉMICA LITERARIA

— Muchos son los obstáculos que para escribir encuentra entre nosotros el escritor, y el escritor sobre todo de costumbres, que funda sus artículos en la observación de los diversos caracteres que andan por la sociedad revueltos y desparramados; si hace un artículo malo: «¿Quién es él—dicen— para hacerle bueno?» Y si lo hace bueno: «Será traducido», gritan a una voz sus amigos. Si huyó de ofender a nadie: «Son pálidos sus escritos, no hay chistes en ellos ni originalidad.» Si observó bien, si hizo resaltar los colores y si logra sacar a los labios de su lector tal cual picante sonrisa: «Es un payaso», exclaman, como si el toque del escribir consistiera en escribir serio. Si le ofenden los vicios, si rebosa en sus renglones la indignación contra los necios, si los malos escritores le merecen tal cual varapalo: «Es un hombre feroz, a nadie perdona. ¡Jesús

qué entrañas! ¡Habrà picaro que no quiere que escribamos disparates!» ¿Dibujó un carácter y tomó para ello toques de este y de aquel, formando su bello ideal de las calidades de todos?: «¡Qué picarillo—gritan— cómo ha puesto a D. Fulano!» ¿Pintó un avaro como hay ciento?: «Pues ése es D. Cosme—gritan todos— el que vive aquí a la vuelta.» Y no se desgañite para decirle al público: «Señores, que no hago retratos personales, que no critico a uno, que critico a todos. Que no conozco siquiera a ese D. Cosme.» ¡Tiempo perdido! «Que el artículo está hecho hace dos meses, y D. Cosme vino ayer.» Nada. «Que mi avaro tiene peluca y D. Cosme no la gasta.» ¡Ni por esas! «Púsole la peluca—dicen— para desorientar; pero es él.» «Que no se parece a D. Cosme en nada.» No importa, es D. Cosme, y se lo hacen creer todos a D. Cosme, y D. Cosme, que es caviloso, es el primero a decir: «Ése soy yo.» Para esto de entender alusiones nadie como nosotros.

¿Consistirá esto en que los criticos que se reconocen en el cuadro de costumbres se apresuran a echar el muerto al vecino para descartarse de la parte que a ellos les toca? ¡Quién sabe! Confesemos de todos modos que es picaro oficio el de escritor de costumbres.

Con estas reflexiones encabezamos nuestro artículo de hoy, porque, no nos perdone Dios nuestros pecados si no creemos que antes de llegar al último renglón han de haber encontrado nuestros perspicaces lectores el original del retrato que no hacemos. Como cosa de las doce serian cuando cavilaba yo ayer acerca del modo de urdir un artículo bueno que gustase a todos los que le leyesen, y encomendábame a toda priesa, con más fe que esperanza, a Santa Rita, abogada de los imposibles, para que me deparara alguna musa acomodaticia, la cual me enviase inspiraciones cortadas a medida de todo el mundo. Pedíale un modo de escribir que ni fuese serio, ni jocosos, ni general, ni personal, ni largo, ni corto, ni profundo, ni superficial, ni alusivo, ni indeterminado, ni sabio, ni ignorante, ni culto, ni trivial; una quimera, en fin, y pedíale de paso un buen original francés de donde poder robar aquellas ideas que buenamente no suelen ocurrirme, que son las más, y una baraja completa de transposiciones felices, de estas que el diablo mismo que las inventó no entiende, y que, por consiguiente, no comprometen al que las escribe... Pero estoy para mí que no debía de hacer más caso de mis oraciones la Santa que el que hacen los cómicos de los artículos de teatros,



porque ni venia musa, ni yo acertaba a escribir un mal disparate que pudiese dar contento a necios y a discretos. Mesábame las barbas, y renegaba de mi mal cortada pluma, que siempre ha de pinchar, y de mi lengua que siempre ha de maldecir, cuando un cariacontecido mozalbete, con cara de literato, es decir, de envidia, se me presentó, y mirándome zaino y torcido, como quien no camina derecho ni piensa hacer cosa buena, dijome entre uno y otro piropo, que yo eché en saco roto, como tenia que consultarme y pedirme consejos en materias graves.

Invítéle que se sentara, lo cual hizo en la punta de una silla, como aquel que no queria abusar de mi buena crianza, poniendo su sombrero debajo de una mesa a modo de florero o de escupidera.

— ¿Y qué es el caso? — le pregunté, porque ha de advertir el lector que yo me perezco por los diálogos.

— Qué ha de ser, Sr. Figaro, sino que yo he puesto un artículo en un periódico, y no bien le había leído impreso, cuando, ¡zas!, ya me han contestado.

— ¡Oh! Son muy bien criados los periodistas—le dije—; no saben lo que es dejar a un hombre sin contestación.

— Sí, señor; pero de buenas a primeras, y sin pedirme mi parecer, dan en la flor de

decirme que es mi artículo un puro disparate. Es el caso que yo también quiero contestar, porque ¿qué dirá el mundo, y sobre todo la Europa, si yo no contesto?

— Cierto; no se piensa en otra cosa en el día sino en Portugal y en su artículo de usted.

— Ya se ve; y como usted entiende de achaque de contestaciones y de cómo se lleva por aquí eso de polémica literaria, vengo a que me endilgue usted, sobre poco más o menos, cuatro consejos oportunos, de modo que la materia en cuestión se dilucide, se entere el público de quién tiene razón, y quede yo encima, que es el objeto.

— ¿Y de qué habla el artículo?

— Le diré a usted, de nada; el hecho es que en la cuestión no nos entendemos ni él ni yo, porque, como la mitad de las cosas que podrían decirse en la materia uno y otro las ignoramos, y la otra mitad no se puede decir...

— Sí..., pues eso es muy fácil...; ¿pero trata de...?

— De tabacos, sí, señor. Conque yo quisiera que usted me indicase todos los hombres que han tenido que ver con tabacos desde Nicot que los descubrió hasta Tissot, por lo menos, que está contra su uso. Con la vasta erudición que usted me va a

proporcionar yo haré trizas a mi contrario...

— ¡Ay, amigo — le interrumpí —, y qué poco entiende usted de polémica literaria. En primer lugar, para disputar de una materia lo primero que usted debe procurar es ignorarla de pe a pa. ¿Qué quiere usted?, así corren los tiempos. En segundo lugar, ¿usted sabe quién es el autor del artículo contra usted?

— ¿Y qué falta hace para aclarar la cuestión al público saber quién sea el autor del artículo?

— ¡Hombre, usted está en el cristus de la polémica literaria del país! ¿De dónde viene usted? Usted no lee. En vez de buscar libros que confirmen la opinión de usted, la primera diligencia que ha de hacer es saber quién es el autor del artículo contrario.

— Bueno; pues ya lo sé. Pero el caso no es ese, sino que un periódico dice que mi artículo es malo.

— Calle usted. Somos felices.

— Yo pensaba dar razones y probar...

— No, señor, no pruebe usted nada. ¿Usted se quiere perder? Diga usted, ¿qué señas tiene el adversario de usted? ¿Es alto?

— Mucho; se pierde de vista.

— ¿Tendrá seis pies?

— Más, más; hágale usted más favor...; pero ¿qué tiene que ver eso con la cuestión de tabacos?

— ¿No ha de tener? Empiece usted diciendo que su artículo de usted es bueno; primero porque él es alto.

— ¡Hombre!

— Calle usted. ¿Ha escrito algunas obras?

— Sí, señor; en el año 97 escribió una comedia que no valía gran cosa.

— ¡Bravo! Añada usted que usted entiende mucho de tabacos, fundado en que él hizo el 97 una comedia...

— Pero, señor, haremos reír al público...

— No tenga usted cuidado; el público se morirá de risa, y la palestra queda por el que hace reír. ¿Qué más tiene el adversario? ¿Tiene alguna verruga en las narices, tiene moza, debe a alguien, ha estado en la cárcel alguna vez, gasta peluca, ha tenido opinión nula?...

— Algo, algo hay de eso.

— Pues bien, a él; la opinión, la verruga; duro en sus defectos. ¿Qué entenderá él de achaque de tabacos, si escribió en los periódicos de entonces, y si el año 8 jugaba a la pipirijaina o a la pata coja?

— ¿Pero adónde vamos a parar?

— A la tetilla izquierda, señor; usted no se desanime; ¿le coge usted en un plagio? El texto en los hocicos, el original, y

ande. ¿Sabe usted algún cuento?, a contársele.

—¿Y si no vienen a pelo los cuentos que yo sé?

— No importa; usted hará reír, y ese es el caso. ¿Dice él que usted se equivoca una vez? Digale usted que él se equivoca ciento, y pata. Usted es un tal, y usted es más; este es el modo.

— Pero, Sr. Figaro, ¿y dónde dejamos ya la cuestión de tabacos?

— ¿Y a usted que le importa ni a nadie tampoco? Déjela usted que viaje. Por fin, luego que usted haya agotado todos los recursos de la personalidad, concluya usted apelando al público y diciendo que él sabrá apreciar la moderación de usted en la cuestión presente; que se retira usted de la polémica; en primer lugar, porque ha probado suficientemente su opinión acerca de tabacos con las poderosas razones antedichas de la estatura, de la verruga, de la comedia del año 97, de las deudas y de la opinión del adversario; y en segundo lugar, porque habiendo usado el contrario de mala fe y de indecorosas personalidades (y eso dígalo usted aunque sea mentira), de que usted no se siente capaz en atención a que usted respeta mucho al público respetable, la polémica se ha hecho asquerosa e interminable. Aquí

dice usted una gracia o dos si puede acerca del mayor número de subcripciones que reúne el periódico en que usted escribe, que es razón concluyente, y que le piquen a usted moscas.

— Señor Figaro, ese plan será bueno, mas yo le encuentro el inconveniente de que si en un país en que tan poco prestigio tienen la literatura y los literatos, en vez de darnos honor unos a otros nos damos mutuamente en espectáculo, derribamos nosotros mismos nuestros altares y nos hacemos el hazmerreir del público..., y a mí me da vergüenza...

— ¡Ay!, ¡ay!, ¡ay! ¿Ahora salimos con que tiene usted vergüenza?... y... ¡voto va! Díjéralo usted al principio. Usted es incorregible. Pues, amigo, voy a concluir: hace muchos años que ando por este mundo, y las más de las polémicas que he visto se han decidido por ese estilo. Fuera, pues, razones, señor mío: látigo y más látigo; no sé qué sabio ha dicho que las más de las cuestiones son cuestiones de nombre; aquí, amigo mío, las más son cuestiones de personas.

Y con esto despedí a mi cliente, quien no sé si habrá aprovechado mis consejos. Una cosa tan sólo le supliqué al salir por el umbral de mi puerta.

— Si acaso — le dije — oye usted decir

a las gentes cuando le vean por el mundo:  
«Ahi va el cliente de Figaro; ése es el del  
artículo.» «No lo creo — responda usted—;  
el cliente de Figaro es un ente ideal que  
tiene muchos retratos en esta sociedad;  
pero que no tiene original con ninguno.»



---

---

## ¿ENTRE QUÉ GENTES ESTAMOS?

Henos aquí refugiándonos en las costumbres: no todo ha de ser siempre política; no todos facciosos. Por otra parte, no son las costumbres el último ni el menos importante objeto de las reformas. Sirva, pues, sólo este pequeño preámbulo para evitar un chasco al que forme grandes esperanzas sobre el título que llevan al frente estos renglones, y vamos al caso.

No hace muchos días que la llegada inesperada a Madrid de un extranjero, antiguo amigo mío de colegio, me puso en la obligación de cumplir con los deberes de la hospitalidad. Acaso sin esta circunstancia nunca hubiese yo solo realizado la observación sobre que gira este artículo. La costumbre de ver y oír diariamente los dichos y modales que son la moneda de nuestro trato social, es culpa de que no salte su extrañeza tan fácilmente a nuestros

sentidos. Mi amigo no pudo menos de abrirme el camino que el hábito tenía cerrado a mi observación.

Necesitábamos hacer varias visitas. «¡Un carruaje!», dijimos; pero un coche es pesado; un cabriolé será más ligero; no bien lo habíamos dicho, ya estaba mi criado en casa de uno de los mejores alquiladores de esta corte, sobre todo de esos que llevan dinero por los que llaman *bombés decentes*, donde encontró efectivamente uno sobrante y desocupado, que, para calcular cómo sería el maldecido no se necesitaba saber más. Dejó mi criado la señal que le pidieron, y dos horas después ya estaba en la puerta de mi casa un birlocho pardo con varias capas de polvo de todos los días y calidades, el cual no le quitaban nunca porque no se viese el estado en que estaba, y aún yo tuve para mí que lo debían de sacar en los días de aire a tomar polvo para que le encubriese las macas que tendría. Que las ruedas habían rodado hasta entonces, no se podía dudar; que rodarían siempre y que no harían rodar por el suelo al que dentro fuese de aquel inseguro mueble, eso era ya otra cuestión; que el caballo había vivido hasta aquel punto no era dudoso; que viviría dos minutos más, eso era precisamente lo que no se podía menos de dudar cada vez que trope-

zaba con su cuerpo, no perecedero, sino ya perecido, la curiosidad visual del espectador.

Cierto ruido desapacible de los muelles y del eje le hacía sonar a hierro como si dentro llevara medio Rastro.

Peor vestido que el birlocho estaba el criado que le servía, y entre la vida del caballo y la suya no se podía atravesar concienzudamente la apuesta de un solo real de vellón: por lo mal comidos, por lo estropeados, por la vida, en fin, del caballo y el lacayo, por la completa semejanza y armonía que en ambos entes irracionales se notaba, hubiera creído cualquiera que eran gemelos, y que no sólo habían nacido a un mismo tiempo, sino que a un mismo tiempo iban a morir.

Si andaba el birlocho era un milagro; si estaba parado, un capricho de Goya.

Fué preciso conformarnos con este elegante mueble; subí, pues, a él, y tomé las riendas, después de haberse sentado en él mi amigo el extranjero.

Retiróse el lacayo cuando nos vió en tren de marchan, y fué a subir a la trasera; sacudí mi fusta sobre el animal, con mucho tiento por no acabarle de derrengar; más ¿cuál fué mi admiración, cuando siento bajar el asiento y veo alzarse las varas levantando casi del suelo al infeliz animal.



que parecía un espíritu desprendiéndose de la tierra? Y ¿qué dirán ustedes que era? Que el birlocho venía sin barriguera; y lo mismo fué poner el lacayo la planta sobre la zaga, que, a manera de balanza, vino a tierra el mayor peso, y subió al cielo la ligera resistencia del que *tantum pellis et ossa fuit*.

«Eso no es conmigo», exclamé; bajamos del birlocho, y a pie nos fuimos a quejar y reclamar nuestra señal a casa del alquilador.

— Preguntamos y volvimos a preguntar, y nadie respondía, que aquí es costumbre muy recibida; pareció por fin un hombre, digámoslo así, y un hombre tan mal enacarado como el birlocho; expúsele el caso, y pedile mi señal en vista de que yo no alquilaba el birlocho para tirar de él, sino para que tirase él de mi. «¿Qué tiene usted que pedirle a ese birlocho y a esa jaca sobre todo?», me dijo echándome a la cara una interjección expresiva y una bocanada de humo de un maldito cigarro de dos cuartos. Después de semejante entrada nada quedaba que hablar. «Véale usted despacio — le contesté —, sin embargo.» «Pues no hay otro», siguió diciendo; y volviéndome la espalda: «A París por gangas!» añadió. «Diga usted, señor grosero — le repuse, ya en el colmo de la có-

lera—, ¿no se contentan ustedes con servir de esta manera, sino que también se han de aguantar sus malos modos? ¿Usted se pone aquí para servir o para mandar al público? Pudiera usted tener más respeto y crianza para los que son más que él.» Aquí me echó el hombre una ojeada de arriba abajo, de estas que arrebañan a la persona mirada, de estas que van acompañadas de un gesto particular de los labios, de estas que no se ven sino entre los majos del país. «Nadie es más que yo, don caballero o don lechuga; si no acomoda, dejarlo. ¡Mire usted con lo que se viene el seor levosa! A ver, chico, saca un bombé nuevo; ¡ahí, en el bolsillo de mi chaqueta debo de tener uno! Y al decir esto», salió una mujer y dos o tres mozos de cuadra, y llegaronse a oír cuatro o seis vecinos y y catorce o quince curiosos transeuntes; y como el calesero hablaba en majo y respondía en desvergonzado, y funaba y escupía por el colmillo, e insultaba a la gente decente, el auditorio daba la razón al calesero, y le aplaudía, y soltaba la carcajada, y le animaba a seguir; en fin, sólo una retirada a tiempo pudo salvarnos de alguna cosa peor, por la cual se preparaba a hacernos pasar el concurso que allí se había reunido.

«¿Entre qué gentes estamos? — me dijo

el extranjero asombrado —. ¡Qué modos tan raros se usan en este país!» «Oh, es casual», le respondí algo avergonzado de la inculpación, y seguimos nuestro camino.

El día había empezado mal, y yo soy supersticioso con estos días que empiezan mal; acaban peor.

Tenia mi amigo que arreglar sus papeles, y fué preciso acompañarle a una oficina de policía. «Aquí verá usted — le dije — otra amabilidad y otra finura.»

La puerta estaba abierta, y, naturalmente, nos entrábamos; pero no habíamos andado cuatro pasos, cuando una especie de portero vino a nosotros gritándonos: «¡Eh, hombre, adónde va usted! ¡Fuera!» «Este es pariente del calesero», dije yo para para mí; salimos fuera, y, sin embargo, esperamos el turno. — Vamos dentro; ¿qué hacen ustedes ahí parados?», dijo de allí a un rato para darnos a entender que ya podíamos entrar.

Entramos, saludamos, nos miraron dos oficinistas de arriba abajo, no creyeron que debían contestar al saludo, se pidieron mutuamente papel y tabaco, echaron un cigarro de papel, nos volvieron la espalda, y a una indicación mía para que nos despachasen, en atención a que el Estado no les pagaba para fumar, sino para despachar los negocios: «Tenga usted pa-

ciencia—respondió uno—, que aquí no estamos para servir a usted.» «A ver añadió dentro de un rato —, venga eso—y cogió el pasaporte y lo miró—. ¿Y usted quién es?» «Un amigo del señor.» «¿Y el señor?, algún francés de estos que vienen a sacarnos los cuartos.» «Tenga usted la bondad de prescindir de insultos y ver si está ese papel en regla.» «Ya le he dicho a usted que no sea insolente si no quiere usted ir a la cárcel.»

Brincaba mi extranjero, y yo le veía dispuesto a hacer un disparate. «Amigo, aquí no hay más remedio que tener paciencia.» «¿Y qué nos han de hacer?» «Mucho y malo.» «Será injusto.» «¡Buena cuenta!» Logré por fin contenerle. «Pues ahora no se le despacha a usted; vuelva usted mañana.» «¿Volver?» «Vuelva usted y calle usted.» «Vaya usted con Dios.»

Yo no me atrevía a mirar a la cara a mi amigo. «¿Quién es ese señor tan altanero — me dijo al bajar la escalera —, y tan fino y tan...? ¿Es algún príncipe?» «Es un escribiente que se cree la justicia y el primer personaje de la nación; como está empleado se cree dispensado de tener crianza.»

«Aquí tiene todo el mundo esos modales según voy viendo.» «¡Oh!, no; es casualidad.» «*C'est drôle*», iba diciendo mi ami-

go, y yo diciendo: «¿Entre qué gentes estamos?»

— Mi amigo quería hacerse un pantalón y le llevé a casa de mi sastre.

— Esta era más negra: mi sastre es hombre que me recibe con sombrero puesto, que me alarga la mano y me la aprieta, me suele dar dos palmaditas o tres, más bien que menos, cada vez que me ve; me llama simplemente por mi apellido, a veces por mi nombre como un antiguo amigo; otro tanto hace con todos sus parroquianos, y no me tutea no sé por qué: eso tengo que agradecerle todavía. Mi francés nos miraba a los dos alternativamente; mi sastre se reía, yo mudaba de colores; pero estoy seguro que mi amigo salió creyendo que en España todos los caballeros son sastres o todos los sastres son caballeros.

Por supuesto, que el maestro no se descubrió, no se movió de su asiento, no hizo gran caso de nosotros, nos hizo esperar todo lo que pudo, se empeñó en regalarnos un cigarro y en darnoslo encendido él mismo de su boca, cuantas groserías, en fin, suelen llamarse franquezas entre ciertas gentes. Era por la mañana; la fatiga y el calor nos habían dado sed; entramos en un café y pedimos sorbetes. «¡Sorbetes por la mañana! — dijo un mozo con voz bru-

tal y gesto de burla —. ¡Que si quieres!»! «¡Bravo! —dije para mí—. ¿No presumía yo que el día había empezado bien? Pues traiga usted dos vasos pequeños de limón...» «¡Vaya, hombre, anímese usted!; tómelos usted grandes —nos dijo entonces el mozo con singular franqueza—; si tiene usted cara de sed.» «Y usted tiene cara de morir de un silletazo —repuse yo ya incomodado —; sirva usted con respeto, calle y no se chancee con las personas que no conoce y que están muy lejos de ser sus iguales.»

Entretanto que esto pasaba con nosotros, en un billar contiguo diez o doce señoritos de muy buenas familias jugaban al billar con el mozo de éste, que estaba en mangas de camisa, que tuteaba a uno, sobaba a otro, insultaba al de más allá y se hombreaba con todos : todos eran unos. «¿Entre qué gentes estamos?», repetía yo con admiración. «*¡C'est drôle!*», repetía el francés. ¿Es posible que nadie sepa aquí ocupar su puesto? ¿Hay tal confusión de clases y personas? ¿Para qué cansarme en enumerar los demás casos que de este género en aquel bendito día nos sucedieron? Recapitule el lector cuántos de éstos le suceden al día y le están sucediendo siempre, y esos mismos nos sucedieron a nosotros. Hable usted con tres amigos en

una mesa de café; no tardará mucho en arrimarse alguno que nadie del corro conozca, y con toda franqueza meterá su baza en la conversación. Vaya usted a comer a una fonda, y cuente usted con el mozo que ha de servirle, como pudiera usted contar con un comensal. Él le bordará a usted la comida con chanzas groseras; él le hará a usted preguntas fraternales y amistosas..., él... Vaya usted a una tienda a pedir algo.» «¿Tiene usted tal cosa?» «No, señor; aquí no hay.» «¿Y sabe usted dónde la encontraría?» «¡Toma, qué sé yo! Búsquela usted. Aquí no hay.» «¿Se puede ver al señor de tal?», dice usted en una oficina. Y aquí es peor, porque ni siquiera contestan *no*. ¿Ha entrado usted? Como si hubiera entrado un perro. ¿Va usted a ver un establecimiento público? Vea usted qué caras, qué voz, qué expresiones, qué respuestas, qué grosería. Sea usted grande de España; lleve usted un cigarro encendido. No habrá aguador ni carbonero que no le pida la lumbre, y le detenga en la calle, y le manosee y empuerque su tabaco, y se le vuelva apagado. ¿Tiene usted criados? Haga usted cuenta que mantiene unos cuantos amigos; ellos llaman por su apellido seco y desnudo a todos los que lo sean de usted; hablan cuando habla usted, y hablan ellos... ¡Señor, se-

ñor!, ¿entre qué gentes estamos? ¿Qué orgullo es el que impide a las clases infimas de nuestra sociedad acabar de reconocer el puesto que en el trato han de ocupar? ¡Qué trueque es este de ideas y de costumbres!

— Mi francés había hecho todas estas observaciones, pero no había hecho la principal; faltábale observar que nuestro país es el país de las anomalías; así que, al concluirse el día, «Amigo — me dijo—, yo he viajado mucho: ni en Europa, ni en América, ni en parte alguna del mundo, he visto menos aristocracia en el trato de los hombres; éste es el país adonde yo me vendría a vivir; aquí todos los hombres son unos: se cree estar en la antigua Roma. En llegando a París voy a publicar un opúsculo en que pruebe que la España es el país más dispuesto a recibir...» «Alto ahí, señor observador de un día — dije a mi extranjero interrumpiéndole —; adivino la idea de usted, las observaciones que ha hecho usted hoy son ciertas; la observación general, empero, que de ellas deduce usted es falsa; esa es una anomalía como otras muchas que nos rodean, y que sólo se podían explicar entrando en pormenores que no son del momento; éste es, desgraciadamente, el país menos dispuesto a lo que usted cree, por más que le parez-

can a usted todos unos. No confunda usted la debilidad de la senectud con la de la niñez: ambas son debilidad; las causas son, no obstante, diferentes; esa franqueza, esa aparente confusión y nivelamiento extraordinario no es el de una sociedad que acaba; es el de una sociedad que empieza, porque yo llame empezar...» «¡Oh!, sí, sí entiendo. *C'est drôle!* ¡*C'est drôle!*, repetía mi francés. «Ahi verá usted—repetía yo—, entre qué gentes estamos.»



---

# LOS CALAVERAS

## ARTÍCULO PRIMERO



Es cosa que daría que hacer a los etimologistas y a los anatómicos de lenguas el averiguar el origen de la voz *calavera*, en su acepción figurada, puesto que la propia no puede tener otro sentido que la designación del cráneo de un muerto, ya vacío y descarnado. Yo no recuerdo haber visto empleada esta voz, como sustantivo masculino, en ninguno de nuestros autores antiguos, y esto prueba que esta acepción picaresca es de uso moderno. La especie, sin embargo, de seres a que se aplica ha sido de todos los tiempos. El famoso Alcibiades era el *calavera* más perfecto de Atenas; el célebre filósofo que arrojó sus tesoros al mar no hizo en eso más que una *calaverada*, a mi entender, de muy mal gusto; César, marido de todas las mujeres

de Roma, hubiera pasado en el día por un excelente *calavera*; Marco Antonio, echando a Cleopatra por contrapeso en la balanza del destino del Imperio, no podía ser más que un *calavera*; en una palabra, la suerte de más de un pueblo se ha decidido a veces por una simple *calaverada*.

Si la Historia, en vez de escribirse como un índice de los crímenes de los reyes y una crónica de unas cuantas familias, se escribiera con esta especie de filosofía, como un cuadro de costumbres privadas, se vería probada aquella verdad, y muchos de los importantes trastornos que han cambiado la faz del mundo, a los cuales han solicitado achacar grandes causas los políticos, encontrarían una clave de muy verosímil y sencilla explicación en las *calaveradas*.

Dejando aparte la antigüedad (por más mérito que les añade, puesto que hay muchas gentes que no tienen otro), y volviendo a la etimología de la voz, confieso que no encuentro qué relación puede existir entre un *calavera* y una *calaverada*.

¡Cuánto exceso de vida no supone el primero! ¡Cuánta ausencia de ella no supone la segunda! Si se quiere decir que hay un punto de similitud entre el vacío del uno y de la otra, no tardaremos en demostrar que es un error.

Aun concediendo que las cabezas se dividan en vacías y en llenas, y que la ausencia del talento y del juicio se refiera a la primera clase, espero que por mi artículo se convencerá cualquiera de que para pocas cosas se necesita más talento y buen juicio que para ser *calavera*.

Por tanto, el haber querido dar un aire de apodo y de vilipendio a los *calaveras* es una injusticia de la lengua y de los hombres que acertaron a darle los primeros ese giro malicioso; yo por mi rehusó esa voz; confieso que quisiera darle una nobleza, un sentido favorable, un carácter de dignidad que desgraciadamente no tiene, y así sólo la usaré, porque no teniendo otra a mano, y encontrando ésa establecida, aquellos mismos cuya causa defiendiendo se harán cargo de lo difícil que me sería darme a entender valiéndome, para designarlos, de una palabra nueva; ellos mismos no se reconocerían, y no reconociéndolos seguramente el público tampoco, vendría a ser inútil la descripción que de ellos voy a hacer.

Todos tenemos algo de *calaveras*, más o menos. ¿Quién no hace locuras y disparates alguna vez en su vida? ¿Quién no ha hecho versos, quién no ha creído en alguna mujer, quién no se ha dado malos ratos algún día por ella, quién no ha pres-

tado dinero, quién no lo ha debido, quién no ha abandonado alguna cosa que le importase por otra que le gustase, quién no se casa, en fin?...

Todos los somos; pero así como no se llama locos sino a aquellos cuya locura no está en armonía con la de los más, así sólo se llama *calaveras* a aquellos cuya serie de acciones continuadas son diferentes de las que los otros tuvieran en iguales casos.

El *calavera* se divide y subdivide hasta lo infinito, y es difícil encontrar en la Naturaleza una especie que presente al observador mayor número de castas distintas; tienen todas, empero, un tipo común de donde parten, y en rigor sólo dos son las calidades esenciales que determinan su ser, y que las reúnen en una sola especie: en ellas se reconoce al *calavera*, de cualquier casta que sea.

1.º El *calavera* debe tener por base de su ser lo que se llama *talento natural* por unos; *despejo*, por otros; *viveza*, por los más; entiéndase esto bien: *talento natural*, es decir, no cultivado. Esto se explica: toda clase de estudio profundo o de extensa instrucción sería lastre demasiado pesado que se opondría a esa ligereza, que es una de sus más amables calidades.

2.º El *calavera* debe tener lo que se llama en el mundo *poca aprensión*. No se

interprete esto tampoco en mal sentido. Todo lo contrario. Esta *poca aprensión* es aquella indiferencia filosófica con que considera *el qué dirán* el que no hace más que cosas naturales, el que no hace cosas vergonzosas. Se reduce a arrostrar en todas nuestras acciones la publicidad, a vivir ante los otros, más para ellos que para uno mismo. El *calavera* es un hombre público cuyos actos todos pasan por el tamiz de la opinión, saliendo de él más depurados. Es un espectáculo cuyo telón está siempre descorrido; quítensele los espectadores, y adiós teatro. Sabido es que con mucha aprensión no hay teatro,

El *talento natural*, pues, y la *poca aprensión*, son las dos cualidades distintas de la especie; sin ellas no se da el *calavera*.

Un tonto, un timorato del *qué dirán*, no lo serán jamás.

Sería tiempo perdido.

El *calavera* se divide en *silvestre* y *doméstico*.

El *calavera silvestre* es hombre de la plebe, sin educación ninguna y sin modales; es el capataz del barrio, tiene honores de jaque, habla andaluz; su conversación va salpicada de chistes; enciende un cigarro en otro, escupe por el colmillo; convida siempre y nadie paga donde está él; es chulo nato; dos cosas son indispensables a

su existencia : la querida, que es manola, condición *sine qua non*, y la navaja, que es grande : por un quitame allá esas pajas le da honrosa sepultura en un cuerpo humano.

Sus manos siempre están ocupadas : o empaqueta el cigarro, o saca la navaja, o tercia la capa, o se cala el chapeo, o se aprieta la faja, o vibra el garrote; siempre está haciendo algo.

Se le conoce a larga distancia, y es bueno dejarle pasar como al jabali.

¡Ay del que mire a su Dulcinea!

¡Ay del que le tropiece!

Si es hombre de levita, sobre todo si es un señorito delicado, más le valiera no haber nacido.

Con esa especie está a matar, y la mayor parte de sus calaveradas recaen sobre ella; se perece por asustar a uno, por desplumar a otro. El *calavera silvestre* es el gato del *lechuguino*; así es que éste le ve con terror; de quimera en quimera, de *qué se me da a mí*, en *qué se me da a mí*, para en la cárcel, a veces en presidio; pero esto último es raro; se diferencia esencialmente del ladrón en su condición generosa: da y no recibe; puede ser homicida y nunca asesino.

Este *calavera* es esencialmente español.

El *calavera doméstico* admite diferentes

grados de civilización, y su cuna, su edad, su educación, su profesión, su dinero, le subdividen después en diversas castas.

Las principales son las siguientes:

El *calavera lampiño* tiene catorce o quince años, lo más diez y ocho.

Sus padres no pudieron nunca hacer carrera con él; le metieron en el colegio para quitársele de encima, y hubieron de sacarle porque no dejaba allí cosa con cosa.

Mientras que sus compañeros más laboriosos devoraban los libros para entenderlos, él los despedazaba para hacer balitas de papel, las cuales arrojaba disimuladamente y con singular tino a las narices del maestro.

A pesar de eso, el día del examen el talento profundo y tímido se cortaba, y nuestro audaz muchacho repetía con osadía las cuatro voces tercas que había recogido aquí y allí, y se llevaba el premio.

Su carácter resuelto ejercía predominio sobre la multitud, y capitaneaba por lo regular las pandillas y los partidos.

Despreciador de los bienes mundanos, su sombrero, que le servía de blanco o de pelota, se distinguía de los demás sombreros como él de los demás jóvenes.

En Carnaval era el que ponía las mazas a todo el mundo, y aun las manos encima si tenía la torpeza de enfadarse; si era

descubierto, hacia pasar a otro por el culpable, o sufría en el último caso la pena con valor, y riéndose todavía del feliz éxito de su travesura.

Es decir, que el *calavera*, como todo el que ha de ser algo en el mundo, comienza a descubrir desde su más tierna edad el germen que encierra.

El número de sus hazañas era infinito.

Un maestro había perdido unos anteojos, que se habían encontrado en su faltriquera; el rapé de otro había pasado al chocolate de sus compañeros, o a las narices de los gatos, que recorrían bufando los corredores con gran risa de los más juiciosos; la peluca del maestro de Matemáticas había quedado un día enganchada en un sillón, al levantarse el pobre Euclides, con notable perturbación de un problema que estaba por resolver.

Aquel día no se despejó más incógnita que la calva del buen señor.

Fuera ya del colegio, se trató de sujetarle en casa y se le puso bajo llave, pero a la mañana siguiente se encontraron colgadas las sábanas de la ventana; el pájaro había volado, y como sus padres se convencieron de que no había forma de contenerle, convinieron en que era preciso dejarle.

De aquí fecha la libertad del *lampiño*.

Es el más pesado, el más incómodo; careciendo todavía de barba y de reputación, necesita hacer dobles esfuerzos para llamar la pública atención; privado él de medios, le es forzoso afectarlos.

Es risa oírle hablar de las mujeres como un hombre ya maduro, sacar el reloj como si tuviera que hacer; contar todas sus acciones del día, como si pudieran importarle a alguien, pero con despejo, con soltura, con aire cansado y corrido.

Por la mañana madrugó, porque tenía una cita; a las diez se vino a encargarse el billete para la ópera, porque hoy daría cien onzas por un billete; no puede faltar.

¡Estas mujeres le hacen a uno hacer tantos disparates!

A media mañana se fué al billar; aunque hijo de familia, no come nunca en casa; entra en el café metiendo mucho ruido, su duro es el que más suena; sus bienes se reducen a algunas monedas, que debe de vez en cuando a la generosidad de su mamá o de su hermana, pero los luce sobremanera.

El billar es su elemento: los intervalos que le deja libre el juego suéleselos ocupar cierta clase de mujeres, únicas que pueden hacerle cara todavía, y en cuyo trato toma sus peregrinos conocimientos acerca del corazón femenino.

A veces el *calavera lampiño* se finge malo para darse importancia, y si puede estarlo de veras, mejor; entonces está de enhorabuena.

Empieza asimismo a fumar, es más cigarró que hombre, jura y perjura y habla detestablemente; su boca es una sentina, si bien tal vez con chiste.

Va por la calle deseando que alguien le tropiece, y cuando no lo hace nadie, tropieza él a alguno; su honor entonces está comprometido, y hay de fijo un desafío; si éste acaba mal, y si mete ruido, en aquel mismo punto empieza a tomar importancia; y entrando en otra casta, como la oruga que se torna mariposa, deja de ser *calavera lampiño*.

Sus padres, que ven por fin, decididamente que no hay forma de hacerle abogado, le hacen meritorio; pero como no asiste a la oficina, como bosqueja en ella las caricaturas de los jefes, porque tiene el instinto del dibujo, se muda de bisiesto y se trata de hacerlo militar; en cuanto está declarado irremisiblemente mala cabeza, se le busca una charretera, y si se encuentra, ya es un hombre hecho.

Aquí empieza el *calavera temerón*, que es el gran *calavera*.

Pero nuestro artículo ha crecido debajo de la pluma más de lo que hubiéramos

querido, y de aquello que para un periódico convendría; ¡tan fecunda es la materia!

Por tanto, nuestros lectores nos concederán algún ligero descanso, y remitirán al número siguiente su curiosidad, si alguna tienen.

## ARTÍCULO SEGUNDO Y CONCLUSIÓN

Quedábamos al fin de nuestro artículo anterior en el *calavera temerón*.

Éste se divide en paisano y militar; si el influjo no fué bastante para lograr su charretera (porque alguna vez ocurre que las charreteras se dan por influjo), entonces es paisano; pero no existe entre uno y otro más que la diferencia del uniforme.

Verdad es que es muy esencial, y más importante de lo que parece: el uniforme ya es la mitad.

Es decir, que el paisano necesita hacer dobles esfuerzos para darse a conocer; es una casa pública sin muestra; es preciso saber que existe para entrar en ella.

Pero por un contraste singular, el *calavera temerón*, una vez militar, afecta no llevar el uniforme, viste de paisano, salvo el bigote; sin embargo, si se examina el

modo suelto que tiene de llevar el frac o la levita, se puede decir que hasta este traje es uniforme en él.

Falta la plata y el oro, pero queda el despejo y la marcialidad, y eso se trasluce siempre; no hay paño bastante negro ni tupido que le ahogue.

El *calavera temerón* tiene indispensablemente, o ha tenido alguna temporada una cerbatana, en la cual adquiere singular tino.

Colocado en alguna tienda de la calle de la Montera, se parapeta detrás de dos o tres amigos, que fingen discurrir seriamente. «Aquel viejo que viene allí, ¡mirale que serio viene!» «Sí; al de la casaca verde, ¡va bueno! Dejad, dejad. ¡Pum! en el sombrero. Seguid hablando y no miréis.»

Efectivamente, el sombrero del buen hombre produjo un sonido seco; el acometido se para, se quita el sombrero, lo examina. «¡Ahora!—dice la turba—. ¡Pum!, otra en la calva.»

El viejo da un salto y echa una mano a la calva; mira a todas partes...: nada.

«¡Está bueno!—dice por fin, poniéndose el sombrero—; algún pillastre... Bien podía irse a divertir...» «¡Pobre señor!—dice entonces el *calavera*, acercándosele—; ¿le han dado a usted? Es una desvergüenza... ¿Pero le han hecho a usted mal?...» «No,

señor; felizmente.» «¿Quiere usted algo?»  
«Tantas gracias.»

Después de haber dado gracias, el hombre se va alejando, volviendo poco a poco la cabeza a ver si descubría... Pero entonces el *calavera* le asesta su último tiro, que acierta a darle en medio de las narices, y el hombre, derrotado, aprieta el paso, sin tratar ya de averiguar de dónde procede el fuego; ya no piensa más que en alejarse.

Suéltase entonces la carcajada en el corrillo, y empiezan los comentarios sobre el viejo, sobre el sombrero, sobre la calva, sobre el frac verde.

Nada causa más risa que la extrañeza y el enfado del pobre; sin embargo, nada más natural.

El *calavera temerón* escoge a veces para su centro de operaciones la parte interior de una persiana; este medio permite más abandono en la risa de los amigos, y es el más oculto; el *calavera fino* le desdeña por poco expuesto.

A veces se dispara la cerbatana en guerrilla; entonces se escoge por blanco el farolillo de un escarolero, el fanal de un confitero, las botellas de una tienda, objetos todos en que produce el barro cocido un sonido sonoro y argentino.

¡Pim!, las ansias mortales, las agonías,

y los votos del gallego y del fabricante de merengues, son el alimento del *calavera*.

Otras veces el *calavera* se coloca en el confin de la acera, y fingiendo buscar el número de una casa, ve venir a uno, y andando con la cabeza alta, arriba, abajo, a un lado, a otro, sortea los movimientos del transeunte, cerrándole por todas partes el paso a su camino.

Cuando quiere poner un término a la escena, finge tropezar con él, y le da un pisotón; el otro entonces le dice: «Perdone usted», y el *calavera* se incorpora con su gente.

A los pocos pasos, se va con los brazos abiertos a un hombre muy formal, y ahogándole entre ellos: «Pepe—exclama—, ¿Cuándo has vuelto? ¡Sí, tú eres!» Y lo mira; el hombre, todo aturdido, duda si es un conocido antiguo..., y tartamudea... Fingiendo entonces la mayor sorpresa: «¡Ah!, usted perdone—dice retirándose el *calavera*—; creí que era usted un amigo mio...» «No hay de qué.» «Usted perdone. ¡Qué diantre! No he visto cosa más parecida.»

Si se retira a la una o las dos de su tertulia, y pasa por una botica, llama; el mancebo, medio dormido, se asoma a la ventanilla. «¿Quién es?» «Dígame, usted

— pregunta el *calavera* —, ¿tendría usted espolines?»

Cualquiera puede figurarse la respuesta; feliz el mancebo, si en vez de hacerle esa sencilla pregunta, no le ocurre al *calavera* asirle de las narices al través de la rejilla, diciéndole: «Retírese usted; la noche está muy fresca, y puede usted atrapar un constipado.»

Otra noche llama a deshoras a una puerta. «¿Quién?», pregunta de allí a un rato un hombre que sale al balcón medio desnudo. «Nada—contesta—; soy yo - a quien no conoce —, que no quería irme a mi casa sin darle a usted las buenas noches.» «¡Bri-bón!, ¡insolente!, si bajo...» «A ver cómo baja usted, baje usted; usted perdería más; figúrese usted dónde estaré yo, cuando usted llegue a la calle. Conque buenas noches, sosiéguese usted, y que usted descanse.»

Claro está que el *calavera* necesita espectadores para todas estas escenas: sólo lo son en cuanto pueden comunicarse; por tanto, el *calavera* cria a su alrededor constantemente una pequeña corte de aprendices, o de meros curiosos, que no teniendo valor o gracia bastante para serlo ellos mismos, se contentan con el papel de cómplices y participes; éstos le miran con envidia, y son las trompetas de su fama.

El *calavera langosta* se forma del anterior, y tiene el aire más decidido, el sombrero más ladeado, la corbata más *negligé*, sus hazañas son más serias; éste es aquel que se reúne en pandillas; semejante a la *langosta*, de que toma nombre, tala el campo donde cae; pero, como ella, no es de todos los años, tiene temporadas; y como en el día no es de lo más en boga, pasaremos muy rápidamente sobre él. Concorre a los bailes llamados de *candil*, donde entra sin que nadie le presente, y donde su sola presencia difunde el terror; arma camorra, apaga las luces y se escurre antes de la llegada de la policía, y después de haber dado unos cuantos palos a derecha e izquierda; en las máscaras suele mover también su cipizape; en viendo una figura antipática, dice: «Aquel hombre me carga»; se va para él, y le aplica un bofetón; de diez hombres que reciban bofetón, los nueve se quedan tranquilamente con él; pero si alguno quiere devolverle, hay desafío; la suerte decide entonces, porque el *calavera* es valiente; éste es el difícil de mirar: tiene un duelo hoy con uno que le miró de frente, mañana con uno que le miró de soslayo, y al día siguiente lo tendrá con otro que no le mire; éste es el que suele ir a las casas públicas con ánimo de no pagar; éste es el que talla y apunta con furor; es

jugador, griego nato y gran billarista además.

En una palabra: éste es el venenoso, el *calavera plaga*: los demás divierten; éste mata.

Dos líneas más allá de éste está otra casta que nosotros rehusaremos desde luego: el *calavera tramposo*, o trapalón, el que hace deudas, el parásito, el que comete a veces picardías, el que empresta para no devolver, el que vive a costa de todo el mundo, etc., etc.; pero éstos no son verdaderamente calaveras, son indignos de este nombre; esos son los que desacreditan el oficio, y por ellos pierden los demás.

No los reconocemos.

Sólo tres clases hemos conocido más detestables que ésta: la primera es común en el día, y como al descubrirla habríamos de rozarnos con materias muy delicadas, y para nosotros respetables, no haremos más que indicarla.

Queremos hablar del *calavera cura*.

Vuelvo a pedir perdón; pero ¿quién no conoce en el día algún sacerdote de esos que, queriendo pasar por hombres despreocupados y limpiarse de la fama de carlistas, dan en el extremo opuesto; de esos que para exagerar su liberalismo y su ilustración, empiezan por llorar su ministerio, a quienes se ve siempre alrededor

del tapete y de las bellas en los bailes y en teatros, y en todo paraje profano, vestidos siempre y hablando mundanamente; que hacen alarde de...? Pero nuestros lectores nos comprenden.

Este *calavera* es detestable, porque el cura liberal y despreocupado debe ser el más timorato de Dios y el mejor morigerado. No creer en Dios y decirse su ministro, o creer en él y faltarle descaradamente, son la hipocresía o el crimen más hediondos.

Vale más ser cura carlista de buena fe.

La segunda de estas aborrecibles castas es el *viejo calavera*, planta como la caña, hueca y árida con hojas verdes.

No necesitamos describirla ni dar razones de nuestro fallo.

Recuerde el lector esos viejos que conocerá: un decrepito que persigue a las bellas, y se roza entre las flores, llenándolas de baba; un viejo sin orden, sin casa, sin método...; el joven, al fin, tiene delante de sí tiempo para la enmienda y disculpa en la sangre ardiente que corre por sus venas, el *viejo calavera* es la torre antigua y cuarteadada, que amenaza sepultar en su ruina la planta inocente que nace a sus pies; sin embargo, éste es el único a quien cuadraría el nombre de *calavera*.

La tercera, en fin, es la *mujer calavera*.

La mujer con *poca aprensión*, y que prescinde del primer mérito de su sexo, de ese miedo a todo, que tanto la hermosea, cesa de ser mujer para ser hombre; es la confusión de los sexos, el único hermafrodita de la Naturaleza; ¿qué deja para nosotros? La mujer reprimiendo sus pasiones, puede ser desgraciada, pero no es lícito ser *calavera*.

Cuanto es interesante la primera, tanto es despreciable la segunda.

Después del *calavera temerón*, hablaremos del *seudo calavera*.

Éste es aquel que, sin viveza y sin valor verdadero, se esfuerza para pasar por *calavera*; es género bastardo, y pudiérasele llamar, por lo pesado y lo enfadoso, el *calavera mosca*. *Rien n'est beau que le vrai*, encierra toda la crítica de esa apócrifa casta.

Dejando, por fin, a un lado otras varias, cuyas diferencias estriban principalmente en matices y en medias tintas, pero que en realidad se refieren a las castas madres de que hemos hablado, concluiremos nuestro cuadro con un ligero bosquejo de la más delicada y exquisita; es decir, del *calavera de buen tono*.

El *calavera de buen tono* es el tipo de la civilización, el emblema del siglo XIX.

Perteneciendo a la primera clase de la sociedad, o debiendo a su mérito y a su

carácter la introducción en ella, ha recibido una educación esmerada; dibuja con primor y toca un instrumento; filarmónico nato, dirige el aplauso en la ópera, y le dirige siempre la más graciosa o la más sentimental; más de una mala cantatriz le es deudora de su boga; se ríe de los actores españoles y acaudilla las silbas contra el verso; sus carcajadas se oyen en el teatro a larga distancia; por el sonido se le encuentra; reside en la luneta al principio del espectáculo, donde entra tarde, en el paso más crítico, y del cual se va temprano, reconoce los palcos, donde habla muy alto, y rara noche se olvida de aparecer un momento por la *tertulia* a asestar su doble antejo a la banda opuesta.

Maneja bien las armas y se bate a menudo, semejante en eso al *temerón*, pero siempre con fortuna y a primera sangre; sus duelos rematan en almuerzo, y son siempre por poca cosa.

Monta a caballo y atropella con gracia a la gente de a pie; habla el francés, el inglés y el italiano; saluda en una lengua, contesta en otra, cita en las tres; sabe casi de memoria a Paul de Kock, ha leído a Walter Scot, a D'Arlincourt, a Coeper, no ignora a Voltaire, cita a Pigaultle-Brun, mienta a Ariosto y habla con desenfado de los poetas y del teatro.



Baila bien y baila siempre.

Cuenta anécdotas picantes, le suceden cosas raras, habla de prisa y tiene *salidas*.

Todo el mundo sabe lo que es tener *salidas*.

Las suyas se cuentan por todas partes; siempre son originales en los casos en que él se ha visto, sólo él hubiera hecho, hubiera respondido aquello.

Cuando ha dicho una gracia, tiene el singular tino de marcharse inmediatamente; esto prueba gran conocimiento: la última impresión es la mejor de esta suerte, y todos pueden quedar riendo y diciendo además de él: «¡Qué cabeza! ¡Es mucho Fulano!»

No tiene formalidad, ni vuelve visitas, ni cumple palabras; pero de él es de quien se dice: «¡Cosas de Fulano!», y el hombre que llega a tener *cosas* es independiente. Niéguesenos, pues, ahora que se necesita talento y buen juicio para ser *calavera*. Cuando otro falta a una mujer, cuando otro es insolente, él es sólo atrevido, amable; las bellas que se enfadarían con otro, se contentan con decirle a él: «No sea usted loco! ¡Qué calavera! ¿Cuándo ha de sentar usted la cabeza?»

Cuando se concede que un hombre está loco, ¿cómo es posible enfadarse con él? Sería preciso ser más loco todavía.

Dichoso aquel a quien llaman las mujeres *calavera*, porque el bello sexo gusta sobremanera de toda especie de fama; es preciso conocerle, fijarle, probar a sentarle; es una obra de caridad. El *calavera de buen tono* es, pues, el adorno primero del siglo, el que anima un círculo, el Cupido de las demás, *l'enfant gâté* de la sociedad y de las hermosas.

Es el único que ve el mundo y sus cosas en su verdadero punto de vista. Desprecia el dinero, le juega, le pierde, le debe, pero siempre noblemente y en gran cantidad; trabaja, frecuenta, quiere a alguna bailarina o a alguna operista, pero amores volanderos; mariposa ligera, vuela de flor en flor. Tiene algún amor sentimental, y no está nunca sin intrigas, pero intrigas de peligro y consecuencia; es el terror de los padres y de los maridos. Sabe que, semejante a la moneda, sólo toma su valor de su curso y circulación, y por consiguiente no se adhiere a una mujer sino el tiempo necesario para que se sepa. Una vez satisfecha la vanidad, ¿qué podría hacer de ella? El estancarse sería perecer; se creería falta de recursos o de mérito su constancia. Cuando su boga decae, la reanima con algún escándalo ligero; un escándalo es para la fama y la fortuna del *calavera* un leño seco en la lumbre; una

hermosa ligeramente comprometida, un marido batido en duelo, son sus despachos y su pasaporte; todas le obsequian, le pretenden, se le disputan. Una mujer arruinada por él es un mérito contraído para con las demás.

El hombre no *calavera*, el hombre de *talento y juicio* se enamora, y por consiguiente es víctima de las mujeres; por el contrario, las mujeres son las víctimas del *calavera*.

Digásenos ahora si el hombre de *talento y juicio* no es un necio a su lado.

El fin de éste es la edad misma: una posición social nueva, un empleo distinguido, una boda ventajosa, ponen término honroso a sus inocentes travesuras.

Semejante entonces al Sol en su ocaso, se retira majestuosamente, dejando, si se casa, su puesto a otros, que vengan en él a la sociedad ofendida, y cobran en el nuevo marido, a veces con crecidos intereses, las letras que él contra sus antecesores girara.

Sólo una observación general haremos, antes de concluir nuestro artículo, acerca de lo que se llama en el mundo vulgarmente *calaveradas*.

Nos parece que éstas se juzgan siempre por los resultados; por consiguiente, a veces una línea imperceptible divide única-

mente al *calavera* del *genio*, y la suerte caprichosa los separa o los confunde en una para siempre.

Supóngase que Cristóbal Colón perece víctima del furor de su gente antes de encontrar el Nuevo Mundo, y que Napoleón es fusilado de vuelta de Egipto, como acaso merecía; la intentona de aquél y la insubordinación de éste hubieran pasado por dos *calaveradas*, y ellos no hubieran sido más que dos *calaveras*.

Por el contrario, en el día están sentados en el gran libro como dos *grandes hombres*: dos *genios*.

Tal es el modo de juzgar de los hombres; sin embargo, eso se aprecia, eso sirve muchas veces de regla.

Y ¿por qué?... Porque tal es la *opinión pública*.

---

---

## YO QUIERO SER CÓMICO

**Anché lo son pittore.**

No fuera yo Figaro, ni tuviera esa travesura y maliciosa índole que malas lenguas me atribuyen, si no sacara a luz pública cierta visita que no ha muchos días tuve en mi propia casa.

Columpiábame en mi mullido sillón, de estos que dan vueltas sobre su eje, los cuales son especialmente de mi gusto por asemejarse en cierto modo a muchas gentes que conozco, y me hallaba en la mayor perplejidad sin saber cuál de mis numerosas apuntaciones elegiría para un artículo que me correspondía ingerir aquel día en la Revista.

Quería yo que fuese interesante sin ser mordaz, y conocía toda la dificultad de mi empeño, y sobre todo que fuese serio, porque no está siempre un hombre de buen humor o de buen talante para comunicar el suyo a los demás.

No dejaba de atormentarme la idea de que fuese histórico, y por consiguiente verídico, porque mientras yo no haga más que cumplir con las obligaciones de fiel cronista de los usos y costumbres de mi siglo, no se me podrá culpar de malintencionado ni de amigo de buscar pendencias por una sátira más o menos.

Hallábame, como he dicho, sin saber cuál de mis notas escogería por más inocente, y no encontraba por cierto mucho que escoger, cuando me deparó felizmente la casualidad materia sobrada para un artículo al anunciarme mi criado a un joven que me quería hablar indispensablemente.

Pasó adelante el joven, haciéndome una cortesía bastante zurda, como de hombre que necesita y estudia en la fisonomía del que le ha de favorecer sus gustos e inclinaciones, o su humor del momento, para conformarse prudentemente con él, y dando tormento a los tirantes y rudos músculos de su fisonomía para adoptar una especie de careta que desplegase a mi vista sentimientos mezclados de afecto y de deferencia, me dijo con voz forzosamente sumisa y cariñosa:

— ¿Es usted el redactor llamado Figaro?

— ¿Qué tiene usted que mandarme?

— Vengo a pedirle un favor... ¡Cómo me gustan sus artículos de usted!

— Es claro... Si usted me necesita...

— Un favor de que depende mi vida acaso... ¡Soy un apasionado, un amigo de usted!

— Por supuesto... Siendo el favor de tanto interés para usted...

— Yo soy un joven...

— Lo presumo.

— Que quiero ser cómico, y dedicarme al teatro...

— ¿Al teatro?

— Sí, señor...; como el teatro está cerrado ahora...

— Es la mejor ocasión.

— Como estamos en Cuaresma, y es la época de ajustar para la próxima temporada cómica, desearia que usted me recomendase...

— ¡Bravo empeño! ¿A quién?

— Al Ayuntamiento.

— ¡Hola! ¿Ajusta el Ayuntamiento?

— Es decir, a la Empresa.

— ¡Ah! ¿Ajusta la Empresa?

— Le diré a usted...; según algunos, esto no se sabe..., pero... para cuando se sepa.

— En ese caso no tiene usted prisa, porque nadie la tiene...

— Sin embargo, como yo quiero ser cómico...

— Cierto. ¿Y qué sabe usted? ¿Qué ha estudiado usted?

— ¿Cómo? ¿Se necesita saber algo?

— No; para ser actor, ciertamente, no necesita usted saber cosa mayor...

— Por eso, yo no quisiera singularizarme; siempre es malo entrar con ese pie en una corporación.

— Ya le entiendo a usted; usted quisiera ser cómico aquí, y así será preciso examinarle por la pauta del país. ¿Sabe usted el castellano?

— Lo que usted ve...; para hablar, las gentes me entienden...

— Pero la Gramática, y la propiedad, y...

— No, señor, no.

— Bien, ¡eso es muy bueno! Pero sabrá usted desgraciadamente el latín, y habrá estudiado humanidades, bellas letras...

— Perdone usted...

— Sabrá de memoria los poetas clásicos, y los comprenderá, y podrá verter sus ideas en las tablas.

— Perdone usted, señor. Nada, nada. ¡Tan poco favor me hace usted! Que me caiga muerto aquí si he leído una sola línea de eso, ni he oído hablar tampoco... Mire usted...

— No jure usted. ¿Sabe usted pronunciar con afectación todas las letras de una palabra, y decir unas veces por otras, *actitud* por *aptitud*, y *aptitud* por *actitud*, *diferencia* por *diferencia*, *háyamos* por *ha-*

yamos, *dracmático* por *dramático*, y otras semejantes?

— Sí, señor, sí; todo eso digo yo.

— Perfectamente; me parece que sirve usted para el caso. ¿Aprendió usted Historia?

— No, señor; no sé lo que es.

— Por consiguiente, no sabrá usted lo que son trajes, ni épocas, ni caracteres históricos...

— Nada, nada; no, señor.

— Perfectamente.

— Le diré a usted..., en cuanto a trajes, ya sé que en siendo muy antiguo, siempre a la romana.

— Esto es, aunque sea griego el asunto.

— Sí, señor; si no es tan antiguo, a la antigua francesa o a la antigua española, según...: ropilla, trusas, capacete, acuchillados, etc. Si es más moderno o del día, levita a la Utrilla en los calaveras, y polvos, casacón y media en los padres.

— ¡Ah!, ¡ah! Muy bien.

— Además, eso en el ensayo general se le pregunta al galán o a la dama, según el sexo de cada uno que lo pregunta, y conforme a lo que ellos tienen en sus arcas, así...

— ¡Bravo!

— Porque ellos suelen saberlo.

— ¿Y cómo presentará usted un carácter histórico?

— Mire usted: el papel lo dirá, y luego como el muerto no se ha de tomar el trabajo de resucitar sólo para desmentirle a uno..., además que gran parte del público suele estar tan enterado como nosotros...

— ¡Ah!, ya...; usted sirve para el ejercicio. La figura es la que no...

— No es gran cosa; pero eso no es esencial.

— ¿Y de educación, de modales y usos de sociedad, a qué altura se halla usted?

— Mal; porque si voy a decir verdad, yo soy pobrecillo; yo era escribiente en una mala administración; me echaron por holgazán, y me quiero meter cómico, porque se me figura a mí que es oficio en que no hay nada que hacer...

— Y tiene usted razón.

— Todo lo hace el apunte, y... por consiguiente no conozco esos señores usos de sociedad que usted dice, ni nunca traté a ninguno de ellos.

— Ni conocerá usted el mundo, ni el corazón humano.

— Escasamente.

— ¿Y cómo representará usted tantos caracteres distintos?

— Le diré a usted: si hago de rey, de príncipe o de magnate, ahuecaré la voz, miraré por encima del hombro a mis compañeros y mandaré con mucho imperio...



— Sin embargo, en el mundo esos personajes suelen ser muy afables y corteses, y como están acostumbrados, desde que nacen, a ser obedecidos a la menor indicación, mandan poco y sin dar gritos...

— Sí, pero ¡ya ve usted, en el teatro es otra cosa!

— Ya me hago cargo.

— Por ejemplo: si hago un papel de juez, aunque esté delante de señoras o en casa ajena, no me quitaré el sombrero, porque en el teatro la justicia está dispensada de tener crianza; daré fuertes golpes en el tablado con mi bastón de borlas, y pondré cara de caballo, como si los jueces no tuviesen entrañas...

— No se puede hacer más.

— Si hago de delincuente, me haré el perseguido, porque en el teatro todos los reos son inocentes...

— Muy bien.

— Si hago un papel de pícaro, que ahora están en boga, cejas arqueadas, cara pálida, voz ronca, ojos atravesados, aire misterioso, apartes melodramáticos... Si hago un calavera, muchos brincos y zapatetas, carreritas de pies y lengua, vueltas rápidas y habla ligera... Si hago un barba, andaré a compás, como un juego de escarpas, me temblarán siempre las manos como perlático o descoyuntado, y aunque

el papel no apunte más de cincuenta años haré del tarato y decrepito, y apoyaré mucho la voz con intención marcada en la moraleja, como quien dice a los espectadores: «Allá va esto para ustedes.»

— ¿Tiene usted grandes calvas para los barbas?

— ¡Oh!, disformes; tengo una que me coge desde las narices hasta el colodrillo; bien que ésta la reservo para las grandes solemnidades. Pero aun para diario tengo otras, tales que no se me ve la cara con ellas.

— ¿Y los graciosos?

— Esto es lo más fácil: estiraré mucho la pata, daré grandes voces, haré con la cara y el cuerpo todos los raros visajes y estupendas contorsiones que alcance, y saldré vestido de arlequín...

— Usted hará furor.

— ¡Vaya si haré! Se morirá el público de risa, y se hundirá la casa a aplausos. Y especialmente en toda clase de papeles, diré directamente al público todos los apartes, monólogos, gracias o parlamentos de intención o lucimiento, que en mi parte se presenten.

— ¿Y memoria?

— No es cosa la que tengo, y aun ésa no la aprovecho, porque no me gusta el estudio. Además que eso es cuenta del apun-

tador. Si se descuida, se le lanzan de vez en cuando un par de miradas terribles, como diciendo al público. ¡Ven ustedes qué hombre!

— Esto es, de modo que el apuntador vaya tirando del papel como de una carreta, y sacándole a usted la relación del cuerpo como una cinta. De esa manera, y hablando él altito, tiene el público el placer de oír a un mismo tiempo dos ejemplares en un mismo papel.

— Sí, señor; y, en fin, cuando uno no sabe su relación, se dice cualquier tontería, y el público se la ríe. ¡Es tan guapo el público! ¡Si usted viera!

— Ya sé, ¡ya!

— Vez hay que en una comedia en verso se añade un párrafo en prosa; pues ni se enfada, ni menos lo nota. Así es que no hay nada más común que añadir...

— ¡Ya se ve, que hacen muy bien! Pues señor, usted es cómico y bueno. ¿Usted ha representado anteriormente?

— ¡Vaya!, en comedias caseras. He alborotado con el *Garcta* y el *Delincuente honrado*.

— No más, no más; le digo a usted que usted será cómico. Dígame usted, ¿sabrá usted hablar mal de los poetas y despreciarlos, aunque no los entienda; alabar las comedias por el lenguaje, aunque no sepa

lo que es, o por el verso, mas que no entienda siquiera lo que es prosa?

— ¿Pues no tengo de saber, señor? Eso lo hace cualquiera.

— ¿Sabrá usted quejarse amargamente, y entablar una querrela criminal contra el primero que se atreva a decir en letras de molde que usted no lo hace todas las noches sobresaliente? ¿Sabrá usted decir de los periodistas de quién son ellos para...?

— Vaya si sabré; precisamente ese es el tema nuestro de todos los días. Mande usted otra cosa.

Al llegar aquí no pude ya contener mi gozo por más tiempo, y arrojándome en los brazos de mi recomendado: «Venga usted acá, mancebo generoso — exclamé, todo alborozado —; venga usted acá, flor y nata de la andante comiquería; usted ha nacido en este siglo de hierro de nuestra gloria dramática para renovar aquel siglo de oro, en que sólo comían los hombres bellotas y pacían a su libertad por los bosques, sin la distinción del tuyo y del mío. Usted será cómico, en fin, o se han de olvidar las reglas que hoy rigen en el ejercicio.»

Diciendo estas y otras razones, despedí a mi candidato, prometiéndole las más eficaces recomendaciones.

FIN



# ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
Cartas a Andrés Niporesas, por el bachiller D. Juan Pérez de Munguia.	5
Cartas de Andrés Niporesas al Bachiller.....	33
Empeños y desempeños.....	53
El casarse pronto y mal.....	67
El castellano viejo.....	80
Vuelva usted mañana.....	97
El mundo todo es máscaras. Todo el año es Carnaval.....	113
La polémica literaria.....	133
¿Entre qué gentes estamos?.....	143
Los calaveras.....	155
Yo quiero ser cómico.....	179







D  
1

D-2  
1694

— ANTIQUILLOS DE COSTUMBRAS. — TOMO I.

B. U.